

SANTIAGO BULLRICH

OTRA
HISTORIA

EDICIONES A.D.I.P.

Paisaje, el óleo reproducido en la tapa
es obra de Américo Castilla.

Nacido en 1942, obtuvo numerosos premios y expuso
frecuentemente su obra en muestras argentinas
y en el extranjero.

En 1979 ilustró con tres aguafuertes y ocho dibujos
la edición de 100 ejemplares en papel Arches,
impresa por E. Audivert, de *Historia del papión sagrado*,
de Santiago Bullrich.

Es asesor y organizador de trascendentes exposiciones
de pintura argentina y extranjera en cuya actividad
también obtuvo merecido prestigio.

I.S.B.N. 950-9272-00-0

Cuidado de la edición: *La Cebolla de Vidrio*.

Única edición debidamente autorizada.

Todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación
están reservados para todos los países.

Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723.

©1983, Santiago Bullrich.

Primera edición: *mayo de 1983*.

Tirada: 2.000 ejemplares.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

*A Susana, a los chicos,
a los amigos de naufragio.*

primera violencia - 1939

Tengo aquel primer día de la guerra clavado en la memoria. Fernando y ella sentados frente a la radio. Desde que subió la tensión, Saporiti suspendía de un hilo el alma de sus oyentes antes de empezar el noticioso. Flotaban algunas notas melancólicas, tras de las cuales otros compases de Ketelby bailaban ligeros, desenvueltos casi —como si alguien transitara en tilbury— sin hilvanar un auténtico jolgorio.

Ni comprendía yo ese día lo que después de la música decía el artefacto tan parecido al ventanuco tapiado por el que accedían las mujeres al confesionario del Padre Laufer. Parecido porque usaba la misma artesanía para encubrir al que por su intermedio hacía escucharse.

Mezcla de tamiz y velo adamascado que me inducía a cada rato a confirmar por los visillos dispuestos en la espalda del combinado que nadie allí se ocultaba —ni monaguillo, ni hombre, ni duende— y que todo nacía, moría o dependía, de aquellos filamentos de alambre incandescente, calientes como la plancha de la cocina a carbón. Más cierto era el confesionario que la radio y más coherente, porque tarde o temprano izábase por fin con crepitar de leños y suspiros de reuma el oscuro habitante de la cueva. Entrecerraba los ojos encandilado como si estuviera por la luz tan tenue de las pocas velas que en el atrio lucían y levitaba luego envuelto en mesanas y foques con su carga de pecados y castigos (el infierno también gambetea-

do a su paso) para boyar en la penumbra de la nave sacra, el Reverendo Laufer.

Pero cuando alcé los ojos, vi que los de Carmen estaban bañados en lágrimas y a Fernando, que al mirarla, se puso a llorar. Por ser mayor bien sabía él que nadie se ocultaba en el combinado, pero dudo que entendiese más que yo el anuncio de la guerra. Pero como no lloraba, porque sabía sufrir mi dolor pero no el ajeno, en cambio los acechaba. Y constaté dos cosas. Una, el tiempo. Porque sigiloso como es, pude sin embargo sorprenderlo cuando gateaba entre el llorar de Carmen y el de Fernando. Y la segunda, que éste lloraba no porque la guerra esto o porque la guerra aquello, sino por pura y simple compasión.

Las palabras que fluían de la escuela de lamparones del Marconi regaban lágrimas en los ojos de Carmen y el chico, pero corrompían el terreno más apto de mi alma para que alzarán sus cabezotas perras las tres furias.

¿Por qué considerar desde afuera esa desolación? Apartarme de su dolor sí, ¿pero apartarme también de su ternura? ¿Por qué? ¿Por qué, en lugar de acercarme, o de ponerme a llorar si mamá no estaba, o de apagar la radio para imponer mi presencia, parecí indiferente mientras mordían las perras? O bien, ¿por qué no desterrar la escena y prohibir a la música de Ketelby sembrar al voleo en mi alma, cada primavera la arcaica matriz de la Marconi y de los dos amantes que acarician sus tristezas? Y yo, Rafael Schutt, ¿quién soy aquel mediodía setembrino de 1939? ¿Tan débil que el momentáneo olvido de Carmen y la circunstancia de poner su brazo sobre los hombros de Fernando como quien va a besarlo me opnubilaban? ¿Tan poca cosa porque me habías dejado? ¿Dónde estabas para que no pudiera confundirme en tu pollera y soñar que tus ojos son los botones con los que se prende mi alma de tu cuerpo, como de dos pezones briosos en la serena compasión de las mieses?

Crecía, crecía el fuego que encendían y no apagaban las lágrimas de la señora de Straus. Y me hubiese echado a sus pies o al cuello olvidando a Irmgard, si Fernando, usando su endebles para conmovier a Carmen, no hubiese cobijado su desgra-

cia en el único nido que tenía esa mañana la señora. Pero lo mereció él. No yo.

Mi sangre se hizo víbora. Ni lágrimas ni incandescente filamento. La mirada hacia atrás clavada en sal y funesta.

Cuántas veces me impuse cristalizar el instante más tierno y contemplarlo como al abismo porque su intrínseca ternura subrayaba tu ausencia, mi pobreza de vos, mi necesidad imposible.

Al recordarte moría contigo. Detuve cada vez tu avalancha de pezones que embestía como un recuerdo de pájaros con fuego la escudería de mi soledad. Me quedó Oso, tu único consuelo, hasta que tampoco de vos pude acordarme. En esa larga oscuridad que anocheció, los días que nacieron fueron tenues.

Creí para ser Dios. ¿Qué otra cosa podía? Y apuntalar con mi voz una basilica o una hoguera. Dueño del Verbo sería inmortal. Aliado con El en tu conquista, tu alma para siempre obligada a quererme. En lugar de usar la palabra de los hombres, poeticé. Me arrodillaba en el confesionario para decirle al Padre Laufer que otro Domingo, del naranjal inmaduro, arrancábamos la fruta porque nos lo prohibía el jardinero y saltando sobre zanjones y pisando zapallos dimos guerra sin cuartel.

Susurré en cambio muy contrito: "Cometí malas acciones". ¿Quién pecó en la tarde gris? El Padre Laufer malentendió. "¿Sólo o acompañado?" "Nueve años Padre." Escandalizado por mi transparencia tronó.

Aquellas travesuras que sí me disponía a confesar para seducir a Dios, me desnudaron de todo. Qué solo y qué alejado del amor. Hubiese preferido ignorar el calor que clama por ustedes desde el fondo de mí mismo.

¡Te invoco a ti Delfica y sombría!

¡Qué oscuro el antro!

¿Eras mujer de Sangre o Fantasía?

Leonor una vez más

te lo pido.

Ayúdame a despedirme de ella y

a recobrarla.

Todo aquel tiempo esperándote. Con los ojos muy abiertos. Aunque prefirieses no mirarme, o hacerlo con vidrios ahumados, esa bruma difusa, el sonido debajo del agua. Hasta el día en que me tuviste compasión. Hasta el día en que nos tuviste lástima. Y pudiste verme y te encandiló la luz de mi espera. Deslumbrado, alarmado con tu propia negligencia ante la jaula mayor con frente a Guillermo Enrique Hudson y fondos al camino de las llamas, del avestruz y de las cabras, violentándolo todo, quisiste borrar con un solo grito el dolor, las ansias de tu alma, el hambre que constituye hoy desde toda la vida mi particular idiosincrasia. Preferiste verme fuerte, capaz de sortear los barrotes y saltando las rejas ganar las avenidas de tu patria para tomarla por asalto.

Todo menos verme como soy. Lo que te enfurece es mi verdadera fuerza. Lo que te asusta son los brazos que tengo. Las garras que afilo con mis colmillos en las rejas sempiternas. Lo que no me perdonás es la alegría después de la tristeza.

Y cada día tener que jugar a cara o ceca. Ahora estoy aquí, de nuevo y te miro. Sin molestar ni morderte porque me mirás sin pestañear. Y dejás que la fantasía o la verdad mías corran por mi cuenta para que cada cual sea un alba o un crepúsculo a la hora del encuentro. Sin llorar, porque en lugar de acariciarte voy a besarlo a papá; sin revolver la cabeza, ni congelarte, ni jugar al niño Dios, porque en la distribución de besos y de abrazos no te toca el más azul.

Consideremos tu cuarto de trabajo. La ventana altiva, el rodeo de libros, la instantánea en blanco y negro: grupo de familia con ausencias. Carmen con su expresión más soñadora. Vos en la otra punta y los Rondeau tan apretados con ella. La ausencia de Schutt en lugar de provocar una incoherencia otorga a los que están en el sillón de pana un equilibrio que hubiese conmovido su silueta.

Cuando lo mirabas, en él veías cifrada la esencia del vigor. Lo mirabas con miedo. Porque no te sostenía siempre sobre su espalda cuando nadaba a favor o en contra de la corriente. San Cristóbal de mentira, que osaba cruzar sin vos hasta el medio del río, sin miedo a las quillas que araban el agua, flotando con

prudencia sobre las olas para que no le entrara el agua a los oídos. ¿Te acordás? La cabeza alzada como la de Kaa en las ilustraciones del Libro de la Selva cuando ayudaba a Mowgli a cruzar el Waingunga. O cuando se balanceaba de pie sobre el bote sin mosquear, los brazos cruzados sobre el pecho o tomadas las dos manos, una de la otra, a sus espaldas camino a la ciudad. Sobre su espalda; cruzar aquel río era lo mismo que hacerlo a caballo. Y tan fácil. ¿Qué le costaba? ¿Para qué insistir en que nadaras solo? Hay que saber nadar. Zambullirse es la cosa. Buquear en el agua completamente opaca; una zapatilla vieja, un cascote, un tolete no, la cantimplora. Cosas que si se perdían, ¿a quién le importa?

Aquella mañana por fin, a Oso lo perdiste. Te dolía tanto que hasta su nombre se fue. En lugar de reconocer su ausencia, de recuperar su recuerdo, buscaste un asesino. Que te vendieran su nombre. En todos veías a Judas. A Berta misma la acusaste creyéndote valiente. Y detrás de su silueta cancelabas mi propio nombre.

Que fuese Nicolás Schutt. Tu asesino preferido. No te di su nombre. Jamás. Nadie te lo dio, aunque veíamos qué poco te faltó para abrir la puerta y caer al pavimento.

Decíamos que desvariabas. Un oso de trapo. ¿Quién pudo tirarlo al río? O debajo de la casa trepada sobre el fango, entre las huellas y ruidos de ratas, linterna en mano si hubiera pilas, un cadáver descuidado, un muñeco absorbente. Ni rastros; un escapulario, una zapatilla de tenis mordida hasta la entretela, un dos de bastos sin pareja. Ni entre los matorrales, ni cerca ni lejos. ¡Qué! Diez años más tarde, como quien no quiere la cosa, cuando ya no podías negar el placer por propia mano y en la selva entre el follaje impenetrable te acariciabas como loco, como si aquella ternura estuviese acá, al filtrado rayo de un sol descomunal, pero pudiese desvanecerse sin dejar rastros, buscabas también y cuánto aquel cadáver, para enterrarlo, para olvidar el amor y esgrimir un odio más en la solapa.

En dos sombras por lo menos cada ausente en vida se complace. Carmen y hasta Berta me defienden del tifón. Como Schutt y Bauer primero, Alicia y Ursus Arctos más tarde pro-

tegieron el panal fragilísimo de Oso. Ni qué decir de Leonor y los chicos.

Jamás te di su nombre. Porque lo conocía. Porque sabía que la ausencia de cenizas, un soplo cualquiera, un trapo de felpa amarillo, dos cuentas de vidrio acerezado, o al menos una, te arrinconarían por fin ante el crimen.

Acurrucate mi viejo asesino. Cerró los ojos. Dejémonos vivir.

Verano de 1940

Descollante el busto, Fräulein von Kalpe yergue la cabeza. Fron- das rubias convergen sobre el ápice del cráneo. La cabeza gira implacable. Sus ojos son rocas de firmamento y en cada iris enfurece una abeja. ¡Adiós sombras!

Se sienta frente a Rafael. Arranca de sus manos el cuaderno y lo destruye.

Se sentaba en la Recoleta cuidando a los mocosos. Levanta- ba acta de travesuras, deslizamientos del alemán al castellano, hermafroditismo en el género de las palabras y desbocamien- tos. Inventariaba anomalías fisiológicas: atolondramiento, pan- tagruelismo, desprolijidad, apoyatura de codos sobre planos in- debidos; curvamientos de la columna vertebral.

Desde el banco de varas clavadas sobre la estructura de hierro, los ojos encastrados en ese periscopio arcangélico, todo lo divisaban y anotaban para distribuir lisonjas o castigos. El diá- logo que mantenía con Frau Greta, la niñera de los Candia, re- lativo al baile en el Ruderverein Teutonia o a la fiesta de los adherentes al Deutsche La Plata, no inhibía sus sentidos.

En la plaza, cuando la veía dominando a los Laprida y a los Rondeau, Rafael se alegraba de no estar bajo la férula de Berta. Sin embargo, invitado por Fernando a veranear en *La Becasina*, aceptó el convite.

Berta tenía 22 años. Cuando calzaba botas, guantes de ca- britilla y empuñaba la fusta, la yegua más brava se calmaba.

Los peones la respetaban por eso. Y cuando a los chicos les ha- cía cimbrar la cara de un cachetazo, se ponían a mirar para otro lado. Durante las comidas, no permitía más que un trago de agua en cada plato. Beber entre comidas es malo para la sa- lud, mortal mezclado con pepinos, sandías y otras cucúrbitas que se regodean al rayo de sol en la huerta de don Bicho.

Borrar el temblor de la laringe para evitar la detección de cada trago, era ciencia que parecían dominar los mayores, pues ellos no eran reprendidos. Pero los más chicos la desconocían y cada vez que tomaban, sentían sobre sus gargantas las abejas de Fräulein.

Ese verano, Berta proclamó la ridiculez de Oso que camina- ba de la mano del primo de Rondeau. Cuando advirtió que Oso seguía intacto a fines de diciembre y que recibía del chico tales cuidados, le pareció el colmo. Se le partía el alma. A esto con- ducía la ausencia de una mujer en la casa. Fräulein Berta tomó una decisión.

Se detenía al paso del chico y en lugar de preguntarle por Oso, le preguntaba por la muñeca que preferían las nenas.

Berta aprovechaba cada circunstancia para lograr que los más grandes se asociaran al sarcasmo. Comprometían su com- plicidad ilusionados con la idea de que les sería acreditada cuando llegara la hora de los cachetazos. Ejercían la vigilancia de los menores mientras, recta como una vara, ella hacía su pa- seo higiénico en la avenida de los plátanos. El prado estaba cer- cado por álamos que elevaban sus arboladuras de manera que acostado sobre el pasto junto al muro de columnas verdísimas que se descolgaban desde el azul, centelleaban, según tremola- ran contra el sol, las infinitas hojas agitadas por el viento tibio del norte. Allí podía estar a solas, o jugando con Valeria y los demás chicos hasta que las abejas, desde el fondo de la avenida, detectaran la naciente libertaria. Entonces sí, el grito de Berta, conducido por la garganta de la avenida, cortaba de cuajo sus juegos.

Pero la distancia y el muro de álamos los defendían. Tenían tiempo para borrar los vestigios de la risa, el jadeo indiciario de carreras y los destellos de alegría en los ojos; y hasta que se es- cuchara el grito, el nido verde tendía su bendición sobre las

risas, los palmatos y la alucinante algarabía de persecuciones. Los chicos hacían justicia entre sí y sobre los animales, considerándolos en el juego como de la partida. Pues cuando perdonaban sabían recordar la ofensa y la causa de la tolerancia, pero cuando castigaban, sabían olvidarlo todo.

Valeria y Rafael solían interrumpir el descanso de que gozaban a la fresca Oso y Dixie y llevarlos de la mano caminando sobre el trebol hasta *El Mosquito*, como habían bautizado un refugio construido por ellos en el monte casi virgen, detrás de los piramidales. Delante de ellos trotaban husmeando a la redonda Facón y Flauta, dos pastores que, de entre la jauría de *La Becasina* se habían adjudicado a falta de otros peticionantes. Poco les había importado que los demás los consideraran cuzcos de genealogía embrollada. Bandas de mosquitos acompañaban su marcha y ejercían el mismo centripetismo sobre otras alimañas que hospedaban entre sus pelos.

Tales circunstancias no escandalizaban a los chicos pues pensaban con Pilar Campana, la más acendrada de las sirvientas de los Rondeau, que los bichos eran en estos aspectos como bebés recién nacidos, merecedores siempre del limbo ya que no del cielo. Si Valeria o Rafaelito morían, lamentarían más que nada la ausencia de estos animales en el cielo, a pesar de cuanto les referían respecto del éxtasis en el alma que contempla a Dios.

Los pastores eran sus mejores amigos. Desaliñados y grandísimos, atemorizaban a los demás con su sola presencia. En ausencia de Berta, los acariciaban y los besaban, jugando, revolcándose con ellos, hasta sofocar de risa o de de calor. No se separaban de sus dueños mientras las abejas no anduvieran cerca y aún entonces, frecuentemente les advertían su proximidad alzando su hocico y las orejas, inquietos al menor asomo de los himenópteros que también los sobresaltaban. Cuando aparecían, Flauta gruñía o mostraba los colmillos antes de partir seguida por Facón quien lo hacía menos dignamente, la cola entre las patas.

A pesar de su discutible título a residir en el casco de *La Becasina*, Flauta había impuesto su presencia primero a la jauría de pointers y lebreles que don Ricardo utilizaba cuando visita-

ba la estancia si quería cazar martinetas y perdices o liebres o, cuando prefería los lodazales del bajo o la gran laguna del extremo oeste del campo para denunciar la presencia de chorlitos y becasinas. Para mantener su lugar en el casco, Flauta debió vencer también en otro frente: el de la peonada. Pero mientras que para lo primero usó sus gruñidos más fieros, sus garras y con maestría sin igual, sus dentelladas vertiginosas, para ganarse a los hombres fue toda hembra. Seductora a carta cabal. Observó a los peones que se habían acercado para mirar el jaleo. Lamió su mano lastimada sin perder de vista la ronda, se sentó rascando su oreja para ayudar el flujo de sus pensamientos y, decidida, fue derecho a detenerse a los pies de Nemesio Tromba, el más diestro de los hombres de la estancia. Capaz de piolar, de abajo nomás, un toruno y, afirmando los talones o el empeine en la tierra, voltearlo para curarlo si era el caso en medio del potrero, o marcarlo en un santiamén con la "R" del patrón en el corral de la manga. Nemesio la había tomado bajo su protección y ahora sí, Flauta podía considerarse incorporada a *La Becasina* como el que más. Y con más blasones conquistados en un mes con sus solas armas y virtudes que Tiépolo, Tifón, Zonda, Messalina, Valencia, Gitano, Sabot, Baylén y los demás, todos juntos y algunos de ellos con décadas de correrías por los pajonales al servicio de la Remington de Rondeau. Al decir de Nemesio, los pointers y los galgos eran perros vistosos y aún despiertos, no se podía negar. Pero sin utilidad en el campo. Buenos para la vida fácil o para el daño.

Pero Flauta, o Flauta Vieja como la llamaba para indicarle que estaba instalada en el afecto del capataz para siempre, había resultado de lo más guapa para el trabajo. Ya no sabía salir al campo sin ella. Animal serio, sin atolondramientos ni urgencias, había aprendido a arrear en pocos días. Porque contra lo que opinaran en las casas, el linaje de los animales como el de las personas no se arregla con papeles ni testigos. Está escrito con letras de molde en su conducta.

En medio del potrero Flauta alzaba su cabeza sobre las pasturas, el hocico hacia el origen del viento, las orejas cimbreantes, y salía como flecha para el manchón lejano donde un par de terneros rezagados masticaba las briznas más tiernas. A ellos,

adivinando su fragilidad, se limitaba a ladrarles rodeándolos para forzarlos a seguir el camino dispuesto por Tromba. A los animales más grandes los toreaba con menos misericordia, pero sin clavarles jamás los colmillos en los garrones. Se abalanzaba como un bólido a sus patas, sin morder pero imponiéndoles el mismo destino. Cuando algún toro mañero o guampudo, tumbando un poste o reventando un alambre, irrumpía en el sembrado, Flauta lo detectaba antes que nadie y odiando al infractor con toda su alma, salía a la carrera, un refucilo, clavaba sus cuartos al pie del contraventor y entonces sí, hincaba sus dientes en el hocico de la bestia. La sometía al terror de su controlada violencia y en un abrir y cerrar de ojos la arreaba por donde había entrado o hacia la tranquera que Nemesio había abierto, tendiendo un puente de plata al prófugo.

Flauta tenía sus arranques, como cualquiera. Y en lugar de hacer la guardia a la puerta de su padrino, salía, muy de tarde en tarde, a hacer de las suyas. En ocasiones, tales correrías debían alcanzar insólitas grandezas.

Una madrugada, levantándose para ir a la cocina, la puerta había golpeado contra la perra que se acercaba a saludar más reticente que de costumbre. Nemesio se había agachado para mirarla pero no vio nada. Se incorporó acariciando al animal y siguió su camino. Ya en la cocina había puesto la pava al fuego. Al dejarla descubrió en su mano un esmalte punzó. Apurado salió a buscar a la perra, y esta vez sí, localizó el orificio de un perdigón que debía estar alojado en el cogote y del que todavía manaba sangre. Con el tiempo, averiguando aquí y allá, todo se supo. En sus recientes correrías, la pastora sabía llegar-se hasta las afueras mismas de Corraleras, un poblado a dos leguas del campo, y allí, un gallinero de mi flor había sabido despertar sus ansias ancestrales. Con un cómplice había estado rondando el lugar durante varias noches estudiando el campo de acción y las costumbres de sus moradores. Habían descubierto que la portezuela de tejido separaba imperfectamente el huerto del corral y que empujando con la pata o con la cabeza cedería un palmo. No era más lo que necesitaban para entrar.

Mas la prueba de su malicia la habían dado esperando la noche más cerrada para concretar la fechoría. De otro modo, Pe-

rejil, el podenco que atendía la pulpería calle por medio, hubiese desbaratado sus planes a tiempo. El susodicho sin embargo envejecía a dos puntas. Por el fondo el reuma atacaba sus cuartos traseros; por la azotea chocheaba. Pero la gravedad del esclerótico canino había pasado desapercibida. Agotado física y moralmente, Perejil estaba harto de las infidelidades, de la superficialidad de las hembras de su especie. Desde el año anterior ya no las frecuentaba. Entretenía sus vigili-as pulperas recordando pasadas trapisondas, libertinajes y riñas. En ese estado de general decaimiento había comenzado a sufrir visiones nocturnas. La más tenaz ponía, como quien dice, al alcance de la mano el fiel reflejo de una novia de su juventud, tierna, tibia paloma y reiteraba los mismos requiebros y fintas que sólo saben hacer las blancas a pintas negras.

Decidió pues exaltar sus propias aspiraciones y ponerlas al servicio de un ser más elevado y nocturnamente al menos, más luminoso que cuantos habían merecido hasta ahora su devoción. Pasaba lo más del día dormido, acumulando fuerzas para la noche. Y así, a la oración, sin prisa pero sin pausa, daba muestras de entrar en actividad. Abría primero un ojo neblinoso con lo que indicaba más que la recuperación de la vista, la intención de lograrla, pues mientras no despabilara el otro, casi nada era lo que Perejil podía descifrar de día y aún menos de noche. Su ojo nube había quedado así por causas ya prescritas u olvidadas de los hombres, que no de los perros ni de Dios. Estiraba luego muy cauto la osamenta y dejaba por fin el refugio debajo de la mesa más próxima a la puerta del local, para solazarse desde la posición de privilegio que le brindaba esa vereda alta desde la que contemplaba a los pobres mortales. Desde ese sitio, con los últimos relumbrones del día veía a veces trotando por el fango al faldero que acompañaba a la Perica hasta la botica para comprar el unto con que fregaba las espaldas de su padre. En esas mismas inferioridades de la materia terráquea debían transitar, retozar o remolonear los dos famélicos lebreles del capataz de Santa Juana, el más rentable cliente de la pulpería. Capaz de trasegar un galón de ginebra desde las siete en que se apeaba y ataba su tostado al gajo más a mano, hasta la hora en que la patrona comenzaba a entornar

los postigos del comercio y el patrón, empuñando una tranca de hierro, se decidía a clausurar de lado a lado la puerta del negocio. La vereda elevada era angosta y como Perejil carecía en la senectud del menor impulso comunitario, recostaba su esqueleto cuan largo era impidiendo el paso normal de los peatones, aún a riesgo de su propia salud ya quebrantada. Pues Remigio Patané, el susodicho capataz, salía bastante proceloso del local y más de una vez trastabilló contra los huesos del perro con peligro de desnucarse o de aplastarlo como a un sapo. Aunque Perejil había advertido que su novia era inconstante pues no concurría todas las noches a la cita, ni se producía su arribo, cuando lo hacía, puntualmente, gracias a su propia constancia, había descubierto que luego de algunas jornadas de ausencia total, la bella reincidía sin falta. Y entonces parecía más hermosa que nunca. Usaba como muchas, sus defectos y no sus virtudes para acicatear a su amante. Ausencias imprevistas, irritantes impuntualidades, vanidad. Para colmo, en cada aparición lucía diversa. Tanto que, cada vez estaba Perejil a punto de desconocerla, y a no ser por su brillo particularísimo, hubiese creído, o podido creer, que se trataba de hembra distinta.

Cada noche parecía ostentar distinto pelo. De azabache a veces cubría su cara casi completamente o manchado de estrellas, llevaba un manto sobre los hombros como una gran loba meteórica con hocico de luna. Otras, era un solitario albo y deslumbrante que recorría el tope del monte o se acercaba por detrás del laurel trepando los dispersos tejados o las copas del manojo de ombúes a la salida de Corraleras, con más pinta de gata que de dalmata.

Así y todo la reconocía cualquiera fuese la cantidad de noche que tendiera sobre sus hombros y su frente.

Perejil cortejaba la luna a su manera. Mientras no advirtiera su presencia, simplemente bostezando o desparpando alternativamente uno de sus astigmáticos ojos. Pero en cuanto descubría a la morocha despuntando sobre el laurel, comenzaba a llamarla ladrando enamorado, que es la peor manera de llamar aun siendo el galán, poeta o cantor. Noches había en que la luna parecía querer ceder y acercábase tanto que Perejil consideraba llegado el momento de la conquista, que podría cono-

cerla en el escorzo de un salto. Y lo intentaba. Testigos insospechables: un lechuzón insomne, las ranas adoratrices del desagadero y la comadreja del galpón abandonado, juraban que Perejil parecía rejuvenecer. Envarado como un toro, los colmillos presintiendo la posesión apasionada, daba saltos insólitos que la luna, como si nada fuera, despreciaba continuando su curso, haciendo oídos sordos al llamado.

Otras noches, las más tristes en verdad, hacía la rabona. Pero tenían su compensación. Para todos. Para Perejil, porque se recuperaba de la devastadora pasión que en una sola noche le sorbía el seso ya escaso y desmantelaba sus articulaciones maltrechas. Para los vecinos, porque también ellos las aprovechaban para dormir sin sobresaltos. Descansaban de los gritos lastimeros del perro que les imponía cada vez una semivigilia de zozobra superflua. La de marras, fue noche de sueño para todos.

Abreviando. Flauta y su anónimo ladero, esperaron tras el laurel que Perejil sufriera de nuevo la inconstancia de su novia; que clausurara sus dos ojos húmedos de sueño, tristeza y frustración. Se acercaron al corral precario. Ingresaron al recinto aprovechando la oscuridad, la notoria estupidez de las aves de corral y la feliz somnolencia de todos. Y entonces sí, de un manotazo a diestra descoyuntó Flauta a la polla más gorda del chiquero. Su cómplice descalabró otra muy tierna aunque hue-suda. Y todo en el mayor silencio. Se relamían los bandidos en la euforia del éxito, cuando una de las ponedoras más atolondradas comenzó a cloquear sin motivo aparente. Abrió en esas el ganso cebado de doña Petrona Baltiérrez —pionera de la avicultura Corraleresca— el ojo y al ver tamaño estropicio, sintió un relámpago helado recorrer su espinazo, graznó enloquecido pregustando el degüello que ejecutó sin demora el sin nombre, arruinando simultáneamente las fiestas de Reyes en lo de Baltiérrez con sidra y ganso relleno. Fue un desastre. Un alboroto tremendo, plumas blancas de las leghorn, cacareos, estertores, polvaredas, encenderse de luces, huir de rapaces. En seguida, chiquetazos, las detonaciones del Winche de Baltiérrez, los ladridos del primer dolor, el silencio del inmediato temor. Pero Flauta herida y su anónimo andante al parecer

ilesos, por detrás del laurel habían ganado ya, primero los ombúes y en seguida la seguridad del monte. Petrona y Paco Baltiérrez no podían creer sus ojos cuando vieron lo que había acontecido en el gallinero.

Entretanto, también en la pulpería encendían los faroles y previo gatillado de escopeta al escuchar los estampidos, voces y graznidos de enfrente, entreabrieron —más vale tarde que nunca— un postigo. Allí, era Agramante. Acá, desde la ventana, recostado en la esquina adivinaron, más que vieron, inmóvil el cuerpo del podenco. Muerto. Muerto de despecho. En su noche suprema. Cuando por resignación o por valentía auténtica pudo aspirar a la inmortalidad. O de vergüenza. Asustado por la balacera de Baltiérrez.

Por más de un motivo, la llegada del patrón traía siempre algún alivio en *La Becasina*. Primero, porque cuando ocurría, la acompañaban cada vez veinte docenas de medialunas adquiridas en *La Alborada*, proveedora diaria de rosetas y pan francés y dominical de brioches, pan de salud o medialunas para el desayuno porteño de la calle Agüero. El jefe panadero de *La Alborada* fabricaba maravillas tales tan a diario y como cosa de nada, que sus desprevenidos clientes hubiesen podido despreciar su arte por cotidiano, si los manjares hubiesen estado al alcance de la mano en cualquier otra panadería. Pero como no era eso lo que ocurría, las valoraban en su intrínseca perfección. Bastaba verlas para hacerse agua la boca a los más chicos y para que todos los comensales adivinaran su procedencia. Ni las avispas más frenéticas de la institutriz podían nada contra la voracidad que las facturas generaban en sus súbditos. Aunque el antídoto de su omnipotencia residía, seguramente, en la indiscutida supremacía del portador de los semíastros porteños. El *nihil obstat* impartido por don Ricardo las consagraba y obligaba a las abejas a replegarse momentáneamente. Berta misma simulaba asociarse al regocijo de los chicos pues por lo menos en el instante en que recibía del donante el fabuloso envoltorio, sonreía, aunque fuese por obligación, y esa sonrisa era cuanto requería de los gringos que trabajaban a sus

órdenes, en prueba del respeto que se le debía. Segundo, porque don Ricardo Rondeau se divertía más con sus nietos que con los mayores y, como mientras permaneciera en *La Becasina*, se imponía su jurisdicción sobre la de cualquier otro, así fuera la de su hijo mayor, sus caprichos eran Ley Suprema, su silencio, el de todos menos el de los chicos a quienes todo, menos “ser gringo”, les estaba permitido. Poder tan formidable lo ejercía indiscutido con su mirada y con sus manos. Nada más. Estas tan finas, de dedos largos, flaquísimos y prensiles; aquella con su voluntad y con su inteligencia a flor del agua celeste de sus ojos, bastándole angular, desplegar o alzar las cejas, significantes alerones, interjectados por la nariz quebrada y afiladísima para imponerse en quince mil hectáreas a la redonda y más allá de Corraleras, en Pergamino y en Azul sobre otras treinta mil. Todo ello, con sus rodeos y majadas, tractores y cosechadoras, silos y construcciones y demás muebles, útiles, herramientas y semovientes inventariados en dos tomos del libro respectivo de *La Becasina Sociedad Anónima*.

Pero nadie más alejado de la rapacidad, sugerida quizá más arriba, que el patrón. Los bigotazos bien recortados, pero bigotazos al fin, que blanqueaban su boca, la calva reluciente con su franja de canas descendiendo a la americana en prolijas patillas, la redondez que los años y el mejor vino habían dibujado en su cara y en su cuerpo, los gestos, el andar seguro pero lento, lo asimilaban no a un pingüino pero sí a una morsa, macho antártico y tremendo, seguro de su inmortalidad, asimilado por el cuero, por las crines del hocico, por su frente olímpica, por el filo de marfil de sus colmillos y por su anfibia también a los glaciares. En *La Becasina* se instalaba en el chalet, más pequeño, lógicamente, que la casa principal que ocupaban los hijos, nueros, nietos e invitados. Por la mañana, en la primer oportunidad disparaban los nietos a saludarlo, librándose por añadidura del código de von Kalpe. Los recibía en la galería, de pantalones de franela canela, saco de gamuza tabaco sobre camisa inicialada de seda y pañuelo de lo mismo en tono armónico, protegiendo su cuello del sol, con monograma visible pero no mucho, a la altura del esternón y si el saco se había desabrochado, lo que rara vez. Lo rodeaban sus perros preferi-

dos: Tiépolo, Zonda y Messalina. Sometía un lado de la cara a los cien besos de sus visitantes mientras con los dedos encorvados de la diestra, acariciaba los pelos de éste, pellizcaba las mejillas de aquél, platicaba con unos y con otros de mil asuntos casi trascendentales, puntualizando el cumplimiento por parte de los perros de las que denominaba "ofrendas" que depositaban puntualmente por la mañana, en el rellano de la escalera o junto al banco de margaritas que festoneaba el frente de la casa y a las que adjudicaba el carácter de "florales" en contraste con el verdadero tenor de su sustancia.

Se reía a la par de los chicos pero también escuchaba sus hazañas con concentrada atención, comentando la peligrosidad de la cruz, de la meada del zorrino, de la mordida del escuerzo, la malicia del guampudo, la desconfianza del tuerto, el año que nevó, la erupción del Aconquija, y muchos otros casos cuya catadura inquieta o parece inquietar tanto a los chicos.

Algunos aprovechaban la cháchara para sustraer las migas, trozos de galleta tostada o de los scones que Pilar había dispuesto primorosamente en el plato de masas cerca de la bandeja *Cristofle* en que humeaban la cafetera y la lechera para acompañar el café negro cortado que don Ricardo prefería cuando desayunaba tarde.

Escogía luego a los más rápidos para que avisaran al mayor-domo que "dñce el abuelo que luego saldrá al campo, que por favor aten la victoria con las zainas". El resto se sabía. Saldría con dos de los más chicos, ya que los demás serían de a caballo, a revisar tal o cual potrero, a vigilar el baño de los puros por cruza, o el avance de la plaga en el alfalfar del nueve. El nueve era la pesadilla de aquel verano. Constituía la razón de ser de su presencia. Quería controlar personalmente cómo se combatía la plaga. Alentar a la peonada para que continuara a brazo partido contra el desastre que amenazaba arrasarse en semanas, en días quizá, con cinco años de trabajo. Fernando Laprida y Rafael Schutt esperaban expectantes la orden de atar la victoria. Sabían que a ellos les sería atribuido alternativamente el rango de auriga y de lacayo. Salían por eso más que corriendo detrás de los veloces mensajeros hacia el palen-

que donde, cuando arribaran se pondría en marcha el complicado trámite de atelajar las yeguas.

Así, muy pronto, rodando al trote de la yunta más pareja del partido, guiados por Fernandito, el postillón más diminuto que registraran los anales de estas llanuras y acicateados por Rafaelito a punta de látigo, ambos al pescante, zarpaba don Ricardo Diego Gervasio de Rondeau apoyado contra el respaldo de su sillón, bastón en mano, poncho flameante sobre los hombros (por si las moscas y el catarro) en la brisa apurada por los regios trotadores, conducido por su sangre predilecta. A los tumbos sobre vizcacheras y pastizales, demorada apenas por pajonales y puertas, cabalgaban, arneses centelleantes en la luz enceguecedora del bólido a puro chasquido de correas y fustazos que el palafrenero aplicaba sobre los flancos comunicando su propio ardor a la velocidad de las zainas portadoras del cacique gentilhombre, capaz de competir también en audacia, en poder y hasta en brillo con el sol.

Los aprendices de aurigas reían a carcajadas en la mañana gloriosa como una fiesta de burbujas y danzas a cielo descubierta, las ruedas girando en el jolgorio, dispuestos a enfrentar los griphos y las siete plagas, mirando de vez en cuando hacia atrás para confirmar que el abuelo continuaba a bordo, que no había sido despedido de su órbita por un bandazo, que en su boca, un gesto adusto no hubiese trocado la sonrisa, o que estuviese a punto de descargar un bastonazo entre sus omóplatos, a modo de castigo por el desenfreno, sintiéndose portadores de la personificación misma del triunfante, del alado, hasta la bisectriz de las bocas de los diez primeros lanzallamas que ensayaba en la patria el representante más poderoso de la estirpe.

La peonada, lanzas en ristre, seguía escupiendo fuego por las diez bocas del dragón. Sin abandonar la tarea y a su manera, lograban esbozar alguna forma de respeto al sempiterno, en tanto don Nemesio Tromba, más amazónico que terrestre, encaminaba sus trancos camino de la volanta, apuntando a retaguardia para cambiar, sin peligro de incinerarlo, dos palabras con el patrón. Apeado ya, éste señalaba con el bastón la marea lacre que avanzaba intentando un movimiento de pinzas. Dio

orden de contraatacar en las dos salientes. Desplegó Tromba sus lanzallamas concentrando en los flancos. Se alzó lentamente una humareda pestilente camino del cielo, mientras las crepitantes langostas moribundas eran cubiertas de nuevo por miles y miles de disciplinadas compañeras. Los hombres perseguían con aquellos lengüetazos de fuego la alfombra de insectos. Rondeau contemplaba la masacre preocupado. Calculaba la velocidad devoratrix y trayectoria del enemigo, trigonométricamente la órbita solar; quería aniquilarlo antes de que se arremolinara y en espirales compactas levantara vuelo sombreando la luz para atacar a mansalva, en otro punto aún más fecundo, en cuyo caso, antes de detectar su presencia podría ocasionar un estrago. Nemesio lo miraba en silencio, adivinando sus elucubraciones, fortalecido por la presencia del Cacique en el centro mismo de la contienda.

Las yeguas tusadas espantaban las moscas con sus colas, coceando el suelo o agitando las orejas, o restregando sus cabezas, mientras Fernandito registraba para siempre la figura del abuelo, pie en tierra, bastón confundido de llamas y plaga contra un horizonte desmesurado.

Apenas reinstalado en su sitial, los dos dedos engarfiados de Rondeau indicaron el camino a seguir. Y como apuntaban hacia el molino esquinero, hacia allí dirigió Fernando la marcha del coche. Llegadas al bebedero las zainas acercaron sus belfos al agua, olieron y retiraron a tiempo sus hocicos pues, a pesar de las anteojeras descubrieron una presencia extraña. No se trataba del hornero que había volado de inmediato por encima de las metálicas paletas para detenerse cerca del poste en cuyo tope tenía construido su rancho. La ladera volvió a acercarse su hocico al bebedero y por fin doña Flauta que agitaba la superficie con sus movimientos, se dignó abandonar el campo. Saltó fuera del estanque sacudiéndose íntegramente como saben hacerlo muy bien los perros y los pájaros, esparciendo una nube de cristales, asustando a los caballos y decidiendo por último montar guardia del sulky de su padrino que había servido para traer las armas o el combustible hasta el campo de batalla. Echó su cuerpo a tierra, indiferente a todo, lengua afuera, mirando de soslayo al cacique y sus amigos, como cosa intrascen-

dente, una mosca boba quizá, mientras los chicos aprovechaban de nuevo para aliviar su alegría en risotadas.

Don Ricardo abominaba de cuzcos. Los prohibía en la estancia, haciendo matar a los que se acercaran al casco. Pero adivinó cierta grandeza en la presunta indiferencia del soslayo o en la quietud de la pastora que ahora volvía la mirada a la lontananza ajena al hombre y a los chicos, atenta a algún rumor cósmico, a la furia del sol, al vuelo errático de una mariposa, a la formación de cúmulus que avanza desde Tapalqué pespunteando el firmamento, presintiendo la misma tormenta que el reumatismo anunciaba en la parte de la anatomía que se extendía desde las falanges hasta la clavícula derecha del abuelo. Y recibió Flauta por aquello o por esto el espaldarazo mudo pero benevolente y título de meteoróloga en grado académico. Los dos dedos más encorvados del Cacique esbozaron circunscrito a lo esencial, una suerte de absolución, de bendición, de saludo mero quizá, pero consagrado por el destello radiante del hijo de Wiracocha, en el cenit de su crueldad aquel mediodía. Luego volvieron.

Los que conducían el coche en que sobrevolaba sus dominios, participaban de los antipastos que Pilar y el peoncito aque- renciado a las casas ofrendaban al patrón. También los nietos más memoriosos asomaban pronto sus narices, sus ojos hambrientos, a la galería donde estaba dispuesta la mesa precavidamente colmada de vasos, un balde de hielo y tres platos de tostadas de galleta criolla cortadas muy finas porque usaban para ello el pan del día anterior como quería Rondeau y dos o tres latas ya de salchichas, ya de lenguas de cordero. En su carácter de diestro cuchillero, Romualdito era quien debía destripar las latas y en ese menester se distinguía. Virutas de plata crecían de su rápida mano en pétalos filosos. Abierto el envase se lo alcanzaba a Solange quien, con una cuchara sopera lo vaciaba sobre un plato con la devoción adecuada a la envergadura del caso. Auxiliada por sus hermanas Soledad y Elvira, preparaban los sandwiches en un santiamén. Pero como hasta que el abuelo no se sirviera nadie podía hacerlo, y él mientras tanto había concurrido a realizar sus descargas naturales y sus abluciones y mudanzas para refrescarse del solazo, esos minutos de espera

importaban una pesada carga de civilidad. Cuando hacía su aparición, reluciente, con la sonrisa dibujada en todos los rasgos, se sentaba. Controlaba la vigencia sanitaria del envase, y confirmando sus expectativas, mezcla de gruñido complaciente y de invocación solemne, profería el nombre de la marca impresa en la etiqueta, cursiva roja con inicial mayúscula contrastante sobre blanco. Mirándolos, un vaso de Cinzano en la derecha y uno de los canapés de Solange en la otra, los invitaba a participar del festín.

Impacientes por el introito y convencidos por anticipado de las virtudes de los manjares, los chicos arrebatában éstos y un vaso, pues aunque rebajado con agua, hasta los menores debían probar el vermouth para evitar el desprecio del abuelo.

De todos modos, Romualdo aseguraba que la devoción de Rondeau se limitaba en realidad al contenido de los envases y no a la marca que los adornaba. Que el viejo controlaba la vigencia sanitaria del producto precisamente porque desconfiaba de los gringos y pensaba que eran capaces de cualquier cosa, incluso de envenenar a los criollos si eso convenía a sus negocios o a la disponibilidad de su producción. Pero tales sacrilegios pasaban desapercibidos por los chicos que aun sin tan sólidos fundamentos consideraban el prolongado introito, por lo menos inoportuno. Consustanciado en cambio con el ceremonial rondeauliano, Raffi estaba convencido de que todas eran excusas para lanzarse sobre el copetín como fieras sin el debido respeto del Señor.

II

Hacia el 43

La primera vez apenas percibí la dimensión del edificio.

“Pero ahora, el golpe de la puerta y el ruido del Ford que partía con papá al volante, me sumieron tan de pronto en el desamparo, que sentí que me partía en dos. Mis piernas por un lado que me acercaron, primero hasta el borde de la escalinata del Colegio, y mi alma por el otro, que amenazaba disolverse fugitiva. Las piernas ganaron. Miré sigilosamente el recorrido de los peldaños. Alcé la vista hasta las arcadas, los ventanales severos, y avancé.”

Estoy en el aula. Soy casi el más bajo de la clase. Por consiguiente me siento en el segundo banco del frente contando de la puerta. El enano Fernández, en el primero. Hasta en eso me aventajan pues Fernández, cuando la puerta queda entreabierta, tiene el privilegio de ver reflejadas en los vidrios, imágenes todavía inofensivas del peligro.

Ubicando de perfil su imponente silueta, entra al aula el primer profesor. Es Giberti, el de matemáticas; pero como no son mi fuerte, confío en la próxima clase de castellano para despabilarme. La falta de guardapolvo me sorprende. Fracaso cuando quiero evocar la severidad del último maestro porque en el recuerdo predomina la blancura del delantal que otorgaba a Vignes, con más aspecto de comisario que de maestro, una femineidad que suavizaba los gestos casi torpes de su marcha y confería a la majada de escolares que padecía su enseñanza, protección contra el polvo de tiza, las manchas de tinta, la

mugre del patio de columnas jónicas y la impaciencia de crecer. Pobres angelitos.

El año anterior, pocos días antes de iniciarse las clases, había ido con mi prima a una fiesta. En el pozo de la suerte había tanteado y extraído a ciegas del aserrín, un florero muy blanco con floritas pintadas en esmalte. Ahí mismo compré unas espigas para ponerle adentro y se lo regalé. Cuando la acompañé hasta su casa, ella lo colocó junto a la ventana de su dormitorio.

—Vamos a dejarlo aquí —dijo— para que lo veas cuando venís a visitarme.

A la mañana siguiente escribí dos páginas: “El florero de mi cuarto” aunque no estaba en el mío sino en el de Valeria que era, precisamente, de lo que hablaban las dos páginas pero no importaba pues aunque no podía verlo sobre el estante de mis propios juguetes, podía pensarlo, colmado de espigas, en el de ella, blanqueando al madrugar cada mañana.

Cuando se lo conté a Carmen, alzó las cejas y me pidió que se las leyera. A partir de entonces, cuando la visitaba durante la siesta, recostada sobre la cama de su dormitorio hasta la hora de salir, me ordenaba por ejemplo: —Escribí sobre el gome-ro de la Plaza Mitre—. Sobre Emilio Mitre, sentado a la sombra del universo verde pendían casi acariciándolo dos ramas del mayor banyan de la plaza. En la torridez del verano, era dueño de un exorbitante abanico. Brazos celestiales lo aventaban suavemente para aliviar su estancia. Durante las tormentas, guarecido a su follaje, esperaba el paso de la lluvia observando todo tan calmadamente como desde atrás de un ventanal.

La imprevisibilidad del origen y del destino de las tempestades me agobiaba. Lo peor era tener que mojarme la cabeza con esos cursos desmesurados de agua que, desbordando las cejas empapaban mi cara con un llanto ajeno cuyos límites desconocía, cuyo contenido era incapaz de concebir, cuya sustancia sin embargo había contemplado avasallando el alma y la cara de Carmen otra tarde casi olvidada a no ser por un vago recuerdo de humedad en sus mejillas al besarla para despedirme.

Emilio Mitre no reía nunca. Pero tampoco fruncía el ceño,

ni se levantaba borrascoso para exigirles a los chicos que se alejaran para jugar pues no parecían interrumpir el curso de sus pensamientos. Ni les ordenaba que fueran a saltar al rango en el cuadrado de arena donde orinaban los perros de confianza. Ni siquiera los gorriones, molestos para cualquiera si se le trepan a uno a la cabeza o si se despiojan a sus anchas sobre los hombros o sobre las rodillas, podían acusarlo de iracundia o de impaciencia. Cualquiera entendía que su lucidez provenía del contacto tan estrecho con el gome-ro que lo abrazaba y lo cuidaba cada vez más tiernamente. Si alguna vez decidía descender del sillón de piedra, cometería el error más grave de su vida. Pero difícilmente incurriese en semejante tentación. Al fin y al cabo, el único riesgo de tan sedentaria, contemplativa actitud, sería poder llegar a quedar envuelto, cobijado tan enteramente por el árbol que él mismo resultara savia, rama y vida de ese mundo tan contemplativamente verde.

—Escribí sobre la bandera de Belgrano —me decía Carmen otro día. E imaginando el color del Juramento después de la batalla y al General en pleno fragor de caballerías, harto de sangre y de dolor, alzar la vista del río sanguíneo al cielo, en profundo rechazo de la violencia, y descubriendo en esa dimensión, paradójicamente límpida y dominante, por encima de toda pasión circunstancial, el verdadero sentido de su vida y, simultáneamente el de su patria. Al caer la noche había referido su angustia a las Señoras de Telechea y Rivadeneira con quienes sostenía un coloquio pesaroso.

—Doctor, —le había comentado la primera poniendo el mate de plata en manos del sargento ayudante— también nosotras queremos que ese cielo de hoy esté más cerca de la tierra.— Y Yolanda Rivadeneira, esbozando un gesto mediante el cual impartía una orden para que se cebara otro amargo para el General agregó conmovida, señalando su bolsa de labores:

—Quizá podamos empezar ya mismo haciendo que él sea nuestra bandera.

Las siestas se convirtieron en un apasionante ejercicio pues

su puño llenaba las carillas como guiado por un destino manifiesto. Mientras duraba la lectura, unos minutos solamente, Carmen era toda oídos para él. Nada de teléfonos, ni de instrucciones a las mucamas. Nada de cortarse las uñas, ni de pespuntear o de coser un dobladillo. Lo escuchaba como en misa. Aunque, en efecto, Carmen había abreviado la duración de cada comunicación, como la cantidad de interlocutores había crecido, infringía de hecho los insistentes pedidos de Mathieu y las recomendaciones de Nicolás Schutt. Cuando le rogaban que se dejara de hablar tanto por teléfono —ruego con el cual muda e impotentemente se solidarizaba Rafael— querían significarle que no usara ese conducto para hablar de política, que eludiera todo comentario injurioso del General y sus ministros, porque Mathieu estaba seguro de que su teléfono estaba interferido y, aunque Nicolás no compartiera esa convicción, sabía que muchas conversaciones telefónicas eran escuchadas por los servicios. Quería proteger a Carmen hasta del azar.

Mathieu reiteraba que por encima de todas las cosas se abstuviera de usar la palabra revolución en ninguna de sus formas, ni abreviada, ni traducida. No comprendía que el úkase condenaba a su esposa a la incomunicación. El exceso de rigor fue contraproducente. Redujo, repito el tiempo de cada llamada pero, hablaba con mucha más gente que antes, para concentrar y transmitir toda la información disponible. Se abstenía de usar el vocablo, pero para sustituirlo utilizaba tales circunloquios, que el servicio de informaciones más escéptico hubiese deducido tarde o temprano, que en la buhardilla se cocían habas. Como el esfuerzo que realizaba para enmascarar el sentido de la conversación adormecía su mala conciencia pero no la cancelaba, perfeccionaba las claves de su código incluyendo más y más rubros, desde las anomalías de Mathieu que incluían los nombres de sus queridas, pasando más tarde por lo sexual, la Guerra Mundial cuando lo del Graf Spee, la carestía de la vida cuando las consideraciones al respecto pudieron ser interpretadas como críticas al gobierno, la libra esterlina y el dólar cuando se impuso su cotización oficial y así de seguido, hasta conformar un haz cosmogónico.

Es que Carmen quería atenuar los remordimientos resultantes de su desobediencia, y además mantener al margen de esas preocupaciones a los sobrinos que la visitaban. Mientras estos no habían sabido inglés o francés, todo había sido simple. En cuanto un diálogo rozaba alguno de los temas dudosos, abandonaba rápidamente el castellano. Pero después se vio forzada a utilizar el método descripto. En cuanto a la política nacional se refiriese, su información era verosímil. Muchos matices denunciaban la escuela de Emiliana Balcarce de Arabehty. Emiliana estaba más al tanto que un Jefe de Estado Mayor, si las tropas esperaban acantonadas y listas para ganar la calle o si se preparaba una maniobra disimulada para justificar después cualquier desmán, el nombre del jefe de la patriada y de los coroneles conjurados, los oficiales con mando de tropa que se oponían al revuelo, los regimientos leales al Presidente, las armas y municiones con que contaban, asegurando que no dejaría de llamar a Carmen en cualquier momento si sobrevenía alguna novedad.

Para ella eran dos los grupos que se disputaban el comando de la eventual revolución. El primero, que contaba con todo el apoyo de Federico Arabehty —suegro de Emiliana— fue bautizado por Carmen “Louisianne”, el nombre de la mejor modista de la ciudad. La revolución propiamente dicha era el vestido de novia que Laura Rondeau, una sobrina casadera pero sin festejante conocido, debía vestir con motivo de un matrimonio supuesto y más o menos inminente, según fueran progresando las etapas del complot. Las ventajas resultantes del uso de tales galas para sustituir la palabra interdicta, eran innumerables. El tocado, el viso, el visillo, el vestido propiamente dicho, con su cuerpo y falda, los guantes, el calzado y el ineludible ramillete que Laura, terminados los festejos lanzaría al aire para ser recogido por la más afortunada de sus amigas, todas y cada una de esas partes, sus sisas, dobladillos, ribetes e hilvanes, representaban a uno de los principales juramentados, y cuando se trataba de un político, al partido que lideraba, si de un militar, al regimiento que lo seguía y así de seguido. A nadie puede sorprender por consiguiente que siendo entonces Campo de Mayo el puntal más vigoroso de la estruc-

tura militar, Carmen reservara en su clave para ese acantonamiento, el ramillete de azahares, o de oleafragans según fuera el mes en que presumiblemente estallaría la batahola.

La información transmitida por Emiliana era hasta tal punto considerada fidedigna por su predilecta suscriptora, que ninguna otra, cualquiera fuera su origen podía empañar su verosimilitud. Podían desgañitarse los oficialistas, los diarios, las radios, el Presidente o el General de marras y su cohorte de ministros; los hechos eran tales como los describía Emiliana y no como los referían los demás. Es que Arabehty, viejo caudillo de boina colorada, tenía un sólido prestigio en la materia. Venía ejerciendo la solapada profesión desde la caída de Juárez Celman y hasta el 41 había acumulado experiencia en maniobras y triunfos resonantes. La confianza de Carmen en las versiones de Emiliana no era pues infundada.

En cuanto al teatro de la guerra, nadie, demás está decirlo, podía estar al tanto mejor que la propia Carmen. Primero y principal, porque su hermano Rudecindo, casado con una paulista, vivía en Londres como representante de cafetaleros y chocolateros. Segundo, porque desde la buhardilla, ubicada frente al río, sin las interferencias edilicias que más tarde se interpusieron entre las transmisoras extranjeras y su ultramoderno combinado Marconi, se escuchaban con claridad los mensajes que alargaban las emisoras extranjeras hasta el aparato de la mansarda. Agréguese su lectura del *Time*; del informativo semanal de la embajada, de *Acción Argentina* y del *Political Research* y se comprenderá por qué acumulaba mucha más información que el común de los mortales. De ahí que no incurriese jamás en la ingenuidad o la mala fe de alguna de sus amigas que preferían indigestarse con las mentiras del Führer o con las payasadas del Duce. Y como la política nacional no podía menos que acompañar los acontecimientos del mundo, doña Emiliana y Carmen intercambiaban información recíprocamente valiosa e interpretaban los procesos a partir de una coincidencia apriorística: la necesidad del triunfo del bien sobre el mal y de las democracias sobre las dictaduras.

A la buhardilla de Alvear comenzaron a afluir los hambrientos y los sedientos: demócratas, radicales y socialistas en busca

de consuelo. Para Carmen, todo era cuestión de esperar. El fracaso de hoy auguraba el triunfo del mañana.

El pánico de Mathieu y las prudentes recomendaciones de Schutt la contrariaban. Uno la sacaba de sus casillas, el otro la ofendía. "Como si no supiera cuidarme sola y necesitara de los consejos de un médico de campaña. Pero lo cierto es que a mí no me van a convertir. Ni le voy a hacer el campo orégano a la quinta columna."

Para ella, *Political Research* era a los acontecimientos internacionales lo que Emiliana Balcarce a los locales. Pero lo que otorgaba a *Political Research* un ángel insustituible era que sus noticias fueran confirmadas desde el lugar de los hechos, por carta del propio Rudecindo.

Ellas transformaban la cualidad de lo acontecido. De lejano, en inmediato; de periodístico, en vital; de negro, blanco y plano, en fulminante de colores. Veía con los ojos, escuchaba con los tímpanos, olía con la nariz de Rudecindo, el tufo a pólvora, el derrumbe de los muros, la detonación de las bombas que caían noche tras noche sobre la inmensa ciudad. Veía a Brook saliendo temprano de su casa camino del Cuartel General del Alto Comando. Del brazo de Nye o de Griggs, cuando entraban al club o haciendo footing cerca de Marble Arch. Entrevistaba a Dalton para convenir las condiciones de envío de café y chocolate para los soldados.

Cada carta de Rudecindo, sucinta si se la compara con las realidades que describía, descorría los párpados de Carmen e hincaba en su espíritu el dolor y el estrépito de aquella conflagración. Que dejara de lado tantas y tan trascendentes tribulaciones para escuchar por lo menos durante algunos minutos las deshilvanadas carillas de Rafael, llenaba al chico de felicidad.

A lo largo del año se fue enseñoreando de la blancura del papel. El camino de la felicidad parecía trazado ante Rafael por un sinnúmero de páginas blancas y pasivamente dispuestas al desordenado amor de un lápiz sujeto a su exclusiva voluntad.

La mañana llora en el patio gris.

Las maestras y los maestros se despiden de nosotros hasta el año que viene.

*Hasta el año que viene no,
porque ya no volveré. Hasta nunca.*

El ojo derecho del profesor que entró se mantenía fijo en un punto con independencia de los movimientos del otro. Era muy alto o lo parecía, porque se paraba sobre la tarima mientras que Giberti y Biolet (el de Francés) casi nunca lo hacían.

Explicó que sería la última vez que se pondrían de pie diciendo buen día para saludarlo. Que se daba por saludado hasta fin del año. Que sabía muy bien que era uno de los clásicos recursos a que acudían los alumnos para provocar desorden. El restallar de tablas, el golpear de libros, caer de útiles y demás elementos de la ensordecedora campaña, quedaría, para siempre abolido. Que el único saludo que aceptaría en lo sucesivo sería el del silencio a secas. Que en la misma circunstancia no quería ver sobre los pupitres, ni libros, ni papeles, ni carpetas, ni útiles, nada. Pues todos ellos eran elementos utilizados por los alumnos en el mejor de los casos para distraerse y en el peor para espiar la respuesta que ignoraban a la pregunta que no comprendían.

Luego, con la planilla de asistencias en la mano leyó pausadamente los nombres de cada uno de los estudiantes. Clavó su ojo en cada rostro a medida que los chicos se ponían de pie y volvían a sentarse. Llegó así hasta el último.

—Bien, —dijo— ahora vamos a ver qué recuerdan de lo que han estudiado durante las vacaciones.

Los chicos más animados se movieron sobre sus bancos impacientes por demostrar su agilidad gramatical o su destreza ortográfica.

Soltó los botones del saco, introdujo su pulgar en el bolsi-

llo del chaleco permitiendo por primera vez que admiraran la cadena que lo adornaba de lado a lado. A unos les preguntaba respecto de sus lecturas veraniegas, a otros, las distintas partes de la oración. Así, entretenidamente, mientras iba indagando el nivel de preparación de los estudiantes, arribó como por arte de magia cerca de Schutt precisamente cuando iniciaba el tema de los adjetivos calificativos. Era el fuerte de Rafael. Convencido de su inminente consagración, gritó más que enumeró cuatro sinónimos de “hermoso”. También otros habían salido al paso de la pregunta acentuando el desorden. Pero sin mover el ojo clandestino de su lejano punto de mira, el profesor señaló con indudable precisión primero hacia Rafael y luego, con un casi imperceptible movimiento del índice, hacia la puerta del aula.

—Usted, —dijo en medio del silencio de tumba— vaya a la Prefectura.

Y agregó, pronunciando cada sílaba con fruición:

—Es importante que aprendan desde el primer día de clase, que nadie debe hablar sin permiso.

La inminencia de una catástrofe era cosa que había rondado el espíritu del chico durante años. Pero las catástrofes imaginadas nunca tocaban su propia piel. Que se lo echara del aula con obligación de concurrir a la Prefectura del Colegio, era simplemente inconcebible.

Los zapatos estrenados, el traje nuevo de franela gris que, aunque de pantalones cortos, lo vestía como para una fiesta, cada detalle que recordaba mientras se acercaba por el corredor inhóspito al cadalso, iba pesando como plomo en su conciencia. Al peligro, que súbitamente surgía como ostensible, de expulsión, se agregaba el que provendría de tener que contárselo a su padre. A medida que sus piernas, contra su voluntad, lo acercaban al despacho del Prefecto, el pánico más lo aherrojaba.

Llegó a pesar suyo, porque lo arrastraba la sumisión que es propia de algunos niños que tienden a obedecer las decisiones más injustas, como la condición de otros los obliga a rebelarse contra todo. Pero aquel día debió partir. Irse del Colegio para siempre. Y en lugar de acercarse lacrimógenamente a la Pre-

fectura, haber huído, mimetizándose con las baldosas anémicas, eludiendo a los celadores y demás cancerberos, a lo de Carmen, o a cualquier casa o a ninguna casa, camino de las afueras del pueblo, como Fabio Cáceres o como Huckleberry Finn. Pero Carmen no le había inculcado todavía el amor por nuestros escritores y Rafael, atemorizado como estaba, no pudo evocar la protección que el pícaro Huck, en lo peor de su desamparo, encontró tan cerca de Hannibal, St. Petersburg, Missouri, en el negro Jim.

Cuando volvió al aula, el susto había sido tan desmesurado que nunca pudo volver a mirar al Profesor sin aprensión. Así como algunos chicos a los que se los ha golpeado duramente, por instinto levantan el brazo para cubrirse la cara o la cabeza aunque un adulto ahora sólo quiera acariciarlos, así, el alma de Rafael se replegaba en cuanto el señor Bauer ponía un pie dentro del aula y aún antes, cuando con su imaginación componía el inminente arribo de su silueta.

Pero como en suma no había sido castigado por el Prefecto, quien se había limitado a simular que tomaba debida nota de la grave incorrección, afirmando que por tratarse del primer día de clase, no aplicaría la condigna sanción, nuevamente nadie comprendió la importancia de lo ocurrido. Porque la versión que de los hechos transmitió Rafael para explicar los rastros del llanto fue incompleta para evitar, ahora que había salvado el peligro de expulsión, también el segundo: el de las reprimendas de Nicolás Schutt.

El mundo de los adultos seguía su curso alejado del de sus hijos. Cuando se entrecruzaban, los niños hacían todo lo posible para confirmar a los mayores en la convicción de que lo de ellos era siempre nimio. Una taza de chocolate con medialunas, manteca y miel hacían milagros. En primer término por temor al castigo. En segundo porque efectivamente a esa edad, son raros los dramas insolubles como por encanto, al agrídulce sortilegio del chocolate.

La Revolución anunciada era cada vez más inminente. Don Nicolás volvía tarde a la noche a su casa. Carmen no estaba para caprichitos y, en síntesis, ni siquiera Rafael percibió la súbita desaparición de su inspiración. Como la de un fantasma.

El segundo grupo que pretendía el comando de la revolución había sido bautizado por Carmen con el nombre de su sastre Buonfiglio. Dueño de tijeras imaginativas y disciplinadas, de aguja prolijísima, Paolo Buonfiglio no podía comparar su destreza con la maestría de Madame Blanche que en lo de Louisianne hacía milagros de campanas, pasamanería, cordoncillos y entredoses. Pero satisfacía la exigencia de clientes de categoría para la ropa de diario y aún para un buen traje sastre de tarde, número imprescindible para que Carmen, Matilde Pellegrini o Rosita Ceballos pudieran concurrir a jugar al bridge en lo de Dendramis o a los cocktails de lo de Cueva de Vera, y a las exposiciones de floricultura que en invierno y primavera imponían a Carmen un esfuerzo a veces agotador.

Este grupo, para decirlo con otras palabras, no colmaba las expectativas políticas de los Schutt, de los Rondeau ni de los Arabehty, como lo hacía el que en clave denominaba Louisianne. La excelsa artesanía de Madame Blanche se reservaba para los vestidos de novia, de madrina, o para formar parte del cortejo, los vestidos de largo para cenas con orquesta y baile en lo de Bemberg, en la Residencia o en lo de Paz Anchorena. Porque a veces chingaba. Sobre todo cuando se trataba de vestidos enteros que Carmen usaba de tarde entrecasa. Menos a causa de las deficiencias artesanales de Buonfiglio, que de la estructura física de su clienta que, para ser absolutamente sinceros, tenía una ínfima desviación a nivel del hombro derecho. Tan imperceptible en realidad que sólo había sido detectada en forma casi accidental durante la adolescencia de Carmen, en la Clínica del doctor Redonnet de París.

Y por más que con el tiempo —que a veces todo lo soluciona, pero que casi siempre todo lo estropea— la desviación se había acentuado, era tan poco que cuando Carmen la mencionaba, Mathieu prorrumpía en carcajadas tan extrañas a su carácter taciturno que por lo mismo enfurecían aún más a Carmen de lo que la consolaban, pues se sentía más ridiculizada

cuando Mathieu se mofaba de su debilidad caracterológica que si lo hubiera hecho de su defecto físico.

De hecho, el vestido recién recibido debía volver al sastre para un retoque cuya extensión limitaba la señora de Straus con la ayuda de Basilisa, quien con cuatro o cinco alfileres formaba una milimétrica pinza a lo largo del hombro y hasta la sisa, con lo que suponía debía rehacerse el canesú correspondiente y pronosticaba que el vestido llegaría cuando ya no lo necesitara.

Pero por más que en cada una de esas ocasiones tuviera que reconocer sus propias imperfecciones, como los fondos que le daba Mathieu, alcanzarían mañana, tarde y nunca para vestirse en Louisianne terminaba recalando con cada vez mayor asiduidad en lo de Buonfiglio.

Coqueta como era, sufría por no poder lucir un modelo de Louisianne. Y estaba a la pesca de que cualquiera de sus amigas detectaran este o aquel defecto. Pero sus amigas, menos rigurosas, por miopía o por bondad, aunque tuviesen maridos más generosos, o porque dispusieran con prudencia de su fortuna personal, le sonsacaban el nombre del sastre y, sin decirle nada, aparecían de pronto en lo de Buonfiglio. Ella no necesitaba que se lo dijeran, porque le bastaba echar una ojeada al traje sastre de Matilde, o a la falda de Rosita o al corte del escote de cualquiera de las otras para saber con toda precisión que allí había andado la mano de Paolo.

En parte se tranquilizaba cuando comentando los precios que pagaban advertía que a ella el modisto le hacía un precio especial. Y bien que se lo merecía pues era gracias a su silueta que las tijeras del aprendiz habían adquirido la experiencia y la fama de un maestro.

Y sus amigas, como también la veía Rafael, la consideraban elegantísima. Porque a la destreza del tijeretero, sabía conducirla por los vericuetos de su perfecto buen gusto agregando al saco del tailleur cuatro botones de Francia, o modificando un ápice el ángulo de las solapas, o la caída de las mangas, o agregando al borde del puño de las mangas, o a la pollera, una cinta de mostacilla que subrayaba la estructura tan delicada de las muñecas y de sus manos, o sus rodillas hermosísimas,

para que el conjunto en pocas palabras, pareciese salido de París.

¶ Pero cuando los acontecimientos, dentro del movimiento revolucionario, parecían inclinar la balanza del poder en favor del General Remigio Pelaez, Carmen entraba en un verdadero tirabuzón. Porque si en verdad había aprendido a olvidar —en gran parte al menos— sus propias imperfecciones anatómicas, en cuanto a las de los demás y sobre todo las de los militares, estaba en pañales. Todo indicio, o versión que sugiriese que el General Taylor estuviese perdiendo el control de la cosa la aterraba y era negado con obcecación.

Y, en su obstinación por confeccionar a toda costa el mejor vestido de novia para Laura, las vicisitudes más diversas impusieron sobre su ánimo un insólito dramatismo desde el otoño del cuarenta y dos. Durante esa época los jueves se transformaron para ella en el día más horrendo de la semana. »

Ante la sombría indiferencia de Mathieu, el sarcasmo de su hermano mayor, la ineficacia de Farías, los dislates de Faustino, la egoísta superficialidad de Arturo, ella se sentía combatiendo sola contra todo, inclusive contra sus hermanos y cuñadas que, impasibles ante la tragedia que sacudía al mundo, devoraban a cuatro carrillos.

Farías era quien inadvertidamente desencadenaba los cataclismos. Descorría el telón sin tomar elementales precauciones. No se tontaba siquiera el trabajo de saber cuál sería la obra representada, si los actores habían ensayado sus roles y, lo que es peor aún, olvidaba sus propias tiradas. Parecía empecinado en que la representación se convirtiera en tragedia, lo que no era bueno para la salud de ninguno de los comensales y podía llegar a ser fatal para sus padres.

Decía por ejemplo:

—Este año va a faltar hacienda. —Había regresado de una gira por los campos de Basavilbaso, en Pehuajó, Chascomús y Arrecifes, una sucesión que había contratado sus servicios como agrimensor para la demarcación de las hijuelas. Estaba tostado, vestido como un Squire de Gales pero fumando Imparciales—. Ya queda poco pasto y pronto empezarán las lluvias. Si llueve mucho la parición será mala. Conviene aumentar las

superficies de sembrado a costa de las de engorde—. Esta consideración administrativamente correcta causaba en su hermana el mayor desasosiego. Porque ella opinaba que el crecimiento de las reservas de carne argentina para Inglaterra, debía ser prioridad uno. Y si ni los Schutt, ni los Rondeau, aliadófilos empedernidos (con las excepciones que sirven para confirmar la regla) adoptaban criterio tan elemental, entonces había que desesperar de todos y de todo. Porque ningún país puede combatir con su ejército hambriento.

Se sentía acosada. Las noticias de Rudecindo eran malas. Describía las medidas de severo racionamiento, la insuficiencia de alimentos. Su propia casa, en Cadogan Gardens, informaba por primera vez, había sido dañada por los bombardeos del año anterior. Y aunque decía que entre tanto habían cesado y que había podido restaurar el frente de la casa, la noticia cayó como un balde de agua helada en aquel ya destemplado invierno.

Si Gran Bretaña prevalecía en la superficie del Atlántico, se desangraba en cambio en sus abismos. Si se debatía tenazmente hasta las puertas mismas de Alejandría, cada avance de Rommel asestaba al ciego optimismo de Carmen, un golpe bajo. Y para colmo, el anuncio de Farías. Faustino, tanto como para tranquilizarla —y aunque en términos de política era uno de la majada negra de la familia— viendo tantas sombras atravesar tan rápido los ojos de su hermana, interrumpió a Farías.

—No importa, Carmen, te hacés malasangre inútilmente, porque aunque el Führer gane la batalla de Africa, la guerra la va a perder.

—¡No digas estupideces! —retrucó Carmen a rajatablas.

—Claro, no tiene sentido lo que decís —agregó Farías para apuntalarla—. Pero descargó todo el peso de la discusión en la atribuladísima Carmen.

—Si los nazis ganan en Africa —insistía— también ganan la guerra.

—No señor —afirmaba Faustino sin perder de vista la fuente que, soliviantada por la palma enguantada de Manuel, por segunda vez circundaba la mesa para los que quisieran repetir—

No señor, la campaña de Africa la gana Rommel. Y sobre esto no cabe ninguna duda —reiteraba.

Lo peor es que parecía tener razón aunque ella no quisiera dar su brazo a torcer. Ain el Gazala, Cyrenaica, Sidi Barrani, Mersa Matruh, Benghazi, equivalían a una seguidilla de jabs y de ganchos que podían convertirse en cualquier momento en un formidable uppercut en Tobruk y Alamein. Si los alemanes vencían allí, se cerraría la fortaleza del bastión germánico y el reducto de Hitler —pensaba la Señora de Strauss— sería invulnerable por muchos años.

Para Faustino, en cambio, hasta la madrugada del 7 de diciembre pasado, la victoria de Alemania había sido cuestión de meses y nada más. Conducción política y militar: geniales; espíritu de combate: formidable; estrategia y táctica: descolantes. La superioridad era, en todos los terrenos, completa. Con Alemania combatían los más grandes guerreros desde el Príncipe de Wagram, el Duque de Albufera o Davout, los héroes más tenaces desde el Príncipe de Essling, el de la Moskowa, hasta el mismísimo Murat, Rey de Nápoles. Al Este von Bock, von Rundsted y von Leeb; ahora al Sur, Rommel y Guderian. En el mar Doenitz y Raeder. En el aire, el brillo incontestable de Goering. Y en todas partes el genio del Führer. Dios mismo no le negaría a él lo que le había concedido al Corso Inmortal y desde el primer peldaño de Keops, Khefren o Mizzerino, con el Mariscal predilecto a su derecha, recogería el guante Napoleónico para arrojarlo al rostro del león sanguiinario. Sería seguramente su última lección al mundo. Pero aún así, difícilmente venciera al conglomerado talmúdico desparado por el mundo desde Moscú hasta Washington. El destino final de Hitler sería análogo al de Cristo.

—Vengo a enterrar a César, no a elogiarlo —prorrumpió su hermana. Carmen salía tan bruscamente de su melancolía como había entrado en ella. Roja de furia, perdido todo control y aprovechando la ausencia de los chicos, profería irreproducibles impropiedades, contra los Payasos, contra Faustino por fanático, contra Farías por estúpido. Palpitantes la carótida y la cava, hinchadas como mangueras, repetía desgañándose la promesa de Churchill: *We shall defend our Island whatever the*

cost may be. We shall fight on the beaches, we shall fight on the landing grounds, we shall fight in the fields and the streets, we shall fight in the hills, we shall never surrender.

Faustino, paralizados los maxilares por la sorpresa, se repenía, deglutía el imponente bocado y con la mirada fija en el occidente ya sin ambages cantaba: *Facceta Nera/Bel' Abisinia/Aspeta e spera/Che già l'ora s'avvicina.*

Como la gastritis crónica de don Ricardo amenazaba a cada rato convertirse en úlcera perforada, él mismo, agotada su paciencia con los dislates de Faustino, que a pesar de saber a carta cabal cuanto lo mortificaba con sus Wagnerianas, con su ruido al tomar el consommé, con su forma general desordenada de comer, atreviéndose en casa de sus padres a exaltar a esa banda que ahora mismo podía estar bombardeando Cadogan Gardens 27, estallaba.

Era el punto máximo de tensión del dionisiaco tentempié. Don Ricardo levantaba el brazo coincidiendo con el ingreso discretísimo por su silencio aunque fastuoso por su espectacularidad, del postre. Y descargaba con tanta furia un puñetazo sobre la mesa, que los platos, la cristalería, los cubiertos y el centro mismo de mesa cataractando dalías de *La Indiana*, todo el conjunto soportaba sísmicas convulsiones, que transmitidas por las fibras del tablón de raíz de ciruelo que había recibido el más puro impacto, repercutían hasta los límites de aquel universo. Ahora sí, en medio del silencio total restaurado, con marcha aún más cauta si cabe, y semioculto por el postre, Manuel iniciaba el contorno de la mesa sirviendo a todos en el mayor mutismo, preocupados por disimular las primeras lágrimas de Eulogia, su gesto de tomar con una mano la cartera que dejaba sobre la alfombra a su lado y el simultáneo de retirar la silla con la otra, con cuya alternativa, las manivelas del reloj de pie, el eventual derrumbe de la Babel de crema, la apoplejía de Carmen, la perforación duodenal de don Ricardo, todo, se detenía y hasta era posible, durante un instante advertir aunque fuera tenue un lienzo de real tristeza sobre la rigidez de Faustino. Aquietados los ánimos y viendo a su madre retomar asiento, se servía postre desmesuradamente, recuperando completamente su apetito e imaginando al Führer, en su Felsenstet de

Berchtesgaden inclinado sobre mapas que aún le darían un triunfo definitivo sobre la mediocridad.

Carmen en cambio hacía abstinencia de postres y confituras. Quería que el águila se convirtiera en lobo prófugo y que, forzado a esconderse, lo hiciera en la más inhóspita guarida. El hombre con cabeza de lobo y alas de murciélago, ascendía y bajaba desde el azimut hasta el fango; mientras tanto su silueta proyectaba sombras perversas cuya significación, como el sigilo de las hojas en el fondo de la taza de té, Carmen no podía descifrar sin ambigüedades.

Confiaba en su postrer destrucción pero hubiese preferido que de inmediato se pusiera un límite a su aparente omnipotencia.

Don Nicolás no tomaba a la tremenda los aplazos de Rafael en Castellano. Pero los había comentado con Carmen, quien asumió el apoyo extra-escolar en la materia. Cuando el chico le contó que a raíz de un galicismo utilizado, el profesor había subrayado que convenía que reforzara el castellano, ella lo llevó a Harrod's. Le compró tres grandes libros cuyas tapas abigarradas representaban respectivamente el arribo de "La Hispaniola" a la Isla del Esqueleto, la caída de Edmond Dantes desde la torre de la prisión D'If y el asalto a sables descubiertos entre Ruperto de Hentzau y Rudolf Rassendyl.

Mientras leía esta última, Rafael urdió un plan: al día siguiente llevaría al Colegio los tres libros y simularía un olvido al dejarlos sobre el pupitre, contra la expresa prohibición del señor Bauer.

Como era previsible, y a pesar o gracias al gesto esbozado por Rafael para disimular su intención, Bauer detectó de inmediato los libros sobre la mesa de Schutt.

—Muéstreme los libros que acaba de guardar debajo del pupitre.

Arrebolado el rostro, el chico puso las novelas en manos del Profesor.

—¡Quédese aquí, Schutt! —ordenó Bauer cambiándole la voz y empalideciendo sus mejillas—. Hace muy pocos días —di-

jo— tuve que llamar la atención de Schutt porque habló en clase de castellano como un extranjero. Recomendé que leyera en nuestro idioma. —Un moscón zumbó contra el ventanal queriendo regresar a su morada en la carnicería de la calle México pero igual que Rafael se vio forzado a escuchar lo que vendría—. Ahora bien, la editora de los libros de autoría extranjera que ha resuelto leer Schutt, la editorial Perlas Literarias, tiene tres malas costumbres: la primera es que edita sin permiso del autor; la segunda, que no paga a los traductores que contrata, motivo por el cual solamente le sirven los peores; la última es que solamente imprime ochenta de cada cien páginas del original. Estas tres razones justifican que nadie, repito, nadie que quiera leer de verdad, lo haga en Perlas Literarias. —El moscón volvió a zumbar, y, en un instante, a través de un oculto vericuetto huyó. Feliz de él, porque aunque no volviera nunca a localizar el escaparate de la carnicería en que mendaba, había logrado zafarse al azul, y desde allí, todo era posible—. He sido claro —continuó la voz encolumnada de Bauer—, los alumnos que quieran eximirse en la materia que dicto, no lo conseguirán si leen las obras cuya lectura se les recomienda, en Perlas Literarias. Y esto, lógicamente, incluye a Schutt que ahora puede sentarse.

Volvió al pupitre, el corazón doblando furiosamente en su pecho y en sus tímpanos. Porque había querido seducir y la respuesta fue el sarcasmo; porque había querido exaltar secretamente a Carmen pero había permitido que la ironía la alcanzara. No se atrevió a contarle nada. Y cuando ella advirtió que abandonaba en lo mejor, la lectura del prisionero de Zenda, pensó simplemente que compartía su desprecio por los traductores al castellano.

Carmen menospreciaba casi todo lo ibérico y sus derivados, en particular su literatura. La consideraba segundona en relación con la sajona y la francesa. En cambio resultaba inconcebible aspirar a la cultura sin el conocimiento cabal de los clásicos y modernos galos y británicos. Las mulierías, los abanicos policromados, el acero de Toledo, la ebanistería de los Borbones de España, pasos dobles y malagueñas, la cerámica de Talavera de La Reina, los bañistas de Sorolla, las tormentas de Zu-

loaga, las ojeras de Romero de Torres, la guaranguería del aceite de oliva y de los filetes de bacalao eran todas exhibiciones de mera gallegada y nada más, que derramaban merengue sobre Campoamor, infantilismo en Espronceda, disipación en Bécquer.

Llovido sobre mojado cuando Lugones tomaba la pluma en ristre como un caballero de la mesa redonda y ni que hablar de don Enrique, envuelto en su capa dieciochesca, olímpicamente instalado en sus patios andaluces, malgastando a todo trapo la fortuna de Leonorcita, en cueros repujados, sillones fraileros del tiempo de María Castaña, antes de la visita de la Infanta que había vuelto a poner en su punto las cosas y reinstalado en el sitio que le correspondía inclusive en España a la cultura francesa. Lo castellano era, en suma síntesis, de un barroquismo de mala índole con infiltraciones grotescas, como correspondía después de tantos siglos de dominación mozárabe sobre una materia prima rústica como la de los godos apenas amasada por los romanos. Y para colmo, jesuitas.

Sostenía que el inglés y el francés eran superiores al castellano. Porque aquel es conciso y no latero como éste. Porque el segundo es agradable y armonioso y no disonante por la crudeza de sus vocales; porque el inglés y hasta el francés, le parecían ortográficamente coherentes mientras el castellano utilizaba consonantes superfluas, careciendo en cambio de vocales imprescindibles y determinando los géneros de las cosas en la forma más arbitraria. Opinaba que el francés era musicalmente perfecto, el idioma de la diplomacia porque ni siquiera un ultimatum es realmente agresivo si al pronunciarlo se emiten sonidos armoniosos.

De ahí que cualquier gasto en libros en español la intranquilizara. Porque si algo la soliviantó toda su vida fue, para usar sus palabras, "tirar la plata a la basura". Por eso, al avizorar en la funesta vidriera a precio de ocasión los coloridos ejemplares de Stevenson, Dumas y Hope, estimó apropiada la dimensión del gasto al destino de la inversión.

Pero el señor Bauer también había sido claro al exponer su punto de vista. Los alumnos debían habituarse a leer las obras maestras de la lengua, y si no había sido más preciso en las cla-

ses anteriores era porque había dado por supuesto que esa literatura merecía una concentrada inversión de tiempo y dinero.

Fernando Laprida compartía muchos puntos de vista de Carmen. Había comenzado sus visitas a la buhardilla sin que Rafael lo hubiese percibido, coincidiendo con una gripe que lo tuvo en cama dos semanas. Así, de buenas a primeras, tuvo que compartir los monólogos de Carmen con Fernando, que tenía un dominio sorprendente para sus quince años. Pues mientras el más chico prefería el rol pasivo, escuchando y recogiendo como en un cántaro las observaciones, los gestos, los enciclopédicos conocimientos de la señora de Straus, el mayor, mucho más activo, departía con ella mano a mano. Aducía en apoyo de sus argumentos opiniones de autores que imponían su prestigio sobre ella, estadísticas, detalles asombrosos por su precisión que subrayaban a la vez, la increíble memoria y el dinamismo del mayor. El brillo de Rafael comenzó a desvanecerse porque ella advirtió sus carencias, en contraste con las aptitudes de Laprida. Y como no había aprendido todavía a apreciar el valor de un amante resignado a gozar con su sola presencia, sin requerir la posesión de su cuerpo, incapaz de reclamar que amoldara sus sentimientos, gustos, pasiones, a los confines de su propia alma, generoso hasta el exceso, no por propia decisión, sino porque la energía que lo impulsaba a quererla era incontrolable, fue incapaz siquiera de disimular su preferencia por el otro. Y por añadidura, éste le llevaba dibujos. Unos rollos que desenvolvía mientras ella continuaba, sin necesidad de cambiar de posición, descansando en la cama. Pero que obligaban al más chico a abandonar su lugar en el sillón, para ayudar primero y mantener luego ya solo, estirados los esbozos. Y por tratar de hacerlo contra su traviesa tendencia a acaracolarse, y disponerlos de modo que ellos pudieran admirarlos mejor, iba quedando paulatinamente excluido de cuanto ocurría del otro lado de la cartulina, encerrado entre el espacio blanco de la espalda del dibujo y el espejo que reflejaba su propia espalda. Para poder ver lo que miraban, debía pasar la cabeza por encima, pero era incómodo y distorsionante. Análoga a la posición de un demonio sentado al borde de una cornisa a horcajadas en lo alto de un muro, que ve la es-

tructura misma de la Catedral, desde un ángulo monstruoso. Y, cuando mira el interior del yacente Polyphemo reconoce a duras penas a través de las cristalerías brumosas, el armazón, brazos abiertos, enorme el tórax, sostenido el esternón, rígidos los fémures y tibias, un vientre insondable. Hubiese podido mirar a la distancia, por el costado, o a través de la ventana, hacia el parque. Pero como no encendían las luces en la plaza, a causa del racionamiento, ni podía, aburrido como Satanás, apoyar el mentón sobre las rodillas mientras reposaban sus alas, ni concebir como él un distraente daño, se sentía usado. En el peor sentido de la palabra. Y para colmo, Fernando no se sentaba como él en el sillón, sino que lo hacía sobre la cama, muy junto a ella, para poder adoptar su mismo ángulo visual y comprender mejor las observaciones que formulaba. Decirle que él mismo sostuviese los dibujos si quería exhibirlos, hubiera sido mostrar la hilacha y arriesgarse a tener que admirarlos sin eufemismos. Porque a pesar del ingrato papel que le había correspondido en el reparto, podía adivinar que los elogios de Carmen eran fundados. Ya que, a pesar de los encabritamientos de la plana, partes de un animal, la unidad de una inflorescencia o el pimpollo de un jazmín parecían crecer sobre la hoja y echar más leña al fuego de sus celos y de su envidia.

Rafael nada decía de tantas y tantas tentativas que en la soledad de su cuarto realizaba, tratando de reproducir con un lápiz las formas más simples y que creía conocer mejor. Frustrantes hasta lo inverosímil, porque sus dedos se agarrotaban en cuanto pretendían esbozar el florero de Valeria o la manzana que obligatoriamente debía comer en lugar del postre por indicación del doctor Arturo Rondeau, quien atribuía a los dulces la causa de sus incipientes malestares. Imposible. Algo, entre el movimiento coordinado del índice, del pulgar y del mayor y la imagen de las cosas que quería dibujar, se interponía. Una o dos barreras infranqueables. La primera, entre el objeto y su retina, pues no es lo mismo mirar que ver y aunque todos aprendemos a reconocer un objeto y creamos una imagen interna que le corresponde, muy pocos son los que saben reconocer cómo sus formas y sus colores viven y mueren al amparo de la luz y de la sombra, se construyen con un pigmento de-

terminado con sustancias diversísimas, cuya tensión, brillo, opacidad o coloratura le pertenece en exclusividad. La segunda, entre la imagen interna del objeto y el papel. Porque bien podía ser esta la barrera que tornaba indóciles sus dedos. Su incapacidad para aislar el florero de las múltiples emociones que su adquisición y entrega a Valeria le habían suscitado, la circunstancia de saber que lo conservaba junto a la ventana de su dormitorio con una fidelidad referida a la significación del regalo más que a la alabastrina blancura del objeto, le impedían verlo como lo que era, un florero, en lugar de como lo sentía, prenda de amor. Porque esta manera de evocarlo lo forzaba a relativizar la validez de cada trazo y aun antes de haberlo completado, anticipaba las carencias del borroneo de la línea, como si cancelara en lugar de dar a luz la palpitante vigencia del objeto.

Con el tiempo, debió resignarse ante la absoluta impotencia de sus manos. Pero hasta que ocurrió, secretas furias, que son las más devastadoras, lo arrasaban.

Carmen tardó poco en evaluar sus carencias y en comprender que invadían el huerto que apreciaba más, el de la creación. Poseía en plenitud el don de la observación creativa aunque sólo pudiera ejercerlo con maestría en sus conversaciones. Sabía entonces descubrirlo rápidamente en quienes, poseyéndolo, se acercaban a ella. Pero como no se había dejado atrapar por la vida familiar, por las actividades sociales que desplegaba en aras de Molinos Straus, como servicio adicional que compensaba las deficiencias empresariales de Mathieu, por el manejo de las casas de Salguero y de Morón, demorando su decisión de acometer una obra más perdurable que los hermosísimos pero efímeros juegos florales que adornaban las casas y el parque de Ranchos; consideraba que el talento, el verdadero, el que justificaba la dedicación excluyente de una vida, era siempre un *exemplaire rarissime* y, en el área del Plata, inexistente.

Rafael se enredaba cada vez más en el intrincado laberinto de tan contradictorias alternativas. A la competencia imaginaria con Mathieu Straus y con el propio Nicolás Schutt que sufría desde siempre, se agregaba la que germinaba desde sus propios flancos en Fernando o con Romualdo. Cuando encaraba

el futuro, que a esa edad difícilmente va más allá del día siguiente, anticipaba el sarcasmo del señor Bauer, subrayando implacablemente los errores cometidos en cada ejercicio. No llegó empero a tanto su caída como para merecer el destierro de la edénica buhardilla. Pero su presencia ya no entretenía como antes. Y a cada rato, cuando estaban los demás, le pedían favores, aprovechando que él "... andaba en caballo manso" que lo obligaban a alejarse de la reunión para buscar un tomo del diccionario donde querían verificar si Gran Bretaña poseía cuatro acorazados, como afirmara Romualdito Rondeau, o siete, como aseveraba con sonrisa displicente Fernando; si Danzig tenía una población definitivamente polaca como sostenía ella o si la minoría alemana era relevante como le constaba a Romualdo.

Dejó de interesar, como deja de hacerlo el espejo que se empaña. Porque en lugar de ver en el azogue del muchacho, reflejadas las estrellas fugaces, los cometas y noctilucas que la componían, descubría en ese prematuramente envejecido espejo sus propios límites.

III

De nuevo Flauta – La tormenta

Desde el molino esquinero del nueve Flauta no había prestado atención a bramido cósmico alguno ni a bordados en el cielo, porque estaba absolutamente concentrada en un punto muy distante que, partida la volanta, quiso volver a localizar. Por su blancura o por el magnetismo electrificante que sintió fulminar en sus vértebras, lo cierto es que la perra, a pesar de la distancia, creyó identificar al objeto.

Se levantó, irguió las orejas y aguzó el hocico hacia el oeste. Se distrajo con las evoluciones de dos aguaciles que tijereteaban el aire con sus hélitros, pero de puro curiosa los ahuyentó. De nuevo atenta vio, allí, en la lomada y ahora más cerca del puesto lindero con *El Silencio*, en la doble huella que un camino abandonado dibujaba hasta el infinito, que alguien se aproximaba. Flauta se movió. Primero al paso, todavía dubitativa, deteniéndose, alzando la cabeza hierática, hacia el punto blanco. Luego trotando. Aquello avanzaba muy lento, rodando como un botón por el camino sinuoso. Podía equivocarse, pero podía ser cierto. Ser cierto y amanecer.

Aquel botón blanco tenía que ser él. Manojos de pajonales interrumpieron el paisaje y la impacientaron, saltó por encima como persiguiendo a un cuis y en el arco de un salto recobró a la vez el horizonte y de pronto la pasión que la abrazó, le apretó el corazón y la impulsó ahora sí en saeta sobre el pastizal, alborotando los teros de golpe trepados al cielo, ladrando pájaramente y las perdices refucilando en chirridos que se escapaban de abajo mismo de sus patas. Flauta corría, corría con su alborozo aliviándole el destino, hendía el viento, cabeza gacha a todo galope camino del blanco botón.

Por la doble huella huérfana, bulto en mano, blanco y di-

minuto, impecable su indumentaria, tranqueaba al paso deshilachado de dos ebúrneas algargatas don Otto Winkler. La mirada vagabunda, límpida el agüita de sus pupilas, ceniciento el bigote vizcachero, rumbeaba sin rumbo porque el destino le llevaba el alma de la mano ahorita hacia el ocaso; mañana, pasado o al otro día tal vez, camino de albas prodigiosas, de verdes en escarcha, de lagunas habitadas con garzas y flamencos en los pagos del sur.

Dueño de sus talones, de sus carpos y metacarpos andaba cuando quería a campo traviesa, sin comprar ni vender, sin acreditar ni debitar. Ave zancuda, delgada y pulcra, comiendo a la vera del hombre porque pan no le ha de faltar al que pone el hombro. Decían en los pagos más distantes que el ható en que envolvía sus bienes terrenales contenía a más de la yerba, el mate y la bombilla, cerillas sin fin y una muda de medias, dos remos de naranjero, un timón de caburé y otro de monjita, el cuero de más sapos y —dentro de la muda precitada— una horqueta de palo como para voltear ñanduces de lejos. Decían por fin que allí guardaba también un lápiz con que anotaba según el chimento, nombres de cada “curado” para protegerlo de lejos y que leía la lista cada noche al encender el último fuego. Pero en este caso como en el de tantas grandes famas no faltaba quien maldijera su presencia.

Tal el caso del Sargento Principal de *La Guillermina* quien por aquello de donde hay humo hay un linyera, sostuvo que el incendio en la estancia *El Timbó* era obra del gringo incendiario que había pasado la madrugada misma del siniestro, mono albo en la mano, por el monte cercano. Como huyendo de la autoridad. Que procurado el sospechoso en las vías del ferrocarril no pudo ser hallado. Entrometidos a calabozo tres vagabundos encontrados en el área del siniestro, resultaron inocentes y denunciaron al prófugo como autor del “prejuicio”, portador de elementos combustibles y literaturas apátridas.

Felizmente el botón blanco detestaba los acerados rieles por reiterativos, rígidos y sumisos. Opinaba que las locomotoras inauguraban cada día un riesgo indecible para el linyera que recostara su cabeza sobre los durmientes convencido de que la transmisión a distancia del arribo del convoy sería anti-

cipada con suficiente antelación como cuando el Gran Jefe Apache pegando su oreja a los rieles del Transpacífico escuchaba con precisión el arribo del tren correo a la estación de Sausalito tres leguas más arriba, con tiempo suficiente para distribuir a los guerreros de la tribu detrás de los peñascos de la Garganta por donde muy pronto trepidarían los durmientes bajo el peso de la acatarrada locomotora portadora de armas largas para el Comandante del Fortín.

Prefería campo abierto, sin más horizonte que el imaginario trazado en la lejanía por el planeta y la luz. Porque en aquella distancia podía borrar cifras fabulosas y no avaras como únicamente lo permitían las paralelas pulidas del Argentine Southern Railway con sus durmientes engrampados exactamente cada treinta pulgadas con seis bulones cada uno a lo largo de su tramo de quinientos veintisiete kilómetros. Monotonía que traía a su memoria cada vez, la repugnancia causada por tantas y tantas cifras caligrafiadas durante dos mil ciento noventa días a pura luz eléctrica en el Inventario y en el Mayor de la ahora llamada “Agropecuaria del Sur S.A. Consignataria, Remates y Ferias, Administración de Campos y Propiedades, Compraventa de inmuebles y semovientes” fundada cuando todavía los indios andaban en taparrabos. Señor qué desperdicio de tierras feraces, dejadas de la mano de Dios, distribuidas felizmente con tan poco sacrificio de sangre pues la de ellos no se pudo contar y la nuestra corrió lo menos. Empresa de prestigio continental y en Europa hasta más allá de la Mancha. Fundada por un Señor. Sí, ¡con mayúscula! Porque si no, ¿se explica acaso la carrera meteórica (valga la expresión) de su comercio? De la nada o casi, pues eso era, venta de trastos viejos, puertas desvencijadas, cofres forzados, gallos heridos en picadero, campanas sordas, arcabuces sin gatillo y cuanto objeto en suma provocara por su ya intrínseca decadencia tanto rechazo en su dueño que éste, antes de destruirlo, prefería amortizar su desperdicio y la rabieta, convirtiéndolo en cantante y sonante a la vez que proveyéndole en el local de Maxwell P. Murphy un sosegado aunque transitorio refugio. Y mientras caminaba platicando consigo mismo iba mirando los zanjones del camino guacho donde amerizaban sin miramien-

tos los acalorados pájaros del día. Meditaba sus lealtades y penencias, el sistema de sus cantos, el diverso impulso y reposo que alternaba en sus alas durante el vuelo, la tensión precisa del planeo, la curva espiralada de sus evoluciones. Consideraba el rumbo del viento, la distancia de las nubes, el calor, el monte oscuro y remoto como un buque vegetal que flotara enredado en sargazos, envuelto en la mórbida humedad que crecía en el abismo.

Había hollado el umbral de la inmobiliaria cuando todavía ostentaba por exclusiva denominación el nombre de su fundador. Y fue durante el lapso de su presencia cuando el aditamento "& Cía." requirió la intervención de don Pascual Guerrieri, quien punzón en mano, en un par de mañanas esculpió en granito desde la cima de una escalera altísima, la conjunción en símbolo sajón y la abreviatura correspondiente a la tímida inclusión de criollos viejos en el manejo y el capital de la firma. Murphy había abierto de par en par brazos y puertas para recibir el lustroso aporte de dos nombres patricios y el terreno en la Recoleta sobre la Avenida más granada. Pero los nombres resultaron empeñados y el terreno hipotecado. Don Maxwell, transcurrido un período prudencial, ajustó sus primitivas expectativas a la más modesta realidad que se le proponía, vendió el viejo local de Las Victorias, levantó las hipotecas y algún embargo insolente, e hizo construir el nonocentesco edificio que cobija desde entonces a los Murphy, a los Murphy Arabehty, a los Azara Murphy, Azara Peláez Murphy, a los Bustamante Hail, Hail Murphy, Egaña Hail, Azara Laprida Murphy, Balbastro Arabehty, sus productos, sub-productos, derivados, compuestos de cuatro generaciones, sin privilegios ni diferencias por primogenitura, hidalguía ni patriciado. Pero por las dudas, prefirió mantener un solo nombre, el propio, al frente de la empresa y sobreentender el patriciado en compañía. Limitada primero. Anónima más tarde, mucho más tarde, cuando el desprestigio incurrido por la del Canal de Panamá y el nombre de su ilustre promotor cayeron en el olvido.

Estructura de hierro de fundición, cuerpo central en arco con bóveda de lo mismo, iluminación superior lateral aprovechando al máximo la luz natural con ventaja para la exposi-

ción de los animales de raza y floricultura en el patio principal. Fachada en doble frontón empuntado a cada lado del portón de entrada en hierro éste de fundición también, copia del de Ashley & Connors en Piccadilly Circus pintado a la laca en verde inglés. Encolumnado frontal de seis en recova. Todo el frente de la planta inferior, inclusive las columnas y los dos frontones empuntados revestidos en granito. Sobre el arco central, decoración consistente a la derecha, testuz espiralada de merino en embestida, a la izquierda, réplica de la cabeza de Napoleón's Great Regent, ambos enmarcados en óvalos, cuyos medallones cuasisecentes se apoyan en sendas cornucopias de fecundidad, volcadas sobre el lazo de laureles en estilo también greco franco romano. Pero los nombres linajudos no aparecían ni en el frontispicio ni en el membrete en hueco grabado rojo sobre blanco al centro donde, insisto, se leía en aquel entonces en cambio con edificante precisión Maxwell P. Murphy & Cía. Y nada más.

El del 24 había sido uno de los inviernos más fríos de que tuviera memoria. Porque penetraba todos los rincones de la ciudad impulsado por la sudestada persistente y porque helaba su alma desde dentro una tristeza pertinaz. El motivo de su desolación era un secreto guardado celosamente y que hubiese podido develar un mago, un poeta, un criminal o un loco pero nunca el personal superior de Murphy & Cía., dedicado en cuerpo y alma, aquel agosto del 24 a cerrar las liquidaciones de las últimas ventas de Trenque Lauquen y los embarques de hacienda a Marsella, estos últimos por cuenta y orden de Saturnino y Plácido de Azara.

Perseguido por los chiflones que lo empujaban y lo invadían en la recova, entró al caldeado ambiente de Murphy en cuya circunstancia consideró por primera vez en mucho tiempo, que podría recuperar aquí, un rastro de la tibieza que había recorrido ayer nomás, aunque ahora pareciese un siglo atrás, la médula de sus huesos. Lo hicieron pasar a la oficina de Luis Fauzón quien sin más título que el otorgado por un ojo certero para calibrar a la gente de un vistazo, regenteaba el personal de Murphy. Fauzón lo caló de entrada y decidió tomarlo para la matriz. Pero porque era tradición en la Casa que todos hicie-

ran su experiencia desde abajo, para no moverle el piso a nadie y para que las posiciones superiores fueran ganadas por méritos comprobados, se lo encomendó a Gabino Sarrieta, el Jefe de Maestranza. En dos meses, Winkler demostró que el puesto de cadete le quedaba chico. No sólo porque cumplía puntualmente con el horario de ingreso y postergaba el de salida para ordenar la correspondencia que debía llevar en mano a los Bancos y clientes principales a la mañana siguiente, sino porque además no le hacía ascos a ningún trabajo y todos los que emprendía los llevaba a buen término. Al cabo de octubre, tanto como para guardar las formas, Fauzón le preguntó a Sarrieta su opinión sobre el muchacho y como lo había previsto escuchó elogios nada más. Al día siguiente, se permitió interrumpir el curso caudaloso que materializaba al entrar por las mañanas don Moisés Lifschitz, contador y auditor de Murphy, para recomendarle los servicios del alemán. Winkler no sabía mucho de números, pero era prolijo hasta la exageración y tenía una impecable caligrafía. Para las cifras lo ayudarían su ascendencia teutónica y la paciencia de Don Moisés. Hicieron buenas migas. La meticulosidad que se imponía en la nueva tarea encubrió lenta, diariamente con estratos sutilísimos de prolijidad y exactitud, los daños que el sismo misterioso había causado en su existencia convirtiéndola en marasmo.

Las filigranas del Inventario, los perfiles precisos de las iniciales en los títulos y subtítulos, las curvas exactas de los números, incluyendo los centésimos en los débitos y créditos, en los saldos, cada uno de sus trazos acariciaba su alma, acompañaba los labios de su herida como un bálsamo rutinario. Así, por intermedio de esos folios perfectos, recobraba la sombra —al menos— de una nueva anatomía. Se sentía aliviado al inaugurar las mañanas en Murphy eludiendo aquel viejo dolor. Y al disponer sobre el elevado pupitre de trabajo, los útiles, el trascendente libro, biblia iluminada de su propia factura, Winkler participaba en la rumorosa faena del gran panal con células nutrientes y poligonales que desde la Avenida Quintana, contabilizaba los granos en fanegas, los cuartos traseros y delanteros en quintales congelados, las hectáreas en leguas y viceversa.

Don Moisés sabía apreciar la dedicación de sus subalternos. Y cuando correspondía, alzaba satisfecho la vista de las planillas sometidas a su exhaustiva revisión. A veces lo premiaba echando un párrafo con el escribiente.

—Piense en los aportes de Copérnico y de Galileo, de Newton, de los otros físicos y de los químicos, especialmente en Inglaterra y Alemania y adivinará con facilidad que estamos por asistir a un cambio fundamental en la historia del conocimiento. Vea dónde nos conducen las ciencias—. Sus dos puños sobre el Mayor, con una sola mirada incluía en esa gesta de las ciencias que imaginaba, las oficinas todas de Murphy, pero en particular los anaqueles que contenían sus constancias contables. Winkler compartía —mientras se reflejara en los ojos de don Moisés la satisfacción por la exactitud de los saldos y su exaltación por el progreso— el júbilo del auditor de Murphy & Cía. Pero cuando quería sentirlo en ausencia del israelita, no lo lograba. Como si no supiera encender en su interior y para siempre la chispa de esa pasión. Por las noches salía de la oficina satisfecho como un alumno aplicado. Sus sueños, empero, no registraban las cursivas, las bastardillas y redondas con la precisión aspirada. En cambio desteñan a la deriva, ensombreciendo el agua de un lago. Esos indicios del dolor impreciso, lo despertaban a veces en medio de la noche o lo hacían demorar el instante de trasponer el umbral de Murphy.

El descubrimiento que efectuara de diferencias en los saldos del Mayor, del Diario y el Libro de Caja le permitió alcanzar en el primer instante nada más que consecuencias matemáticas. La diferencia reveló irregularidades en el archivo de comprobantes. Pero éstas a su vez permitieron detectar sustracciones cometidas en perjuicio de la empresa desde el pasado mes de mayo, por un importe neto de seiscientos treinta y dos pesos fuertes, con quince centavos.

Presentes en el momento de la exposición don Moisés Lifschitz, el chico de Hail Murphy que hacía sus primeras armas en la contaduría, Perla Dobrowsky, secretaria del gerente de sucursales y don Carmelo Bernasconi, en cuyas oficinas había se traspapelado el Libro de Caja. La señora Dobrowsky fue la primera en advertir la expresión demudada del Cajero. Y fue la

mirada de ésta la que desencadenó como un relámpago el entrecruzamiento de las pupilas del escribiente con la vergüenza de Bernasconi. Treinta años de antigüedad en Murphy sin que por supuesto tomara de la firma un céntimo que no le perteneciese. Uno de los pilares de Murphy.

Recién ahora el dolor que se internaba desde la piel, reconoció y tomó la mano del otro, desgarrante de verdad que partía cruelmente de los tuétanos de Winkler. Pues nada se hubiese descubierto sin su propia meticulosidad enfermiza, dando a Bernasconi el tiempo necesario para reintegrar el dinero; o si hubiese sido capaz de adivinar (y de perdonar) la culpabilidad de otro, en la nerviosidad de sus dedos, o en las ojeras mal disimuladas detrás de las gafas a través de las cuales, desde su vergüenza, ahora miraba a Winkler como se mira a un bicho. Bernasconi así lo observaba, con curiosidad irrefrenable, como si la nariz, los ojos, las orejas, la melena rubia del aprendiz de escribiente, no conformaran un rostro sino la sección de la cabeza de un insecto dañino. El dolor se transformó en vómito. Winkler bajó del taburete desde cuya altura había descripto el monto de las diferencias. Caminó hasta el baño, las manos y la frente bañadas en transpiración. Lo acometieron arcadas ineludibles.

Desapareció de Murphy. Abandonó la pensión donde había pernoctado tres años. Dejó todo como estaba, sin despedirse de nadie y emprendió el camino verdadero.

Ver, tocar, escuchar, gustar la muda espiritualidad de las cosas. Fuera de la ciudad, con sus dineros, sus números y trampas infinitas. El camino, sus serpenteos, la continuidad, el descanso, con los pies la fatiga. El cielo, su espacial eternidad, su ausencia oscura, su transparente lucidez, luminosa e inasible presencia, sus desbordes, en la cara, la ropa transida, los latigazos del viento, la alegre impotencia de abrazarlo en vano, de amarlo con toda la piel, con los colores sutiles del crepúsculo en el alma, del amanecer en los iris; las hierbas su fragilidad, sus diáfanos y amargas, sus opacas verduras, por la lengua, áspera lengua, ávida boca.

Winkler se despojó de todo lo prescindible que es tanto y

recorrió esta tierra negra y blanda, errante ingenuo, náufrago salvo y hallaba en cada átomo del camino un retrato reconciliado de su humanidad. Y en una de esas alucinantes exploraciones, años más tarde, llegando o saliendo del arrenal, según se mirara su recorrido en Tilisarao, había trabado amistad con la entonces anónima cachorra. Entabló con ella un diálogo incoherente de cariño como el que sostiene la mujer con su bebé despierto en la noche y con entreganas de llorar, de comer o de reír. Durante tres meses convivieron desandando el camino hasta las altas cumbres. Transitaron juntos las triviales y trascendentes estaciones del vagabundeo sin rumbo. Otto omitió bautizarla pues consideraba que hasta un nombre impone límites al destino. Viéndola tan cachorra y traviesa, previendo quizá la transitoriedad del encuentro quiso que hasta por su nombre fuera libre. Y así fue hasta que se dejó tentar en una de sus correrías por los mendrugos que un solitario transeúnte le ofreció para que se acercara lo suficiente para atarle al cuello una correa. Cinco, siete años atrás.

Sobre el campo, donde el sol formaba un espejismo Winkler vio avanzar como una bola demente la forma del perro. Se detenía a veces ladrando sin amenazas. Como si lo llamara, que no fuese a desaparecer o a cambiar de rumbo. Esperó y ahora el animal corría muy cerca, girando a la carrera a su alrededor. Cuando la iba a tocar, saltaba lejos, agitaba la cola, se contorsionaba enloquecida de alegría. Sí, era ella, la cachorra sin nombre de Tilisarao. Ahora vieja, o madura, que tanto da, reconociendo la importancia de ciertos encuentros, discriminando la tristeza de ciertas despedidas, de la trivialidad de otras y retomando pronto el interrumpido diálogo a la vera del camino, fueron caminando juntos hasta la estancia.

De pronto Berta comprobó que el chico parecía olvidarse de Oso.

Fuera la llegada del señor Rondeau, de las medialunas o las cabalgatas en el campo, lo cierto era que Raffi parecía mo-

mentáneamente al menos, más desprendido del trapo sucio con ojos de vidrio. Un día lo dejaba durante toda la mañana cerca del chalet, en el cuadrado de arena donde con Valeria había estado construyendo fortalezas y salido disparando a pasear con el anfitrión. Recién lo recordaba al despertar de la siesta y entonces casi desganadamente, salía caminando por la avenida de plátanos hasta el cuadrado de arena, como si estuviera pensando en cualquier cosa menos en los peligros que pudieran estar amenazando a Oso lejos de su protección.

Había que aprovechar esa circunstancia y arrancar de cuajo la excentricidad que tendría vaya a saber qué consecuencias en la formación del chico.

Esa noche, Rafael, las coyunturas endurecidas de correr, el espinazo molido de carneros, apenas tuvo la cabeza sobre la almohada, pegó el ojo. Antes de acostarse, Berta, linterna en mano, recogió el muñeco que descansaba junto al chico y salió de la casa. Miró en derredor sin ver a nadie, sintió frío y levantando las solapas del abrigo que llevaba, se encaminó rápidamente hacia el bosque. Atravesó la línea de álamos y se internó en la espesura. Se guiaba con la luz de la linterna hasta que encontró un senderillo y como sentía que el relente penetraba sus ropas, avanzó sin titubear. Cuando consideró que había alcanzado un punto hasta el cual ni los chicos se internarían, tiró alto y lejos el muñeco y emprendió el retorno. En ese instante, al girar con el tímido rayo de la linterna, sintió que el aire se estancaba violentamente en sus pulmones. Allí, apenas alejado sobre la derecha, con la blancura de las ánimas, sus manos trenzadas sobre el pecho, recostado cerca de un árbol, un cuco la observaba con los ojos más grandes y transparentes que hubiese visto. Huyó. Después de la alameda corrió a lo largo de la avenida y recién cuando estuvo en el refugio del dormitorio, se sintió a salvo.

Al amanecer, los juegos de semiluces resaltaban caleidoscópicos en la espesura. En la ramazón entretejida de acacias, zarzamora y llorones, que rompía los haces sigilosos del primer sol, despertaban calandrias y gorriones que comenzaban desde temprano sus domésticos quehaceres. Don Winkler se gozaba

en silencio y en la soledad. Lo aprovechaba a veces para dialogar mentalmente consigo mismo o vigilando las costumbres de los animales cuya fugaz amistad frecuentaba en el largo peregrinaje que trenzaba la sustancia de su vida. No conocía todo. Nadie puede conocerlo. Porque nadie es Dios. Pero conocía sí muchos lugares, parajes distantes y próximos, rincones habitados de gente tan sencilla que hasta él era capaz de ayudarlos. Los conocía de verdad. Porque los había caminado que es la única forma de conocer el suelo y porque los había escuchado, esperando con paciencia, con infinita paciencia —porque el tiempo no lo corría— que el fondo mismo del alma surgiera y se volcara en las palabras, o en los silencios que son tan importantes, a veces más que aquellas, para alcanzar el fondo del alma. El hombre sacudió la cabeza para alejar una abeja y enfrenar las cosas del día. Restregó sus faroles legañosos, apartó una cobija que lo había protegido de la humedad y miró a su alrededor. Era lo que suponía. El paraíso. Pero para que no creyeran en las casas que estaba demorando su partida, decidió preparar el fuego enseguida en un lugar más despejado, para cebar unos mates antes de pasar por los galpones para echar un párrafo con la gente y devolver la cobija. Juntó los palos más quebradizos y rozando una cerilla encendió el fuego. Del bulto junto al cual había dormido tomó una cantimplora con la que echó agua en un cacharro que colocó sobre las llamas. Cuando sorbía de la bombilla se ahuecaban todavía más sus escuálidas mejillas. Chupaba concentrado en esta aspirante actividad cuando recordó lo ocurrido la noche anterior. Aquella mujer que se había asustado tanto y huído al verlo. Don Otto echó más agua en el mate, se levantó y caminó unos pasos hasta el lugar donde creía haberla visto. Como esperando encontrar una explicación a la intempestiva presencia. O acaso, en lugar de haber venido a ocultar alguna cosa, la mujer había venido a buscar algo perdido en el monte o a encontrarse con un muchacho. Seguramente tratábase de esto último porque en la fugacidad del reflejo en que se le había aparecido había lucido hermosa de verdad. ¿Acaso no había escuchado él varios crujidos en el silencio completo de la noche antes de adormecerse y que había atribuido a una liebre o a una gallina morosa?

Y esos ruidos, pensaba ahora, bien podían haber sido los del hombre llegando anticipadamente a la cita. El trino soberbio de un pájaro desvió su pensamiento del meandroso curso en que se había sumido. Se quedó inmóvil. Quieto donde estaba y comenzó a buscar, sin mover siquiera el cuello, con esos dos lamparones zarcos que Dios le había dado para descubrir y admirar. Alzó los ojos a lo largo del tronco y de sus ramas espigadas. Casi hasta la cima persiguió al cantor. Cuando lo alcanzaba, descubrió por el diverso origen del silbo que había volado hasta otra copa. Otto no se movió de su sitio. Giró sólo la cabeza hacia un matorral cuya frondosidad ocultaba totalmente al virtuoso. En la seguridad de aquel santuario, el zorzal, convencido ahora de su anonimato y de la concentrada atención de su auditorio, afirmó los dedos en la horqueta más dócil. Alzó la cabeza y ensayó su hechizo. No, era distinto el elogio de la mañana que procuraba cantar en la oración. Intentó de nuevo. Desde la casi nada del madrugam pampeano pronunció un gorjeo casi largo en círculos adagios de novísima ternura, luego nada, casi nada, un tenue, sutil llamado al alma, subió de tono con la flamante claridad del alba que derramaba caricias por los bordes de las hojas, de la aparente simetría de la ruda, de los copos agrestes y bermejos de la zarzamora que despertaban al rumor de las primeras hilanderas de la miel. Dijo el candor intolerable de los inocentes, su versión de crisálidas que quisieran madurar, palpitar, prodigar y sin embargo nada, un limbo, una ilusión y acaso sueños, trinos y gorjeos, el fuego del alma, el reposo particular de cada cosa, el reflejo del balde en el aljibe y su eco al cabo del pozo, la simpatía de las cuerdas y el bandoneón, el susurrante recorrido de la vida, a lomo de cristal, desde la sierra hasta la caída, secreta casi, en el vado, rumorosa o torrencial en la olla de la roca, el verbo umbrío y solidario que recobraba al moribundo confiada lucidez de despedida y nada, y luego, y luego sí, andante, menos sentencioso, arrobado de luces, banderas invasoras de la mañana tomaron por asalto su reñabolo, en curvas, flamígeros arcos en ascenso hasta la cúspide incendiada, alzó más aún, luego nada, casi nada, las cenizas del fuego. Otto esperó. Como ninguno, ni el más delicado acorde

llegaba desde el matorral, se acercó uno, dos pasos, pero no alcanzaba a descifrar en la fronda la figura canora, ni la sombra de un silbido. Estiró el brazo para despejar el escenario. Nada, casi nada. Allí, a la altura de sus ojos, un muñeco de trapo con pupilas de vidrio soñaba al embrujo del armónico silencio.

Comprendió lo que la muchacha había venido a buscar. Recogió el oso, alzó el atado con sus cosas y tomó el camino de los galpones.

Cuando Berta estaba vigilando la preparación del desayuno en el comedor, Rosenda entró con el oso diciendo que lo mandaba el capataz pues los chicos debían haberlo perdido en el monte. Berta lo llevó enseguida al cuarto de Raffi quien todavía no había advertido su ausencia.

La familia Rondeau, cuyas ramificaciones conocen algunos lectores de estas páginas, quedó marcada a fuego por la guerra. Paradójicamente, uno de los personajes que influía más decisivamente en el orden interior del grupo, era el médico. Y no es de extrañar que así fuera porque otorgarle un rol tan trascendente al que cura era la forma más coherente de rechazar la violencia desencadenada afuera.

El médico asiste a la naturaleza en las dos circunstancias extremas de la vida: el nacimiento y la muerte.

El soldado fuerza a la naturaleza a devenir o a dejar de ser cuando muere o cuando mata prefiriendo un principio o una orden a la realidad. El partero es el primer desconocido que nos toca. Es el contacto con la primer realidad diferente que debemos asimilar, aunque el sacerdote es el primero a quien sometemos la intimidad de nuestra conciencia y le atribuimos la posibilidad de modelarla. Le entregamos el alma, esa vigüela prodigiosa, sin reservas, confiados en la maestría de sus dedos esperando que al rasgarla propicie sus más tiernos brotes, que no la deje caer, pues al forzarla rompe la fragante, la más tierna, la más cálida flor entre las flores.

Papá era médico. Aunque como era pediatra no me atendía. Por motivos diversos no quería saber nada con los hermanos de Carmen. En cambio sí lo consultaban su tío Alberto, hermano de Eulogia, sus tías Mercedes y Emma Elise, con la famosa Emma Schutt cuyo fantasma poblaba todavía la torre de Villa Indiana, hijas del primer matrimonio del barón Max Schutt, sus primos Miguel y Nicanor Laprida, los hijos de Victoriano, doña Melchora Arabehty de De Azara quien respetaba sus conocimientos y contrarrestaba el ateísmo que le suponía, orando mientras esperaba en la salita del consultorio, por la conversión de un alma soberbia.

Aunque Carmen comprendía que Nicolás Schutt no quisiera atenderme, opinó que todo se resolvía con que se hiciera cargo de mi salud su hermano Arturo, quien atendía a los hijos de tía Rosa, a mis primos. Si alguno, lo que nunca, con el pasar del tiempo, se molestaba con la difusión que adquiriría cualquier malestar que padeciese, o las aristas hipocondríacas que creía disimular mejor, y al ahondar en el Rubicón de la adolescencia, sospechaba que la intimidad era otra cosa, quedaba siempre en reserva alguno de los parientes más lejanos, amigos verdaderos de la casa, como hermanos casi de cualquiera de los augures de la familia.

Y si aún eso parecía insuficiente, a la señora de Straus siempre le quedaba un naípe escondido en la manga. Cuando a nosotros nos tocó la travesía del Rubicón aquel, su as de pic fue Willie Hansen. Casado con Clara Laprida, había completado sus estudios en Filadelfia. Se especializaba en urología —que era por donde cojeaba la salud de Carmen— y volvía —según ella— con el riñón archisabido, sin que nadie pudiera hacerle sombra, porque los demás lo tenían prendido con alfileres. Pero como Willie no pertenecía a la rama de los Hansen White, que se destacaba en la copa de aquel árbol por su opulencia, ni al tronco de los Hansen a secas que tenían su buen pasar y sí a un gajo malherido, porque el casamiento y la especialización lo habían dejado sin un cobre, para dar el ejemplo la señora de Straus lo consultaba. Seguía más que los dictados de conciencia y más que las necesidades de su patología, el impulso de su curiosidad, porque el riñón por entonces sólo le hacía sentir al-

guna puntada. Lo que esperaba conseguir, más que ayudar a Hansen y más que la curación de sus propias molestias era descubrir la índole y el pronóstico de las enfermedades del presidente Peláez, cuando supo que Willie había sido consultado, o la de Ethel Buxton cuando al borde del divorcio lo llamaba para hacernos creer que estaba con un pie en la tumba.

Hablaba del riñón en singular, no por snobismo, ni por ignorancia, sino porque en su caso uno sólo era el que tenía que cumplir las funciones de los dos. Y como el otro eludía sus obligaciones, prefería la señora darlo por muerto para no asistir a la interminable agonía del remiso. También le divertía confrontar las explicaciones de Hansen con las del doctor Bonliú que en el Tigre la atendía durante los veranos. Pero cuando Hansen insistió en cuidar a ambos riñones como si los dos estuviesen vivos aunque uno de ellos sólo cumpliera parcialmente sus funciones, su propio escepticismo, en materia de medicina, quedó reforzado.

Escuchaba distraída las explicaciones de Willie, desobedecía con meticulosa anarquía los tratamientos que le indicaba, pero escuchaba con tanta claridad cualquier comentario que aludiera a la salud de Peláez, de Ethel o de Melchora —cuando supo de buena fuente que Farías sería su albacea testamentario— que resultaba cómico. El descreimiento erguía un muro entre ella y la medicina, cuando ésta interpretaba las funciones de su propio organismo, pero cuando el diagnóstico confirmaba el que la intuición le dictaba a ella en relación con el tumor del presidente, el cálculo (inexistente) de Ethel o las vinculadas interioridades de la señora de De Azara, ese mismo muro se desplomaba y nacía en su lugar una fe parangonable con la de los catecúmenos.

Clara Laprida (“Una tilinga desde ya”, según sentencia pasada por la señora de Straus con carácter de cosa juzgada) trabajaba como secretaria en la clínica de su marido. Lo que la señora no lograba sonsacarle a él lo completaba con las indiscreciones de aquella.

La posterior separación de los Hansen tampoco molestó a la señora pues muchos dejaron de asociar la información que ella poseía con aquel ahora intrascendente parentesco. Aunque con

alguna demora y menor cientificismo, mantuvo su fichero actualizado. La nueva secretaria de Hansen era novata, sus indicaciones carecieron de la precisión que otorgaba a las de Clara tanto predicamento, pues a fuerza de vivir (o de morir) con un médico, se le había pegado el léxico adecuado.

De puro comedida, la señora de Straus intercedía ante Willie para ajustar los alimentos que Clara recibía, para discutir las posibilidades educativas de los hijos o para concertar los pasajes del doctor con los chicos. Aunque menos frecuente, el flujo de información no se interrumpió. Simulando que lo consultaba sobre personas cuya salud le hubiese preocupado realmente si hubiese estado en la cuerda floja, le preguntaba a papá la significación de un síntoma, de la textura y coloración de un cálculo, y la función de las drogas que la secretaria anotaba en las fichas de Hansen. Como papá era una tumba y regía su conducta según los cánones más severos, nada le hubiese contestado, pero ella disfrazaba las mentiras aclarando que al remedio lo sugería la señora Amalia, auxiliar de la farmacia Garay, o que el enfermo se automedicaba, o que le había pedido consejo a ella. ¿Qué podía hacer? Temía que Carmen bordara toda la historia para disimular una consulta personal. Porque sabía que era ella precisamente quien se automedicaba a cada rato, o que consultaba a lo más con la auxiliar de Mariscoti en la farmacia Garay. Y por esto o por aquello tronaba contra la señora Amalia como contra una curandera.

Lo dicho en relación con los médicos se repetía, sacerdotes aparte, con todas las profesiones que tejen la trama de familias tales. Porque nada tengo ni en general ni en particular contra los médicos, estaría escupiendo al cielo. Pero puse a uno de ellos por ejemplo, porque a esta profesión pertenece el primer desconocido que nos toca.

Pero para que apareciese el marido de Clara hubo que esperar que terminara la guerra. Y todavía más, pues volvieron de Filadelfia en el 50. Hasta entonces, con excepción del partero y del cirujano cuya competencia excluyente había sido atribuida, respectivamente, a Peralta Ramos y a Finocchietto, los demás estaban o merecían estar por consanguinidad o por afinidad, vinculados con la familia. La guerra dolió con la turbu-

lencia de los Rondeau, en el desánimo de Carmen, en el dramatismo de Nicolás Schutt. Su perennidad lo cubría todo. Fue perversa, pero no escandalizaba. Ni llamaba la atención que la señora de Straus se despepitara como el primer día para acumular frazadas, abrigos, zapatos y chocolate para los chicos ingleses.

Como el combate ocurría muy lejos, para la gran mayoría no era más que un detalle en el transfondo del panorama. Como en el cuadro de Brueghel al primer plano correspondía los acantilados cortados a pique a la izquierda sobre el mar rutilante y el camino que trepa. Y también el mar y aun las carabelas. El mismo que lame el borde de la caleta y allá al horizonte se convierte en cielo cuya bóveda engarza y realza el trabajo de labranza. Nadie vio un meteoro desplomándose del cielo. Ni está mirando el chapoteo del ahogado. Si faltara el nombre en el catálogo o si con la manía de mirar los óleos de lejos y ceñudamente, un aficionado se sintiera satisfecho, entonces la perseverancia del labriego y la distracción del pastor —que ni siquiera vigila su majada— quedarían absueltas por el visitante. Aquellas piernas que todavía luchan contra el olvido serían para todos invisibles. Icaro demolido sin importársele a nadie. Indicación fundamental, no detalle intrascendente, que permite a Brueghel justamente dramatizar relativizando. Pero mientras que para él lo que debe rescatarse es la transitoria grandeza del hombre, a bordo de la euforia de Carmen, la médula de las cosas brillaba sí, pero tropezando a cada rato en este continente donde nunca luce morir.

Y por más que Faustino anduviese después de Stalingrado caminando con cara de Perramus —como decían los Rondeau cuando se lo veía mustio— por los corredores de la calle Agüero, su expresión era más de circunstancias que de aflicción porque lo compensaba sentir a medianoche el fuego místico recorriendo sus entrañas cuando entre descargas que interferían el noticioso alcanzaba a escuchar los compases de Sigfrido que difundía el Reich en conmemoración de los caídos.

Como la de los pueblos, la vida de la familia puede apreciarse mejor por el tipo de suceso al que atribuye mayor trascen-

dencia. El suicidio de Camilo, por ejemplo, distinguió toda una década de la familia Quintana. Y estuvo vigente por más tiempo todavía aunque su incidencia se fue sustituyendo por la de otros temas, como en una sinfonía en que el segundo movimiento difiere del anterior pero evoca parentescos más o menos estrechos con el primero o con un tercero que los involucra a ambos por más que sus resonancias inciten a la tristeza en un caso, a la placidez o a la resignación en otro, o a la alegría al cabo, al medio o al comienzo de la obra.

Cuanto más extendida es la familia e intrincadas sus vinculaciones recíprocas, más complejo será el juego, la superposición e intercalación de armonías y la impronta de silencios, pero habrá siempre un grupo de protagonistas, como los caciques, reyezuelos y hechiceros de las tribus que le imponen su temperamento y su cosmogonía. Prisioneros al nacer en esa trama, asimilamos la verdad, los retazos de verdad que nos sirven en los cuartos de juego o de estudio, creyendo por un lado que se trata de toda la realidad, abatidos, aburridos a la vuelta de cada atardecer por la ambigua protección de su musculatura.

Protegidos, sí, pero oprimidos también, porque a la oración, o después del padrenuestro, al levantar la voz para negar, o al bajarla para afirmar, advertimos que nos cerca porque a la postre triunfa la ignorancia, subrayada a cada rato por aquello de ustedes cállense; nada saben; la vida es otra cosa. Pero cuando la familia es extensa, cuando sus sacerdotes abrevan en las más diversas fuentes el sector de realidad que incluyen en el tinglado, entonces sí, cuando se alza el telón, lo que se ve adquiere la textura, el dramatismo, la tensión y la abstracción de un todo real. No es imposible descubrir la falla, pero es difícil.

A veces, circunstancias históricas plantean una misma cuestión sobre la mesa de todos los hogares. La manera particular de encarar la cuestión es la que atribuye o no a ese hecho, intensidad personal, otorgando al punto de vista individual un tono determinado en la columna del coro general.

Los Rondeau se consideraban —estoy de nuevo hablando del 40— ciudadanos del mundo. Carmen quizá lo fuera de verdad. Nicolás Schutt lo era ante todo aunque utilizara su timidez para disimular los cristales de los anteojos que usaba, es-

grimiéndolos cuando sospechaba la indiferencia de su interlocutor, desarmando cuando aún en esos casos resolvía jugarse el todo por el todo o cuando reconocía en el otro esa pizca de fuego que denuncia en el hombre que está hecho con metal de buena ley. Porque cuando se quitaba los anteojos, disminuía, es cierto, su visión. Cerraba un instante los ojos y al reabrirlos parecía a la merced del oyente, pero crecía su captación de la realidad, descifraba el significado de lo que para nosotros eran oscuras paradojas. Pronunciaba las palabras como si la visión de la inteligencia estuviera leyéndolas en un libro interior, con la firmeza de quien conoce de veras lo que dice. Su destino era el de tantos con parecidas virtudes: el aislamiento. En plena hecatombe, se solidarizaba con las víctimas, o tendía la mano a los judíos cuando los inmolaban. Emperrado en nadar contra la corriente, esa misma corriente lo apartaba más y más amurándolo entre cuatro paredes.

Para Schutt, los acontecimientos de Europa desde el 30, y desde la ocupación de los Sudetes para Carmen, constituían el impulso fundamental del siglo. El primer plano del panorama que ponían a consideración de la familia, estaba integrado por la crisis y el resentimiento de Alemania. De aquel ojo ciclónico se derivaban las demás instancias en todo el orbe. Violencia y política fueron sinónimos. Con ellas se amasó el pan que comíamos.

La tormenta distante tronaba sin embargo sobre el monte de *La Becasina* y sobre el tejado de pizarra de la buhardilla de Straus. En casa de Laprida y en la terraza de Gervasio Nepomuceno. Refucilaba con furia sobre aquellas plantaciones y sobre estos tejados aunque fuera el sol brillara, o las nubes a lo sumo y a Dios gracias auguraran el final de cualquier seca.

Meses y meses soplabla desde el estuario. Giraba después rápidamente desplomándose sobre el monte de Ranchos, según los Straus fuesen allí o no, para atender la plantación de rosas que ese año, contra viento y marea, Carmen había resuelto tener anticipando los límites de aquel vergel con una reja alta hasta su cintura, y que lo envolvía según lo veían sus ojos —y

porque estaba de moda para los vestidos de fiesta que lucían las chicas ese año—, como un cuello de encaje. Pero yo por su dibujo elemental y porque las rejas negras y finas lo reiteraban espaciadamente a su alrededor, imaginaba diverso el rosedal futuro. Creía sí que el romanticismo durante el invierno alcanzaría su máxima expresión, por las rosas de cuento que allí florecían y me aliviaba a la vez, saber que sobre aquel delirio de amor, el diseño monacal de la reja ejercía desde ahora su atemperante consecuencia. Es que ella, casi descreída, necesitaba encarnar en el dibujo de la reja, la persistencia del amor, en cambio yo, ni siquiera adolescente le tenía tanto miedo y a él y al perfume de las rosas, que prefería precaver su triunfo y mitigar el calor del fuego que sentía crecer en mis entrañas.

O encapotaba de pronto el cielo de Corraleras cuando abordaba con Rondeau los parajes aquellos durante un fin de semana largo. Esas conflagraciones, quizá peores que las tempestades de verdad pues nada las hacía presentir, ni el rodeo de corderitos como llamaba Pilar Campana a los cirrus cuando venían en majada desde la Patagonia ni el calor agobiante con acompañamiento de chicharras, se desfogaban con lenguas de dragones, sin rayos que dejaran el tendal ni aquí ni allá, pero apaaleando durante años y años a los seres aquellos. Un ciclón que asediara la ciudad inmutable y el trebolarse de toda una infancia.

Respetaba solamente aquel país de islas vaporosas donde flotaba Villa Indiana. Quizá porque la casa era tan grande que no se escuchaban los gritos y porque el aguacero y el pampero eran allí tan de verdad que rodeaban hasta la casa más alta cubriendo al principio la leñera y las escaleras de atrás, inundando después la terraza de adelante, invadiendo por detrás el antecocina primero y en seguida la cocina, para filtrarse por fin debajo del portal de roble del frente —que nunca cedió— corriendo en el salón, sobre el mosaico de la salita de estar, de la alfombra del comedor, para volcar desde allí su triunfo al sótano. En la oscuridad se fundían las dos mareas. La que progresaba a paso de tortuga desde abajo y la que descollaba por arriba.

Tarántulas y cuises, las ratas también buscaban para arriba. Los hormigueros de la isla vomitaban, inflando una pelota que

cabeceando sobre la marea desafiaba la cúpula de las hortensias más augustas. Bamboleaban a la deriva. Pero morían muy pocas porque entre todas amasaban, sostenían la pelota, turnándose debajo del agua, obligándose a girar, resignadas las de arriba a ocupar el inquietante puesto de las primeras. Eran grandes. Casi tanto como las pelotas de papel plateado que apretujábamos y redondeábamos con Valeria para mandar a Inglaterra para construir los fuselajes de los cazas que defendían aquellos cielos de la otra tormenta que decía.

Hay que haber visto las borrascas aquellas, las arcas rodantes de hormigas al garete, el oleaje impar del Paraná Mini, del San Antonio, del Pajarito, del Sarmiento y del Luján, el ramaje despavorido de la Araucaria excelsa y escuchar sus frutos caer desde tan alto y quebrarse a mis pies, para presentir la Nada.

IV

Revolución

A juzgar por los comentarios, la revolución marchaba viento en popa. Su jefe era bien visto por todos, con lo que se aludía a los Arabehty, a los Schutt, a casi todos los Rondeau, en suma a la gente conocida.

Usando su código telefónico, Carmen opinaba que el novio de Laurita era un joven *de tout repos*. Alto, flaco, distinguido. Espléndido. El vocablo hacía saber a quienes frecuentaban por lo menos una de las familias aludidas, que Taylor tenía puertas abiertas en todo Buenos Aires, que era la persona más adecuada para gobernar el país, porque era democrático, porque sabía mandar, y porque dominaba por lo menos uno de los idiomas impuestos por la diplomacia. Que el propio Federico Simón Arabehty, por fin convencido de la causa aliada, había dado el *nihil obstat* a esa candidatura militar.

Como siempre en casos análogos, el nombre del candidato solamente era conocido por los menos. Para bien de todos, pero principalmente por debido respeto a la novia.

Interrogada por las Udaondo o por las Berthet, que malentendían el cifrado, Carmen juraba y perjuraba que no se trataba de un Fernán Nuñez. A Manuel se lo veía seguido, es cierto, en casa de Laura Rondeau, pero nunca solo.

Pero de lo que no cabía duda era de que el fragote era digno de madame Blanche: "A los pies de usted".

—No, Buonfiglio queda descartado.

Y aclaraba Carmen que Amelita le había pedido que ayudara para que el vestido fuera del mejor buen gusto. Con lo que transmitía que las noticias eran excelentes y que no le busca-

ran más pies al gato. Para el vestido de Madrina, también le habían pedido una mano. Y Letizia De Azara, que vivía en París, la casada con Mouchy había prometido mandar tres metros de crêpe de Chine fucsia y un tul de encaje de Lovaina que prestaba.

—Si no les parece bastante —decía Carmen tapando el teléfono para que no la oyeran del otro lado— ¡jódanse! —y se reía de su propia grosería como digna hija de Ricardo Rondeau.

Taylor tenía la partida ganada. Madrugador como era, la noche del 1º de abril ni siquiera se recostó. Estaba de buen talante. Pleno de esperanzas. Para la madrugada las órdenes tenían principio de ejecución. La flota, con el Almirante Guarnieri a la cabeza, se hacía a la mar. De hecho había comenzado el bloqueo. El Uno y el Dos de Infantería estaban en pie de guerra. En Monte Caseros los amigos habían tomado el Casino de Oficiales. En pocas horas más el capitán Balcarce copaba el destacamento del Tandil con un puñado de valientes.

Ese mismo día los informativos anunciaban la renuncia del presidente, el nombre del jefe de la Revolución que asumiría la Presidencia y el de las figuras que se consideraban para ocupar “las carteras”.

Sin embargo, si durante aquellos días alguien hubiese podido mantener la serenidad, o por lo menos cierta ecuanimidad, no digo que hubiese podido evitar lo que ocurrió después, pero sí que hubiese podido endicar el curso de los episodios para mantener una participación al menos en el desenlace de los acontecimientos. Pero las cabezas se desconectaron de la realidad. El súbito alivio del miedo actuó paradójicamente, bloqueando y no facilitando la visión de los hechos.

Es cierto. Para eso desde el primer instante se debió haber actuado a partir de dos o más alternativas y no exclusivamente con la del éxito completo. Pero insisto, desde las primeras horas pudo haberse visto que algunos aspectos, detalles si se quiere, traslucían la incoherencia básica del proceso, que vistos en perspectiva, esos “detalles” no eran “nimios” como los consideraron ustedes.

De acuerdo, sí, parecían faltos de toda significación. Y sin embargo, ahí tenés a tía Francisca que sigue empeñada en que

ella se dio cuenta de todo esa misma tarde. Sí, sí, ya sabemos. Sí, que no te haga matar de risa. Por ejemplo, ¿quién podía ocuparse en aquel momento de lo que se transmitía por radio? Y aunque pudiera hacerlo, ¿quién lo hubiese comprendido?

Carmen estaba concentrada en la recepción y difusión telefónica de las novedades. Pero aún alerta, no hubiese prestado atención a la música que tocaran entre noticioso y noticioso.

Convencida de que al ajustarse la iniciación de los hechos con tanta precisión al plan revolucionario, el epílogo sólo podía ser la consecuencia necesaria de aquel comienzo, su conciencia desechaba a priori cualquier indicio de que algo imprevisto pudiera incidir negativamente en la dinámica de los hechos. Pero, aunque lo hubiese advertido, ¿qué hubiese podido hacer?

Cuando Emiliana llamó, después de la siesta, para confirmar que Jorge partía en ese acto a asumir el ministerio, recién entonces se tomó un respiro. Había pedido refuerzos a casa de Eulogia para el cocktail que ofrecía por la tarde al enviado de Cordell Hull. Podría contar con Pilar Campana que trabajaba en yunta con Basilisa a las mil maravillas. Con Gabino para aparecer con la librea de los Rondeau, a abrir la puerta del ascensor en el palier de la mansarda. Pedro mismo, el hombre orquesta de los Straus, estaría bastante presentable con su saco gris perla, botones dorados y pantalones negros que la señora Virginia le permitía usar exclusivamente en las grandes ocasiones, en cuya circunstancia se abría el portón de la ochava dejando pasar a los automóviles que traían a los invitados hasta el porche. Pedro sabía abrir la puerta de los coches y ayudar a descender a los pasajeros, plegando luego los transportines como un portero del Ritz. Jesús, con la ayuda del pinche, estaría una vez más a la altura de la ocasión. Todo estaría a punto. Helado lo que debía estar frío. Pelando lo que debía servirse caliente y todo sabrosísimo. Por un rato podría despreocuparse.

El taffetas beige de madame Blanche colgaba en su percha, suspendido ante los ojos de Carmen de la mano de Basilisa.

Sometido a una despiadada revisión, resultó aprobado con sobresaliente y felicitación de la mesa. Fue al concluir ese examen del maravilloso regalo de Eulogia, feliz de lucir esa tarde un modelo de Louisianne que no necesitaba retoque alguno porque era perfecto tal y como estaba, pero inquieta por su deslealtad a Buonfiglio, cuando llamó Francisca. No eran la interlocutora ni el momento indicados. Latera insoponible. Sus hijas y el hijo le parecían siempre motivo digno de interminables comentarios. A tal punto se había apoderado de ella el desatino que solamente el mucho aprecio que había ganado Miguel para él y los suyos justificaba las arrobadas de paciencia a que Francisca se hacía acreedora cada día.

Como volcaba su atención en admirar a sus hijos y sus esfuerzos y memoria en la música, todo lo demás pasaba a segundo plano. Para dar una idea del dislate de Francisca bastará decir que no sabía diferenciar entre Melchora Lezama, suegra de Emiliana y Melchora *tout court*. Que era, para decirlo con las palabras de don Ricardo Rondeau, como confundir zaino con ruano. Melchora Arabehty de De Azara o Melchora *tout court* como la llamaba en sociedad la señora Virginia, era hermana de Federico Simón Arabehty, por consiguiente cuñada de Melchora Lezama de Arabehty, la suegra de Emiliana Balcarce. La señora Dúnez de Straus se declaraba amiga dilecta de la primera Melchora para retribuir la admiración que despertaba en aquélla, el virtuosismo de Virginia. Formaba con *l'Embassadrice du Japon*, princesse Tian Tanagaka, Ignacia Sorondo y La Roca, el grupito de fieles que a veces en lo de Straus, cada tanto en lo de Roca e inclusive en casa de Ignacia, se reunían para conversar de sus temas predilectos.

En ocasiones el grupo se ampliaba, aunque no mucho, pues con la excepción de Josefina Pinto, que vivía en el Alvear Palace y que podía invitarlas a tomar el té en la confitería cuando eran más de seis, las demás asistentes no tenían comodidades en sus casas para reunirse. El lugar predilecto era lo de Straus porque a nadie que no perteneciera al grupo se le ocurría caer de sopetón en lo de Virginia. Mientras que en lo de Roca se recibía todos los días desde las cinco. En lo de Melchora simplemente no se podía estar. A un mes de su séptimo biznieto, te-

nía siete hijos y quince nietos. Casi todos vivían en el Palacio de De Azara. Sus tareas con los oblatos, las carmelitas descalzas, las reuniones con el obispo, las gestiones con el cardenal, el patronato y las devotas del Santísimo Corazón concentraban en su casa multitudes. Melchora era una potencia.

Tan bella que había podido elegir entre los mejores de su tiempo. Minerva con cuerpo de Friné como se decía por entonces. Los mejores le habían arrastrado el ala. No por su fortuna pues les sobraba la propia. Por todo lo demás. La mayor de las Arabehty, asociando a la opulencia de su estirpe su propia perspicacia, había elegido lo mejor. No le importaba usar el título a que tenía derecho Segismundo su esposo. Pero por nada en el mundo olvidaba la partícula de su noble apellido. Entre sus amigas se la conocía por Melchora, en el "mundo" por Melchora *tout court*, en la sociedad por señora de De Azara y en los Bancos por Melchora A. de De Azara. Pues por prudencia o por delicadeza adicionaban éstos sin falta la inicial de su apellido de soltera. Esta Melchora tenía entonces tanto que ver con la suegra de Emiliana como con el gran elector de Mекlenburgo.

Nadie parecía poder hacérselo recordar a Francisca. Llamaba para avisar que la suegra de Emiliana había sido internada en el Finocchieto y para preguntarle a Carmen si no le parecía indicado el momento para que pasaran a dejar la tarjeta además para el general Taylor, que —según Francisca— estaba en el mismo sanatorio. Carmen, alarmadísima:

— ¡Cómo decís!

— Claro, matamos dos pájaros de un tiro —insistía, confrontando a la señora de Straus con la alternativa de que Francisca hubiese perdido un tornillo o que el azar, ciego y atontado en la batalla, hubiese disparado una bala contra el Jefe de la Revolución.

— ¡Melchora Lezama en el Finocchieto? Pero si acabo de cortar con Emiliana que no me ha dicho nada. Me comentó solamente que Jorge salía para la Casa de Gobierno para aceptar el cargo.

— ¡Cómo? ¡A qué hora? —se intrigaba Francisca.

— ¡No sé! ¡Hará una hora! El tiempo de probarme el taffe-

tas y de tomar un bocado—. Y para aclarar el enredo: —¿Quién te comentó lo de Melchora? ¿Gravísima decís? —dudando un instante— A ver, llamá de nuevo.

De pronto, concibiendo el desatino:

— ¡Pero no hombre! Ya sé lo que pasa, es la otra. Es Melchora. La de De Azara. ¡Sí m'hija! Nada que ver. Si hace meses que está pésima de la diabetes. Y lo del general será lo mismo. Te habrán dicho Pertiné o Rawson... No, m'hija... ¿Qué preludios? No. Mirá Francisca que el día no está para pavadas. ¿Te espero para el cocktail? —Y cortó. Era la falta de tino personificada. Para colmo, en un día como ése. Pero la agitación del primer momento estaba pasando. Carmen tocó el timbre. Había llegado la hora del vaso de agua y una naranja.

Así pues la equivocación, en realidad nimia, entre Melchoras, invalidaba todo el resto de la información que tenía un ángulo cierto. Como Francisca no tenía amor propio y la política le servía sólo para comunicarse con Carmen, no insistió. De tal modo, lo que pudo ser crucial de haber llegado a tiempo a los oídos apropiados, quedó descartado sin miramientos. Es que seguir confundiendo a la suegra de Emiliana con Melchora y tan luego en casa de Carmen era causa suficiente de descalificación. Más extraño, aunque no tanto, visto la impaciencia de su amiga, es que Francisca no hubiera insistido con lo de los Preludios. Era su especialidad.

Había salido con las chicas después del almuerzo —porque creía que el footing era el mejor ejercicio— a caminar, al Rosedal. La más grande había querido acercarse donde estaban las Candia que, acompañadas por Greta, jugaban con el velero de los Sansot. Greta había llevado un termo y sandwiches que compartía con Berta, sentadas a la sombra, junto al lago. Las dos eran siempre amabilísimas con Francisca y a ella le caían bien, porque eran tan sanas y joviales, tan responsables en el cuidado de los chicos, aunque hoy no se las veía ni a Solange ni a Soledad por ningún lado. Quizá anduvieran por ahí dando vueltas en bicicleta. Greta era la que había estado diciendo que lo internarían a Taylor cuando Francisca se había acercado. Y como ella venía con el tema de la internación de Melchora en

la cabeza, había concatenado una perla con la otra en un mismo collar inconsistente.

La respuesta de Carmen la había confundido todavía más haciendo que lo de los Preludios perdiera toda importancia. Pero si Carmen hubiera sido menos soberbia, hubiese podido acaso aclarar el origen y la sustancia de la versión de su parienta y al saberlo, vía Emiliana, pudo haber sido alertado Jorge Arabehety y acaso detenerse el contragolpe. Menos convencida de que la victoria era un hecho, hubiera podido consolidarla. Si la paciencia que decía tenerle a Francisca hubiese sido menos verbal y más sincera o si hubiese estado menos embobada por el taffetas, hubiese detectado las pepitas de oro que entre tanta arenisca arrastraba el aluvión de Francisca. Porque no era una sino dos las que rodaban en su curso. Frau Greta tenía una hermana trabajando en lo de Klinger, Jefe del 5º Batallón, y lo que había escuchado Francisca era el brusco final del relato que le hacía a Berta del comentario sorprendido por su hermana en lo de Klinger. Un grupo de oficiales de la logia había resuelto contratar, detener a Taylor y luego internarlo en Martín García. Klinger mismo sería de la partida. ¡Ministro de Guerra quizá!

Pero la caminata, o el sol de la siesta, o la cháchara de las chicas durante el paseo, habían confundido sus ideas y permitido conservar de los hechos sólo su aspecto superficial.

Mucho más tarde, cuando los protagonistas discurrían tratando de comprender el giro que en definitiva habían tomado los acontecimientos, su atención se concentraba tarde o temprano en el sonsonete que Francisca no podía reprimir: “Yo lo supe todo enseguida. La prueba es que a la tarde del mismo día se lo comenté a Carmen Straus.”

Carmen se enfurecía cuando alguien citaba el dicho que Francisca se cuidaba de proferir en su presencia. Y pensaba lo peor: que las simpatías de Francisca se habían volcado siempre a favor de los nacionalistas aquí y de los nazis en Europa; que había transmitido la información tan distorsionada para anular su eficacia neutralizando a la vez toda sospecha respecto de sus predilecciones. Quienes no le tenían tanta ojeriza, sostenían que no había tal cosa, que

Francisca simplemente no se interesaba por la política. Que lo escuchado a medias, al borde del lago en Palermo había entrado por una oreja y salido por la otra sin dejar otro rastro que el de un compromiso social; una visita de cortesía, a la que podía querer acompañarla Carmen. Los amigos de Francisca adujeron que seguramente Carmen estaba distraída y por eso no le prestó atención. Que Francisca tenía los mejores sentimientos y que en política, como en todo lo demás, era el sentido común encarnado.

Pero el no haber insistido en lo de los Preludios daba algún fundamento, por difuso que fuese a la malévola interpretación de Carmen. Francisca era toda música. No porque le gustara. Ella misma le atribuía a veces la causa de su jaqueca. Por ósmosis. O por concentrar toda su memoria en ello. Era un archivo musical caminante. Hombre de un gusto impecable, y aunque influído por el modernismo, Miguel, su marido, sabía de música (de música buena se entiende), todo lo que merecía saberse. Aficionado desde chico, era correspondiente de Strawinsky, de de Falla y de Milhaud. Había fundado la wagneriana y regiría sus programas musicales muchos años. Francisca no tenía oído. Ni mucho, ni poco. Pero desde el noviazgo supo que para enamorar a su marido, las luces de sus ojos y su natural elegancia no bastarían. Acaso la música le gustara a él más que las mujeres. Y con la ayuda de una memoria unilateral pero asombrosa y de su férrea voluntad, había podido fijar como en un disco para ciegos, los rasgos salientes, los compases más notorios de tantísimas obras, lo que le permitía no reproducir pero sí reconocer el nombre de la composición, la parte a la que correspondía y su género. Y como había estudiado la biografía de muchísimos músicos era capaz hasta de ubicar la obra en el contexto de la vida del artista. Con pocos errores pero sin la menor idea de su importancia relativa ni de la tendencia musical en que la composición se engarzaba, ubicando en el mismo plano, porque su conocimiento era mnemónico, todo lo que hubiese escuchado, sin discriminación alguna.

Fue siempre muy querida por los amigos de Miguel. Primero porque valoraban el esfuerzo que había hecho para acer-

carse a su marido y más tarde, después del derrame que fulminó su inteligencia para siempre, por la inmensa paciencia de que hacía gala al cuidado de un hombre que, al decir de Eulogia, "era más un yuyo que una persona". Había que llevarle la comida a la boca, acompañarlo al baño, lavarlo, limpiarlo... ¡Una mártir!

Valido de su oído impecable y de una curiosidad melliza de su perspicacia, Miguel Laprida elegía a sus amigos entre los más talentosos. Amigo íntimo de Hermes por ser de entre los Garrido (los músicos), el más afín a su carácter. Pero los hermanaba, tanto como la complicidad estética, un mismo estilo de la ironía y una admiración casi platónica por las mujeres soberbias. En esta selección coincidían infaliblemente, pero en tanto que Francisca vivía sobre ascuas cada meteón de su marido, Raquel confiaba en la capacidad de renunciamiento del suyo. Tejíá, escuchaba, se reía con ellos casi cómplice de sus fechorías, sabiendo que Hermes era ante todo su marido. Francisca escuchaba también. Pero se reía menos. Porque en su afán de aprender, se concentraba en cada nota que arrancaba el artista del piano, señalando diferencias en los acordes o en los tiempos y pausas que un compás de Ravel, de Chopin o de Beethoven merecían comparativamente en los dedos de Arrau, de Gieseking o de Cortot. Cerrando el piano, Miguel imitaba con la voz, violines, contrabajos, flautas y timbales subrayando el acento diferente de una versión de Petrouchka que había grabado Stokowsky para RCA y la que había escuchado en Los Angeles dirigida por el autor.

Pero Miguel era amigo también de Ginastera y de García Morillo. Aunque consideraba que el primero incorporaba muy tradicionalmente la música popular a la música culta y que el segundo excedía los límites del modernismo como Picasso al desbarrancar en el cubismo después del período azul. Cézanne había llegado al límite extremo. Un pastel del Mont Saint-Victoire colgaba sobre el Ericsson que presidía el salón de estar donde con extrema delicadeza colocaba cada disco que quería escuchar, imponiendo a todos el silencio absoluto, para que la música tuviera la oportunidad de habitarlos. Con el tiempo y como Cézanne había escapado de sus posibilidades econó-

micas, descubrió en Wildenstein un Guillaumin que mostraba cada vez con una sonrisa tan satisfecha que parecía simbolizar para él, el justo punto de la perfección. Técnicamente ubicado un poco antes del Cézanne del Mont Saint-Victoire y un poco después del Pissarro de *Vue de Paris*.

Algunos decían que era un snob. Pero eso precisamente era lo que él sospechaba de Carmen. Pues nada la detenía en su admiración por el progreso del arte. Se obligaba a sí misma a mantenerse *à la page*, forzando su propia pereza para no estancarse ante los tabú que una actitud conservadora imponía a sus amigas.

El Picasso de los arlequines no tenía secretos para ella. Ni el de Guernica, por supuesto. Pero luego, adoctrinada por Fernando, comenzó a comprender por qué podía considerarse a Picasso en franco retroceso. La prueba estaba en su retorno al clasicismo en la "facilidad" de sus trazos. En una cierta sensiblería politizante que despuntaba en sus expresiones más recientes. El surrealismo abría otros caminos. Severnini, Tauber, Miró. Luego el expresionismo alemán, que captó con toda rapidez porque, conociendo a Fernando hasta la médula, era capaz de ver con sus ojos, con el razonamiento de su sobrino, la coherencia y las paradojas de ese mundo morboso y triste de Munch, tierno y melancólico de Nolde, flamígero y orbital de Kokoshka. Más tarde, al final casi, pero bastante más tarde que Fernando, porque le costaba cada vez más ser joven y valiente, porque envejecía en suma, alcanzó a comprender que todo el misterio residía en el combate de las transparencias. La estoy viendo. Por fin penetrada por el talento de Kandinsky. Mondrian y Albers la deslumbraron. Pero si bien el vanguardismo de Carmen era auténtico en materia de pintura, no es seguro que lo fuese en lo musical, porque ella percibía que Fernando no tenía la misma seguridad a ese respecto, que se dejaba influir, que reaccionaba generacionalmente contra el Grupo Renovación. Y que luego, cuando conoció a Paz, su rigidez había hecho crisis. Abur de Gardel y Lepera. Ni hablar del Stravinsky del *Jeux de Cartes* ni del de la Sinfonía Concertante. La música comenzaba con Schönberg y terminaba con Alban Berg. Sospechaba sobre todo de Fernando por su

aversión a la música popular. Para ella no correspondía semejante sentimiento. Tampoco el fanatismo de Romualdo. La música popular era eso: popular. Sinónimo deailable. Desde ese punto de vista, válida. Y se acabó. Le encantaba bailar. Desde el Lambeth Walk para adelante, todo había sabido acompañarlo con gracia, con ironía a veces, burlándose de su propia involuntaria sensualidad.

Para Francisca, urraca de cuanto sonara, daba tanto un Washington como un José María como un Juan José Castro. Lo mismo daba un Ginastera que el otro, vencida en ambos casos la dificultad adicional que representaba la necesidad de discriminar las obras de distintos autores con un mismo apellido. Pero eso ya lo había superado con los Bach. Tanto daba López Buchardo que Sibelius, Guastavino que Constantino Gaito, Olivari que Juan Carlos Paz. Todo ingresaba en su archivo. Al punto que durante los desfiles identificaba cada marcha y sólo ella conocía sus autores. "Aurora", "Curupayti", "Bahía Blanca", "Avenida de las Camelias", "El Tala", "Ituzaingó" y tantas más. Aquí la sabiduría de Francisca sacaba hasta a su esposo de las casillas. Pero es que ella no lo hacía por exhibicionismo, sino para refrescar su memoria que se ejercita recitando. Que es lo que hacen los chicos cuando repiten hasta el cansancio propio y ajeno, las tablas de multiplicar.

Chisporroteaba de súbito la discusión. Pues mientras Francisca sostenía que "Avenida de las Camelias" había sido compuesta por Virtu Maraño, Miguel decía que era de Panizza. Y como ella se sentía segurísima en el rubro de las marchas canciones no daba su brazo a torcer por más fundador de la wagneriana que fuese. A Miguel, los ojitos miopes se le agrandaban detrás de los anteojos como los de un lechuzón, echando chispas, tratando de que ella dejara de llamar la atención con tales disparates que a nadie podían interesar. Pero ella se quedaba contenta porque había memorizado las marchas y lo grado a la vez que Miguel apartara los ojos de Elvirita Castro que había venido a admirar el Cézanne de Laprida.

Por eso Francisca había detectado mecánicamente que en los informativos radiales del 2 de abril, intercalaban, en lugar

de las marchas de toda la vida, los Preludios a "Ollantay" y a "La Flor de Irupé" de Constantino Gaito, un aria de "La Leyenda del Urutaú" de Gilardi y trozos de la Suite Orquestal "De mi tierra" de Floro Ugarte. La señora de Sauce vocalizaba, como si fuese cosa de todos los días, las noticias de la revolución, y al terminar cada informativo, los títulos de las composiciones transmitidas.

No había comentado lo de los preludios con intención política sino, exclusivamente para comunicarle a la parienta su solidaridad, y señalarle que también ella escuchaba ese día los informativos, aunque su atención seguía concentrada en los intervalos musicales. Pero si Carmen le hubiese prestado atención otro habría sido el cantar. Ella sí hubiera sabido interpretar lo que ocurría; sabía que la exclusión de Ituzaingó —marcha de los liberales— significaba que Comunicaciones estaba en manos de los nacionalistas. A diferencia de tantos hombres y mujeres de su tiempo, Carmen conocía ya entonces el poder de lo que ahora conocemos por "medios de comunicación masiva".

Pocos meses después las circunstancias fueron mucho más transparentes. Pero para entonces las pasiones se habían descontrolado a tal punto que impedían toda reacción racional.

El episodio de von Therman con sus demoras e implicancias en Relaciones Exteriores, la obstrucción de cuanto emprendía José Cullen desde el Ministerio de Educación; la euforia de los Aldao, de Hilarión Lagos, de los Sorondo, la del propio Faustino Rondeau que al decir de Pilar Campana se había hecho almidonar y planchar la camisa parda que identificaba a los germanófilos criollos, las escenas ministeriales que trascendían por boca de Emiliana, todos esos "detalles", sobran para ponerle a uno de punta los pelos de la cabeza.

El General Recondo era quien se destacaba por su marcialidad en las reuniones ministeriales. Cuando alguien parecía no comprender sus mociones, requiriendo aclaraciones o formulando reparos, comenzaba a martillar la gran mesa del Salón Blanco, a golpes de puño que ensordecían al cónclave y silenciaban al cuestionante. Si acaso, después de semejante actitud, alguno insistía —aunque lo hiciera con la mayor cordialidad—

entonces Recondo sencillamente desenfundaba la Luger que portaba inclusive en aquel recinto. Con toda suavidad la apoyaba ante él, y volvía el rostro hacia el interlocutor como si ahora sí estuviese perfectamente dispuesto a escuchar y a contestar las objeciones. Lo peor es que el propio presidente parecía aturcido, incapaz de reaccionar. Terminado el proceso preliminar, había perdido la iniciativa, carecía de un plan concreto.

Si ese año, digo más, si ese fin de mes, no llega a coincidir con el compromiso de Faustino con Ethel Buxton Paz, Carmen lo última. Pero ella sabía que la convivencia con esa mujer iba a ser para él, peor que la peor de las mutilaciones.

Dos veces habló con Faustino. Trató de hacerle ver a través del velo de picardía que brillaba en esa cara cercada de llamas negras y de la seductora carnalidad de aquella figura, el caracú de un temperamento borrascoso, hecho con las hebras más elásticas y resistentes, instinto en estado puro, impulso en acción, sin diques, sin otro pulimiento que el más exterior, que había alcanzado apenas para engañarlo a él. El hombre más ingenuo del país. Un chico en realidad. Sin dobleces, apto sí para el amor más carnal con tal de que fuera a la vez elemental y transparente. Inadecuado hasta para imaginar siquiera la depravación. Pero por primera vez, Carmen aceptó su derrota muy pronto. Más sagaz aquella vez que nunca, o suficientemente cruel para resignarse sin haber agotado sus recursos.

Faustino exultaba. Su fanatismo tenía las alas del amor. Para no entristecer aún más a sus padres, cuando subía las escaleras de la calle Agüero cantaba, para sus adentros, sin dejar por eso de mover los labios:

*Giovinezza, giovinezza
Primavera di Belleza
Per la vita e per la sprezza
Il tuo canto squil-la e va.*

Era el colmo. Obnubilado, atrapado en sus propias virtudes: su ingenuidad, su deseo de vivir, de querer, de que el mundo fuese como él, pleno de bondad y diáfano. Ignoraba totalmente que en lugar de ascender como lo sentía, hasta hollar el um-

bral del cielo, porque en el rellano lo esperaba Ethel, transpondrían abrazados el portón del infierno. Esta vez sí, todo Buenos Aires —menos él, se entiende— lo sabía.

Pepe Cullen se seguía sorprendiendo. Las disposiciones que tomaba dormían el sueño de los justos en los cajones de los Jefes de Departamento. O bien se cumplían tan deformadas, que parecían concebidas por un tonto o un loco. Desde lo más simple. Por ejemplo: los feriados del año lectivo. Quería que se redujeran al mínimo para que los estudiantes recuperaran el tiempo perdido. Pero el proyecto trascendido en *Critica* cancelaba, es cierto, los del día de la Bandera, de la Raza y del Estudiante, y abreviaba las vacaciones invernales, y consagraba en cambio a *Corpus Christi*, la *Inmaculada Concepción* y a *Todos los Santos* como feriados obligatorios. Quedaría pues caracterizado como un chupacirios si lo refrendaba y como un come-curas si lo rechazaba. Pero los funcionarios obstaculizaban su gestión todavía más insidiosamente. Cullen quería que se remozaran los textos escolares. Que un poco del aire nuevo que soplaba en el mundo, pudiera barrer los pupitres, las aulas del país. Que la historia de López, por ejemplo, dejara lugar a versiones más completas que pudieran servir de comparación. Pero nunca imaginó lo que ocurriría. Porque López fue sustituido, sí. Pero, por una arbitrariedad de signo contrario.

Pero aquella tarde del 2 de abril, todavía flagrante de ilusiones, Carmen, del brazo de Mathieu esperaba a ese mundo que se agolparía en el *rez-de-chaussée* de Salguero y Alvear para ascender de a tres o si subía una dama muy delgada, de a cuatro, lentamente en el Houplain de los Straus hasta la mansarda. El cocktail había trocado su carácter y en lugar de servir solamente para presentar a Desmond Harris, el enviado de Hull, se convirtió en una celebración de la fecha y besamanos de Carmen y Emiliana a quienes los amigos honraban como heroínas de la causa.

En medio del gentío, a pesar de la paquetería del cocktail, me parecía a mí —que espiaba con Valeria desde atrás del Comandel que había prestado Eulogia para que no pudieran

verse todos los preparativos en el office y en la cocina puesto que la puerta iba a estar abriéndose constantemente a los empujones de Gabino, los empujones del pinche, y del resto de la gleba contratada para el día—, que Carmen sobresalía. Tenía un brillo más intenso, realzado por su propia felicidad, porque creía estar tocando el cielo con las manos, porque recibía la simpatía de aquéllos a quienes admiraba y podía al mismo tiempo rendir un digno homenaje a Harris. Manojos de rosas amarillas desbordaban en los floreros sobre todas las mesas, pero en el lugar de honor sobresalía un ramo más grande todavía, el de la Embajada.

El desorden ganó la calle. Faltaba un rumbo. Taylor se dibujaba al frente del Gobierno. Acostumbrado a la unanimidad del mando militar, lo intimidaban la pluralidad de los gabinetes, las oposiciones o reparos de sus amigos, la agresividad de sus enemigos. Y de pronto, porque a los ojos de ella ocurrió, ocurre y ocurrirá siempre así, de pronto como por arte de birlibirloque, salidos de no se sabe dónde, los desórdenes callejeros a los que se estaba acostumbrado y eran controlables porque se conocía a las bandas, a sus jefes y a la mayoría de sus componentes, cambiaron de cariz. Comenzó con las pedreas en Barracas, Avellaneda, Banfield y Quilmes. De este y de aquel lado del Riachuelo. Fábricas y negocios. Pero pocas recibieron una tan graneada como los Grandes Almacenes Argentinos. Los enardecidos habían arrancado de los escaparates cuanto podían, huyendo, con heridas algunos, gritando todos y desapareciendo antes que asomara siquiera el carro de asalto. Ocho sucursales destruidas en pocos minutos. Mercadería por cientos de miles de pesos dañada o robada. La ciudad se conmovió. La renuncia del Jefe de Policía sólo sirvió para caldear más los ánimos.

Las pedreas y desórdenes salpicaban cada vez más extensamente la ciudad. La multitud ganaba la calle. Se agolpaba frente al palacio de Gobierno, ante la Corte.

El 20, Gregorio Pellegrini escribía en *La República*:

“Lo ocurrido ayer, frente a los balcones del Palacio, debe servir como alerta a quienes ejercen la responsabilidad

suprema en esta hora plena de significación presente y grávida de consecuencias futuras, nos impone su trascendencia con la solemnidad de un compromiso.

"En todo el orbe combaten cuerpo a cuerpo la potencia vital de la democracia contra el empuje torpe de las hordas que esgrimen la ciencia para derrotar la razón.

"Las reservas de una civilidad forjada en la lucha sin cuartel contra la barbarie y la tiranía deben adelantarse. Entonces el desenlace será digno.

"Paradigma de civilidad el soldado que hospeda al influjo de la confusión una duda cualquiera que se interponga en su encuentro con la Libertad, debe, con sincero patriotismo dejar el lugar a los persuadidos."

A la mañana siguiente José Cullen se enteraba por los diarios de su propia renuncia. A los cinco días, la defenestración de Arabeheity. Los puntales civiles del presidente habían sido desplazados. Sólo faltaba el derrumbe de Taylor.

V

El heraldo

La biblioteca de Nicolás Schutt no era rica en textos escolares. Por eso Rafael podía concurrir a casa de sus primos para consultar la Historia de Malet o de Seignobos y la Geografía de Reclus que Nicanor Laprida sometía a malos tratos al permitir que la manosearan sus hijos y los amigos del Colegio.

Allí podía ver a Fernando en acción, frente al modelo, cejijunto, la lengua acariciando sus labios, concentrado en el esfuerzo de trasladar a la hoja de papel una imagen provocada por el ceniciento negativo. El modelo de yeso que descansaba sobre la mesa de luz no engrillaba sus dedos. El acanto era a lo sumo expresión de aquello que Fernando quería eludir. Rafael no comprendía cómo ese fantasma que trastabillaba cada vez que el dibujante de intrincadas cejas se acercaba para considerar las curvas de sus perfiles, podía servirle para evocar, en vez de obnubilar, su recuerdo de los ornamentales follajes que anticipaban desde el final del invierno con su bandeja de un verde licencioso, las flores ocres que en noviembre enarbolaría cada uno de los macetones al borde de los álamos en un abra del parque de Ranchos. Pues mientras el modelo era una sola hoja, sinuosa pero simétrica, cóncava y de exageradas nervaduras, espiralada en su extremo superior pero esencialmente rígida, lo que el aprendiz dibujaba sobre la plana, era la masa vibrante del arbusto, con su disciplinado desorden, con las irregularidades y zozobras propias de una planta que llora y ríe de lluvia, se retuerce al conjuro del sol, y acepta la agonía en la humedad insuficiente al final de cada verano en los altos de Morón.

A veces en la soledad del pequeño jardín de los Straus y mientras los demás conversaban arriba, Rafael ensayaba un arte nuevo. Colocaba los labios en la forma en que había visto hacerlo a los demás, un beso antiguo como los de Eulogia, la lengua contra el borde de los dientes inferiores y soplabla. Pero el sonido no se producía ni cómo ni cuándo lo quería. Una de las tardes en que estudiaba en lo de Rondeau, requirió y obtuvo del mayor las necesarias precisiones.

Romualdo, durante aquella primavera, penaba por María Rosa Murphy. El didáctico y fogoso amigo pasaba los días y acaso las noches tarareando o silbando: *Oh Rose Mary I love you / I'll always be in love / with you / ...* Fue la primera canción que Rafael supo silbar a su manera. Al influjo de esa misma tutoría, incorporó a su repertorio las partituras de los discos que Romualdo colocaba en el gramófono de la sala de su casa, mientras alternaba con la chica. Aquella fuente musical otorgaba a Rafael un crédito prolongado. Le daba tiempo para calcar un corte de la Era que había repasado en Cendrero, para hojear en Tobal el sistema de la Sierra de la Ventana al son de Fox Trots y Boogie Woogies que orbitaban en el fonógrafo, de atreverse por fin a recoger el tomo de Fernández y Galoni. Pero las experiencias de Gay-Lussac parecían indescifrables al ritmo del nuevo acompañamiento de maracas y sonajeros que evocaba, en pleno salón Luis XVI al pie de un gobelino representando a Marte, panoplia aún calzada, descansando al pie de centenaria encina, escudo a tierra, lanza yacente, capturado el casco por ninfa admirativa, que evocaba, digo, resonancias, espejos de mar, trincheras de coral, y cocoteros en reposo o descabellados por un tifón, ecuador de adolescentes, ciclones en pleno Barrio Norte planteando incógnitas más insondables que las leyes del comportamiento del anhídrido carbónico y del oxígeno.

Romualdo parecía por entonces conformarse con la transmisión oral de sus pasiones. Pero de la intensidad que habían adquirido, hablaba ya a las claras el calor que comunicaba al teléfono, que aún desocupado, parecía durante media hora como pan sacado del horno. Semejante ardor, hubiérale parecido a Rafael concebible como resultado de una lucha cuerpo

a cuerpo o de un juego de pelota en el que se hubiese corrido de arco a arco varias veces, pero no como producto de la susurrante actividad de Romualdo. Es que, carente todavía de experiencia, ignoraba que el mayor ardor es consecuencia en el amor de las suavísimas y no de las más violentas caricias.

Cuando en vacaciones los Rondeau abandonaban la urbe para ir al campo, Romualdo, que sufría intensamente la influencia del medio, traicionaba muy pronto los sostenidos de Harry James, los vibrantes sonos de Tommy Dorsey y Gene Krupa, los apócopes de Benny Goodman, arrumbaba saxos, trompetas y clarinetes, archivaba *Chatanooga Choo Choo*, *Stormy Weather*, *The Sleepy Lagoon*, *I walk alone* y tantos otros pentagramas que Rafael había logrado incluir en su memoria. Olvidaba en cualquier otro desván las tropicales sensualidades de Xavier Cugat y Carmen Miranda para, bajo la influencia criolla de la peonada, ponerse a entonar, cuando el zaino indócil adoptaba por fin un galope corto y sereno: *Desde que se fue / triste vivo yo / caminito amigo yo también me voy / ...* Y luego, si cansado de galopar imponía a su parejero el paso, aunque caracoleara o amenazara al jinete haciendo tintinear el barbijo o royendo el freno o cabeceando al tiempo en que tensaba los ijares como para salir disparado, silbaba como si nada fuera, *Le corro con el manchado / al alazán de Cirilo / y no le pido ni un kilo / ...*

El esfuerzo realizado por Rafael para incorporar también estas canciones a su repertorio resultaba muy pronto insuficiente, pues como el veraneo culminaba casi siempre en el Delta y hasta la quinta de los Bustamante por encima de la copa de nísperos, frutales, magnolias y araucarias sobrevolaban muy fácilmente los sonidos de la orquesta que sábados y domingos entretenía a bailarines y comensales del Hotel; en la iluminada terraza abierta sobre el río advertía que ninguna de las dos selecciones aprendidas hasta entonces era en realidad popular. Al pie del gobelino donde escuchaba la primera gozaban Romualdo y acaso sus telefónicas interlocutoras que compartían también la susurrante calentura del muchacho. En el campo, los peones que escuchaban y cantaban la segunda, eran pocos para tanta llanura.

En cambio, la terraza del Hotel que era un páramo los días de semana, porque además de yerma, desde esa altura hacia el sur y por encima de los árboles se alcanzaba a percibir más allá del arroyo a lo largo del río, la ristra de yates en reposo, que perlaba sus dos costas y hacía el norte, por el Carapachay, una quimera al oeste y a la derecha, las tejas moras de la "Tupambaé", como desde un avión dueño del verde deshabitado, en cambio, repito, durante las noches sabáticas y dominicales resultaba exigua para permitir a tantas parejas tomar aire en la terraza susodicha, encandiladas por las luminarias encendidas como por encanto deslumbrando en la noche tan completa del Delta y aturdiendo con las discordancias de una mediocre orquesta a los ocupantes de las quintas vecinas.

En el dormitorio donde Rafael quería dormir, se estrellaban —apenas apaciguadas por la ternura de los sauces— las canciones de moda en aquellos Carnavales y se grababan en su adormecida memoria a pesar suyo, por la incansable reiteración de danzarinés y músicos que agotaban su entusiasmo tan sólo al madrugar: *Ojos negros de mi vida / tu alma me dirá / te quiero...* / Pero no era la voz, el mórbido terciopelo de Dolores del Río, su vaporosa androgineia, la que envolvía el duermevela de Rafael. Porque el Hotel no era lo que había sido, ni merecía aquel Delta más que un imitador de la diva, perdida ahora la veneración de aquel parque de ilusiones del noventa por la generación siguiente que ahora prefería la sala de baccarat de Mar del Plata, o los malabarismos del Parque Hotel de Montevideo que otorgaba la ventaja de percibir desde sus ventanales las proas del Ajax y del Exeter. Caricias de la declinación, del desamor en que incurrieran quienes debían protegerlo, se adivinaban ya entonces, como se percibe el cansancio del amor, más por las omisiones que por la agresión, por el olvido circunstancial más que por la cancelación completa del recuerdo. Pero Rafael no sabía descubrir en la presencia misma del populacho que había conquistado la terraza más fastuosa de las Islas, la prueba terminante de la desgracia en que su paraíso había caído. Y creía en cambio que esas desbordantes fiestas constituían el lujo del verano aunque a ellas ahora concurrían Nicola con la Calabresa, lavandera de *La Indiana*, Gabino

Soria y Remigio Garecio, respectivamente mucamo y botero de los Bustamante, Pedro Carró, chofer, mayordomo y jardinero de Virginia Straus, con tres mascaritas seducidas previamente en el curso de la Avenida Cazón, el doctor Bonliú con su familia, que sería lo mejor del partido de Las Conchas pero que estaba lejos de merecer los honores del santuario de Lugones, y tantos y tantos concurrentes anónimos por desconocidos más que por disfrazados, que imponían por su sola presencia y consagraban aquel año por su sonoridad insolente: *Pajarillo, pajarillo, que vuelas por el mundo entero / ve y dile a mi enamorada que yo / por ella muero / ...* Por las mañanas, previo permiso de Remigio Garecio que silbaba todavía remembranzas del bailongo, zarpaban con Laprida y sus petates a pasear por los ríos en busca de un rincón o de una casa, que con la ayuda de sus pomos y pinceles Fernando quisiera reproducir. Arbustos poligonales, trozos de cielo, galerías decoradas con cenefas, islas floridas, se deslizaban sinuosamente a lo largo del tramo que recuperaba luego el pintor con los tonos exactos de la vegetación, el umbrío recato de las glorietas, la humedad animal exhalada por el cosmos de barro y verde en que las moradas debatían su existencia cada día contra la maraña.

Fernando prefería los silenciosos meandros del Gambado y del Carapachay al caudal más industrial del Luján, pues en aquellos podían detenerse ante el lugar escogido sin temor a los intervalos que el paso de lanchones y barcas imponía en éste con sus vaivenes a la inspiración del pintor. Pero Rafael no compartía tal criterio porque sabía que esa opción sacrificaba la blancura de *La Myosotis*, subrayada por el tapiz de hiedra que envolvía de verde su entrada y por los raudales de hortensias que los acentuaban con el rosa, el azul y el celeste de sus inflorescencias; que suprimía, lo que era aún más doloroso, hasta los vestigios de sus habitantes; que olvidaba también las curvas y bóvedas de cerámica violácea del techo de la "Tupambaé", descansando como las alas abiertas de un flamenco atardecido sobre las copas de un grupo indescifrable de nisperos cargados de monedas de oro y fronda, ocultando estos troncos y el follaje a los huéspedes de la intrigante pa-

goda; que abolía por supuesto el caserón de los Straus aunque podía comprender esa omisión, porque su sola presencia, lindera con el jardín de Villa Adelia y apenas disimulada por la hilera de casuarinas plantada sobre el canal divisor para ocularlo, importaba por ahora un desplante, aunque la enamorada del muro prometiera muy pronto atenuar aquella presuntuosidad; que descartaba a Villa Adelia, y esto sí le parecía imperdonable no tanto por cancelar la belleza intrínseca de la quinta, sino por permitir así que los rastros constituidos por esa mansión amarrada al inaudito jardín de sus juegos e incipientes lecturas, pudiera por azar o durante una inundación largar amarras como un arca antediluviana y navegar albergando en su ausencia a los Bustamante, a los Schutt y a los Murphy, internándose en la selva para naufragar en un lodazal impreciso.

Y no resolvía esta preocupación la circunstancia de que Fernando dejara en el lienzo que emprendía, testimonio de las cenefas recortadas en flor de lis sobre latón que festoneaban la techumbre sostenida sobre la balaustrada de la Escuela Provincial Nro. 12, trepada sobre zancos pero demasiado cerca de la costa, lo que en verano, sola su alma, le permitía al menos mirarse en el movedizo espejo del río; ni atenuaba su angustia que pintara en otro cuadro, los herrumbrados muros de un galpón de cinc, contra la trama de la selva, genio y figura de la tormenta que en el cielo esbozaba el malhumor de Dios, cuyas paredes constituían las instalaciones del Astillero Cadenazzi, según anuncio expreso pintado en las chapas de su portón desvencijado, ambas cuyas presencias (galpón y tormenta conjugados) no podía esfumar Fernando para tornarlas menos amenazantes por más que junto a los caballetes que sostenían en reparación el casco de "La Mariana", inventara un ceibo para usar el escaleta.

Pero aunque Fernando hubiese resuelto erigir en sus lienzos un altar a Villa Adelia, tampoco Rafael hubiese podido descansar, porque en suma, estimaba que lo primordial, *el alma de los parientes de "Villa Adelia", de los anfitriones de La Indiana, de los huéspedes de La Myosotis, de los santones de la Tupambaé, de los marqueses de Fiore dei Mari que ya entonces comenzaba a inclinarse —aunque casi imperceptiblemente— con*

su bizantinismo a cuestras, sus ventanas de doble arco en columnas torneadas sobre la esquina del Carapachay y del Luján, retazo véneto engarzado en la jungla de balcones y amoríos era escamoteado por Fernando. Sin comprender que también es en las cosas donde las personas esbozan sus más auténticos retratos. Tanto más que aquellos patronos de artistas flamencos que requerían que en el retablo que consagraba la santidad del lugar y aunque con menor relieve, adecuado al terrestre que les correspondía en contraste con el sacrosanto representado en las escenas fundamentales, constara su perfil, el de su esposa e hijos, o su silueta de rodillas identificados completamente con el paisaje, los personajes, los ángeles, Dios, para siempre.

Pero la razón de su incompreensión quizá residiera en que presintiera ya entonces, que ciertos imponderables que por trascendentes debieran ser imperecederos, desaparecen por completo, cambian o se sustituyen los unos a los otros sin que se derrame una lágrima en su memoria y fuese ese temor al olvido inmerecido el que lo impulsaba con esperanza inusitada a espiar y a intentar retener y comprender las palabras, la alegría y la tristeza de la gente, porque nada le parecía más valioso ni más frágil que las personas mismas, induciéndolo a descubrir la sustancia tenue, original y perdurable de que se compone el meollo de cada uno. Primordialmente constituido por la coherencia y discordancia peculiares de sus emociones y por la conformación de sonoridad e intervalos o silencios con que aflora, espera o calla el alma en sus actos y omisiones, usando para ello la estructura de los tres silencios. Primero el que se hospeda en las palabras enhebrando los sonidos y otorgándoles calidad, pasión, desilusión o esperanza inconfundibles; luego, el que vive paralela pero independientemente de las palabras, porque en ocasiones aquella sustancia primigenia tornándose extremadamente volátil adquiere simultáneamente profundísima armonía, tanta, que el sonido mismo a pesar de su tenue contextura sometería en lugar de liberar, su significación; o el tercero, que el hombre intrigado hasta la muerte por su propio misterio o reconciliado con el fracaso de su imposible aspiración permite crecer dentro de sí, escucha el rumor de cometas que viajan a distantes galaxias, eco mero de un desmesura-

do cosmos interior de imposible traducción y por contraste tornándolo desorbitadamente cautivo de la soledad.

Porque Rafael verificaba que matices aparentemente insignificantes para muchos califican toda una circunstancia: Atribuía el tono, a la tensión de lo acontecido, la virtud de crear fronteras confusas o más precisas según el caso, entre la existencia real y la imaginaria, límites ambiguos entre la solidez de la materia, el placer y el dolor de lo que está vivo y las penurias o el éxtasis de las alucinaciones. La persistencia de lo que es duro, sólo encubre su esencial transitoriedad. En cambio, la duración brevísima del asombro no vulnera su cualidad definitiva. Cuando el testigo de esos acordes descubre su significación percibe armoniosamente la necesidad de su registro, sin tiempo para comparar con otras realidades, destacando la aislada y fugacísima sustancia que perdura desde el comienzo con cien máscaras, usando formas, ánforas diversísimas para existir desde siempre pero encubierta en el alma y que el alma de pronto reconoce en el espejo o en el otro que también es un espejo, como una verdad verdadera. La caja de esa guitarra donde viven las almas todo lo contiene en somnolencia, aun lo sublime. El hombre que ríe o llora, esclavo (porque no sabe cantar) de primas y bordonas que desgrana en la intimidad de su conciencia, también quisiera, aficionado a la vida, dejar un madrigal de provenir.

Y Rafael quería eso.

Por eso retenía el gesto de Carmen al tomar la servilleta y limpiar sus labios antes de beber el copetín frente al río en el jardín de Villa Adelia. Picoteaba sus labios, no los frotaba, y solamente después, tomaba el vaso de Cinzano cuya frescura denunciaba más que nada el velo que envolvía todo el vaso menos donde apoyaba tres yemas de sus dedos —porque las otras dos abandonaban el invisible teclado de cristal—. Parecido a otro movimiento que Rafael había visto ejecutar a la señora de Rondeau. Pero mientras a la anciana el gesto la transformaba en gorrión ensimismado, a Carmen le atribuíá rasgos avícolas en extremo. Segura de su femineidad, subrayada por

el flamígero alerón carmesí de sus uñas a ella la convertía en garza. Elegantemente enseñoreada de la laguna y observando en el estero las alternativas de la fecha.

O el de Fernando al contemplar desde lejos *Fiore dei Mari* y desistir de pintarla porque anudando las cejas, entrecerrando los ojos para crear una bruma que asociara mejor el Palacio al paisaje, advertía que en lugar de fundirse más completamente su rosa viejo con el té oscuro del río, al atenuar la exuberancia de los verdes lograba incluir el contorno del Palacio en la existencia de un mundo de otro modo ajeno. Inventaba un clima etéreo donde el Palacio resaltaba sobre la niebla óptica, presuntuoso y bastante palafítico pero sugerente del Lido o de Murano cuando el sol caía atrás del Caraguatá, asimilado a una marina de mal gusto, extranjera por completo a la quimera que reclamaba su apetito. Continuaba remando hasta el próximo recodo. Es que los manejos ópticos de Fernando atenuaban, es cierto, la atolondrada estructura de *Fiore dei Mari* en el ángulo de confluencia del Carapachay con el Luján. Pero la ambigüedad misma que inventaba, imponía a la decorativa mansión la necesidad de compartir brumas renacentistas, a mediar con las casas del Rialto, a codearse sus dueños con los blasones más antiguos de Europa y de Bizancio. Pero como ni la quinta ni sus dueños podían aspirar a tanto, la inconsistencia del asunto lo abrumaba.

A Rafael lo acometían sombras que urgían el arribo de un heraldo antes de que se desvaneciera la fragancia o se evaporara sin fecundar su intrínseca inmortalidad. Alguien que fuera capaz de comprender los motivos que habían llevado a unos —a los desconocidos de la “Tupambaé”— a erigir un templo canbodgiano en pleno Delta, a otros, una morada de cálida nieve, a los Bustamante una mansión digna de Ariadna y a todos ellos, ermitaños del habitado silencio, hermanos en el conocimiento de los más recónditos secretos del barro, a concebir las postas de sus esperanzas en ese laberinto que nace y muere en el Paraná.

VI

Marea alta

Quizá desde siempre si uno hubiese debido contemplar *Villa Adelia*, *Indiana*, *Fiore dei Mari*, *La Juana* o *Myosotis* desde un lugar menos sacralizado que el doble par con asiento corridizo de los mismos listones de roble y enebro estacionados que en el Támesis o en el Paddington utilizaban los remeros de Oxford y Harrow, si en lugar de mirarlas balanceando amortiguadamente desde el asiento de cuero con respaldo de espartillo, mientras remaban los mayores, hubiese tenido que ver esas mismas mansiones desde la canoa en que recorrían los hacheros terrenos anegadizos, para cortar los sauces y álamos mussolinos que plantaban los Bustamante para hacer la selva más rentable, o si la visión de las casas como en el caso de Alicia, a causa de las mutilaciones que ella misma y los demás le inferían, aparecían sin hiedra, o ciegas, con la torre quebrada, un reflejo de su propia mutilación, uno mismo, en lugar de estar dispuesto a dar la vida por lo que representaban, hubiese preferido su destrucción.

Decían que Alicia ya estaba bien. A mí todavía me dolía. No le gustaba más su nombre y prefería que la llamaran Emma. Con tan poco Alicia sonreía. Todos le dijeron Emma. Pero ese nombre me traía tan viejas soledades que cuando lo escuchaba, pensaba que Alicia no quería vivir la vida, que recorría otra en los tiempos del Barón Max que papá evocaba con prudencia. Volvía a verla en plena primavera sentada bajo un cielito de azahares al pie del naranjo en el patio de Joel. Era 1968. Y comenzaba. Porque aunque ya no pintaba, los dibujos que hacía entonces ya parecían sostener, con las mismas resonan-

cias del 59, el sortilegio de armiño que su voz ahora asociaba.

*Cuando es noche afilar un gato albino
darle un seno servicial y que lo masque
engullir de un bocado el abismo
atravesarlo en la memoria azul.
Seré siempre la niña tenebrosa que oprime
el interruptor de las estrellas.*

Todavía no salía sola porque olvidaba el camino de regreso. Pero Rodrigo Araujo, que la acompañaba, veía (como antaño yo la miraba) en lo que decía, en la expresión espumosa de su arcangélico mirar, un orden impecable y un pedazo muy concreto y exclusivo del dolor.

*Cunde alquitrán sobre la costa.
Todo lo empuerca sofoca el arenal.
Los cachorros están quietos.
Se quedaron muertos prácticamente.*

Yo prefería quedarme adentro, mirando desde el cuarto a través de la ventana, o subir a la azotea, donde el humo de los churrascos apagaba la agonía porque tanto dolor reflejaba demasiado mi propia ira y aunque en la azotea el vértigo que sentía me asustaba, mirando lejos sobre el suburbio chato, el verde de alguna copa, el color de algunas flores bastante medio pelo, sin embargo me amainaba.

Pero Rodrigo Araujo la amaba. Dejó el colegio y se puso de auxiliar en Gráfica del Ferrol. Que sus padres se opusieran no sirvió. La pensión quedaría lejos de ellos y del Colegio pero estaba cerca de la imprenta. Era en la calle Italia 25, partido de San Fernando, donde solían reunirse con Felisa Bernasconi. Rodrigo creía con ella que lo mejor era cortarle los dedos a los prestamistas que le chupaban la sangre y enturbiaban la visión de Emma. No porque estuviera involucrada en operaciones financieras perdidosas. Nada tenía, nada quería, más que el amor. Sino porque la pobreza que ella, sus padres, sus hermanos padecían, nacía de una opulencia cuyos vestigios dolían

si para conseguir un remedio tenía que hacer cola en el Costa Boero o cuando le faltaba para un taxi.

Porque hacía suplencia en dos escuelas de Virreyes y era titular de Química en el Normal Brígida Pruls de Bentone, Raúl Batro orientaba las reuniones. Sabía lo que debía hacerse y así, según progresaran o no los temas en la pensión, aplicaba sus nociones de Química y Física para que las cosas no se diluyeran. Llegó el momento de concretar. El mejor ejemplo es Emma —decía—, hay que jugarse. Distinto era el caso de Joel. El viejito podía seguir soñando la concordia porque las brasas que le quedaban habían brindado todo el fuego que podían. Por eso —pensaba—, en la casa del viejo podríamos guardar los explosivos.

Alicia más que nada entonaba con su voz el carozo del miedo, los sacudimientos que ella presentaba a su manera mejor que nadie. Un veneno despacioso que fluye de su garganta con tanta mansedumbre que invade sin lastimar los recovecos del amor. O intercala un himno de caudillos y lanceros que enarbolan la hermandad, la compasión con el hambre y el hombre, el sueño de una patria fraternal.

Pero en la pensión, donde viven muy juntos porque los Bernasconi ocupan dos habitaciones al frente y Rodrigo, en la misma planta, la del fondo, Emma calla y escucha. Se esfuerza por escuchar. Felisa Bernasconi sentada junto a Batro explica y apuntala esos silencios, para que Rodrigo tenga piedad en los hechos. También prepara mate cocido con leche y reparte masas secas que busca en la panadería cerca de la estación. A veces Raúl invita a uno o a los dos Cernadas, celadores del colegio y como son muchachos todavía, proponen un trabajo intelectual. También Batro quisiera, si sobrara tiempo, dictar un curso que tanta falta haría para que los chicos tuvieran la formación necesaria. Pero ellos deben comprender. ¿Quién les dicta las incógnitas? Si... el suicidio, Lugones, De la Torre, Loncan, si, la soledad de Scalabrini.

Pero Raúl Batro aunque quisiera no puede. Ni es ese su deber: —Desgraciadamente acá no podemos estar en eso.

Y cuando Emma, con un murmullo casi imperceptible propone el ciempiés de Kafka, se sonríen. Sin maldad. Con pena.

Porque aunque le doliese, Batro tenía que coincidir por una sola vez con el soviético que había respondido, casi sonriendo, a su propia inquietud 20 años atrás.

—Oh, vous savez, Kafka est un cas pathologique.

—A riesgo —decía— de sacrificar mi propia formación, debo concretar un objetivo. Nadie, menos que nadie yo, puede dejar que nos vayamos por las ramas. El tiempo urge. Todos tenemos una misión.

También Emma la tenía. Aunque parecía intrascendente.

—Cuando consideramos, compañera —decía Batro mirando por encima de los bigotes a Felisa Bernasconi—, que apenas hace un año, nuestro grupo no pasaba de cuatro y que hoy podemos encarar una operación como ésta, tengo razón al sostener que nuestra causa está madura.

Por poco lo echa Emma todo a perder. El 5 de diciembre de 1968 en lugar de seguir como lo hizo siempre cumpliendo la sencilla tarea que le habían encomendado, tomó la pistola automática Walther 45 RSK 4731074 BS que tenía a su cargo custodiar y nada más. La sacó de su cajón más íntimo donde guardaba sus prendas interiores relativamente limpias. Se sentó frente al espejo. Puso una sola cápsula en la recámara. Disparó. Se vio caer de la silla hacia la derecha porque era zurda. Un geranio en el techo y otro en la cabeza crecieron de la nada.

La guardia del hospital insistió en denunciar el hecho en la circunscripción 28. Una Walther calibre 45 caía debajo del taburete. No sé. Quedó depositada en la Caja de Seguridad del Juzgado de turno. O pasó de largo. Imposible saber.

Tenía más vidas que un gato. No le gustó tampoco llamarse Emma, ni Alicia, ni Rosaura, ni Belisario siquiera aunque se cortó el pelo medio americana y usó anteojos que parecían de ciego. No recordó ni el origen, ni los antecedentes ni el suicidio siquiera. Todo quedó en la nada. Desde entonces sólo tuvo a su cargo tareas de correo. El proyecto siguió adelante porque para eso estaba Batro. Araujo se dejó la barba y decidió jugarse el todo por el todo. Felisa Bernasconi usó desde entonces una pollera hasta los tobillos a listones negros y blancos que contrastaban con su pelo rubio trigo. Y cuando veía a Rodrigo entristecerse demasiado lo tomaba del brazo para recorrer la costa-

nera hasta la terminal del 60. El volvía de aquellas caminatas casi alegre y con ganas de patear una pelota. Volvía con su imaginación al San Hernando de Cubils en que había cursado lo poco del Bachillerato que aguantó. Cuando imaginaba la sonrisa, la alegría pintada en las pupilas de su madre...

Felisa misma lo hubiese apoyado si no hubiese estado Emma de por medio. Para fines del 71 el proyecto maduró de nuevo. El hermano de Bernasconi o uno de los celadores del Pruls de Bentone, conoció a Belisario Carmona, Sargento Oficial de la Escuela de Motorizados. Se sabían de memoria los lugares más sensibles de los puentes. El capataz de Minera Chimborazo proveyó los explosivos. Aprovechando la ausencia de Joel que partía los veranos a Misiones, intercalaron entre sus libros los panes de gelinita y en otro anaquel, los detonantes. En la isla los varones practicaban tiro al blanco, maniobras y ataque. Las mujeres, defensa personal y primeros auxilios cuando no artillería de apoyo. Emma cuidaba la parrilla y servía el mate. A veces, aunque no lo sentía, con las chispas se chamuscaba las yemas de los dedos y prefería, siguiendo las instrucciones de Batro, señalar en el mapa por enésima vez la ubicación de las columnas que debían concentrarse en el puente grande y en el siguiente, a la altura del Hacoaj y los que cruzan el río de las Conchas y a la altura del hotel, para demolerlos. Los anteojos que usaba para que no le vieran los ojos reflejaban diminutos los miembros de la columna sentados sobre el pasto, en el abra que ocultaba la maraña de sauces y coronas de novias que en la maleza crecían rodeando el rancho del Caraguatá. La columna Batro ya tenía doce armas cortas: tres Mauser, cinco Ballester Molina y cuatro Walther. Las ITAKA y las FAL corrían por cuenta de Carmona. A las cinco de la mañana del 7 de julio de 1972, comenzó el operativo. El viento soplaba sin descanso Sudeste desde la madrugada anterior. El primer anuncio oficial de los hechos se difundió por la cadena oficial cuatro días más tarde, cuando la tormenta rugía sobre toda la cuenca.

Arriesgar una vez más. ¿Es sueño o verdad? Estoy ante la casa. No en la casa. Ni parado en el jardín mirándola de frente, puesto que la veo casi entera, y leo en los ladrillos de la chimenea que sobresale del techo la inscripción que indica su procedencia inglesa. Si todo no se moviera un poco, podría creer que estoy en la terraza del hotel. Porque abarcar el jardín, las islas linderas, el movimiento de camalotes en el Guazú y el vendaval cuando sopla, es posible solamente desde allí pero los balcones del Hotel, después del incendio ni siquiera en el recuerdo persisten, porque las llamas se interponen. Las islas, la casa, basculan.

Madruga aquel 7 de julio y será porque ahora de pronto no sopla, que Rudecindo está sentado en la terraza con el primer desayuno que él mismo se preparó. Silba muy quedo una canción como las que cantan en las trattorias que anidan en las colinas de Nápoles —cuando la guerra pasó— y atraen al atardecer —cuando el Capodimonte bosteza los últimos turistas— para que vean con el corazón todavía perplejo, ensombrecer la bahía y allá lejos una bruma de islas. Lo que silba Rudecindo, por pertenecer a una época que no pudo existir aunque tantos la habían soñado, tiene el peso de las cenizas del tiempo y el ansia para siempre de lo que no pudo ser: *Vous qui passez sans me voir / sans même me dire bonsoir / donnez moi / un peu d'espoir ce soir / j'ai tant de peine...*

No estoy en el pináculo aquel de la terraza ni sobrevuelo tampoco lo que fue un sueño. Estoy en la cartuja de *La Sureña*, de otra quinta viendo aquello con el recuerdo, pluma en mano, decidido a encarar el fin. Y debo hacerlo solo. Todo está dispuesto. Silencio completo. Los chicos pescan en el espigón de Magdalena ante un estuario ilimitado. Afuera, los pájaros vuelven de la jornada con prudencia porque anidan sobre el techo, en las copas de los áceres, fresnos y paraísos que envuelven la casa. Leonor combate empecinada en el jardín, aliada con la muerte a favor de la vida. Ah, si pudiera imitarla.

Ya nada me detiene. Los límites se borrarían, atravieso sus muros y veo el interior del cuarto de Carmen. Enciendo el velador de su mesa de noche. Está recostada y ocupa el centro de la estancia. Es espaciosa y casi toda en penumbra porque la

pálida luz del *bonheur du jour* apenas alumbra la cara, las manos que descansan sobre la sábana que usa cuando está enferma, la que tiene el anagrama de encaje de sus iniciales al centro.

Hay ruiditos. Son sigilosos. Alguien acomoda la ropa sobre la silla, los frascos que usará durante el día o los remedios que rechaza obstinadamente. Desde la terraza llega más intenso el silbido de Rudecindo. Nadie me ve ni me oye.

Un rumor de huracán y terremoto viene desde lo hondo de la ciénaga. Es sólo un momento.

Abre los párpados, refriega laboriosamente la lengua sobre sus encías. Sus ojos brillan y aunque enrojecidos, siguen la dirección de los ruidos. Jacinta se acerca, pone dos almohadas para incorporar a la señora. Sobre la silla junto a la cama deposita la bandeja con el desayuno. Carmen lo mira todo, sin ganas; pero pregunta: “¿Y los diarios?” Jacinta, sin contestar, se acerca a los ventanales, corre las cortinas, los abre, empuja las persianas y los cierra. Aún así entra poca luz al cuarto. Podría ser la mañana o el crepúsculo, por eso nadie apaga el velador. Igual Jacinta toma aplomo, camina con firmeza, busca dos floreros que durmieron en el baño y los coloca uno sobre la mesa de noche, el otro sobre el tocador, casi frente a la mujer, quien por evocar ahora gracias al perfume de la flor de caña, o a la carnosa pureza de las azucenas un tiempo en que sus órdenes se oían de una a la otra punta de la calle Salguero, asume el mando. Esboza un gesto apresurado para que coloque de una vez la bandeja sobre sus rodillas y otro para que aparte hacia la derecha el jarrón de azucenas que contempla en el espejo como si el reflejo, más que la observación directa de las flores le permitiera reconstruir en las lejanías del espacio que se hizo distancia de tiempo, aquel mes tan grato de la vida cuando, en lugar de Jacinta que no acierta a complacer ninguna de sus manías, Pilar, en combinación con Basilisa, anticipaban cada uno de sus deseos. Rudecindo aparece en el ventanal golpeando para que abran. Entran por la puerta del dormitorio Romualdo vestido de ciudad, Valeria, Fernando (en malla enteriza), Javier y los chicos, Solange, Francisca con su segundo marido, el marqués de *Fiore dei Mari*. Se acercan

para saludar o para besarla, según la señora esboce o no el gesto consabido de torcer el cuello exponiendo la mejilla para recibirlo, pero a la vez, agrupando los labios hacia el lado contrario, como si desde el comienzo hubiese existido la intención de dar y no de recibir un beso, cuya intención doblegada por la imprevista ventaja que obtuvo quien lo está dando, todavía rechaza la derrota al agrupar los labios en las antípodas, como si todavía pudiera hallar allí una mejilla impuntual, o como si la ausencia de la mejilla pudiera sustituirse con la sonoridad del beso que debiera recibir simultáneamente quien lo está dando, para no resultar perjudicado. De manera que si quien lo da, pudiera desdoblar la cara sabría que en retribución del que estampa recibiría un premio equivalente al de su ternura.

La luz va blanqueando la alcoba. Desde la ventana que da al río, Romualdo confirma: "Sigue creciendo". La señora de Straus alza la cabeza alerta como si desde el cuarto pudiera escuchar el ruido del río y según su armonía determinar si sube o baja la corriente: "No puede ser", lo contradice.

—No importa —dijo Fernando.

—No digas pavadas, ¿cómo no va a importar? —replicó Carmen.

—De todos modos casi no nos movemos —agregó Fernando.

—Lo importante es aprovechar que estamos todos juntos —intervino Francisca—, para decidir qué hacemos con el regalo de Laura.

La señora de Straus dejó el tazón humeante suspendido en el aire y miró en derredor:

—¿Cómo? ¿Qué regalo? —Las miradas de los demás se entrecruzan y chocan. Relampaguean temerosos de que Carmen capte lo que ocurre. Y hasta Fernando que es siempre tan formal, gesticula aludiendo a la inoportunidad de Francisca. Todos la miran cuando se levanta para ir al lavabo. La señora, con el dedo sobre la sien indica que a Pancha le falta un tornillo:

—Lo que pasa —continúa mientras observa a Romualdo— es que sos un pesimista.

Y mirando al marido de Solange: —¿No te parece, Javier?

—Se veía venir por lo menos desde mayo —insistió Romualdo.

—En realidad, no tiene tanta importancia —tercia Fernando,

mientras acomoda sus cartones y acuarelas sobre la mesita que instaló.

—Cuando vos empezás con que nada tiene importancia, me sacás de quicio —gritó Carmen—. Es típico tuyo. Y te prevengo que si lo hacés para tranquilizarme, conseguís todo lo contrario.

Para ella, el cataclismo se había desencadenado tan de pronto que parecía no haber vivido cada uno de los precedentes que a través de los años preanunciaron la tormenta. Quizá por eso el miedo jugaba así con ella. La tomaba por asalto, desde adentro de ella misma, corría por sus nervios como lava encendida, le agarrotaba el corazón que era cuando se aferraba a la cama o a los brazos del sillón en que reposaba cuando tendían la cama, para no hundirse en el abismo. Y cuando la sabía a su merced, la soltaba. Dejaba que se acompasara su respiración, que se retirara del campo de sus ojos, para que su mirada volviera a transparentar las luces, los reflejos y la profundidad que en ella tanto los hacía sobresalir. Cuando el miedo la dejaba en libertad, vivía en otro tiempo y consideraba que como todas las tormentas anteriores, también ésta pasaría sin pena ni gloria. El casamiento de Laura, esta vez real acaso, no entraba ya en sus planes porque aunque la Revolución en definitiva había zozobrado, sin que Louisianne ni Buonfiglio (que representaron las alternativas que ella prefería) pudieran mantenerse a la cabeza del proceso, aquellos días le habían deparado la mayor esperanza y el desgarramiento más completo porque a la postre hubo que desposar a Laura con un coronel desconocido. Parte de aquella catástrofe quedó compensada con la liberación de París y el progreso de Patton y Montgomery hasta el Rin. Pero el casamiento cifrado de Laura se confundió en su vida con uno verdadero y siniestro.

¿Cuántas veces pudo en lo sucesivo y precisamente gracias al supuesto matrimonio, pronosticar el inminente divorcio de la chica? Pero Francisca también cumplía con su deber cuando traía a colación el tema del regalo. Primero distraer a Carmen, y segundo transformar la inundación en una circunstancia beneficiosa, ya que ésa era la filosofía sobre la que basaba su

vida. Transformar lo que es nocivo en auspicioso. No hay mal que por bien no venga, hubiera debido ser la divisa de *Fiore dei Mari* si el marqués enarbolara un estandarte. Quería pues aprovechar el cataclismo que había reunido a tantos parientes de la novia que tenían que quedar bien con Farías, y aunar sus esfuerzos para que el obsequio tuviera la importancia adecuada.

Desde el sillón del tocador, Solange que mira afuera contempla el paso de un yacht: "Me parece que es el *Camalote* de Carlos Alfredo", dice, y salen con Valeria a la terraza agitando las manos. El agua les moja los zapatos y ríen. "¿Nos habrán visto?", pregunta Valeria, mientras desaparece la sonrisa que la diversión había puesto en su cara.

—¿Aquél no es el *Pirapitá*? —preguntó Valeria.

—¿También? —agregó Carmen.

—Está varado y parece acercarse con el islote —dijo Romualdo.

Javier, que había llegado sin que nadie se apercibiera, sale con los largavistas pisando con cuidado en la terraza. Mira a su alrededor secándose la cara y arreglándose el pelo que le despeina la borrasca. El río está picado cerca de la casa y oleoso en su cauce, porque allí desciende contra el viento y acá lo pica el arremolinado impulso del remezón. Observa el horizonte un largo rato y sin dirigirse a nadie en particular, mientras gira de nuevo en el cuarto después de haber cerrado los postigones, murmura:

—No había nadie en el *Camalote*.

Desde lo hondo de la ciénaga, mezcla de huracán y tormenta se levanta un trueno que nadie escucha. Carmen se pone tensa y súbitamente se toma de los costados de la cama mientras gime casi como un perro. Los demás no se ocupan del ruido o no lo escuchan y simulan para no sufrir, que la señora exagera. Ahora se limitan a mirar el lugar donde agotada, vuelve a distenderse con un gran suspiro liberada del miedo.

—Sin embargo —dice— no fue un sacudón tan fuerte como el anterior—. Y sonrío, no para disimular el susto, sino para tranquilizarlos a ellos. Todos se alivian porque su sonrisa parece dejar afuera el miedo para siempre.

—¿Qué sacudón? —pregunta Francisca que en aquel instante

vuelve del lavabo. Todos la miran otra vez como antes de que saliera de la alcoba después de sugerir el regalo de Laura.

Porque todos saben ya, menos Pancha, que el sacudón sólo existe en la imaginación de Carmen como una toma de conciencia aguda pero deformada del miedo.

—Es que los largavistas debieran estar a mano —reprocha Romualdo sin particularizar.

—Me parece que los usa Javier en la torre —aclara Valeria.

—Bueno, pero debiera haber otro par para el pasaje —agrega Solange.

—¿Qué pasaje? —pregunta Romualdo.

—Para nosotros, digo, ¿O acaso de quién estoy hablando? —responde Solange.

—De todos modos —dice Carmen— no piensa ser un buen candidato.

—¿Quién? —dice Valeria.

—El hijo de Carlos Alfredo —interviene la señora de Straus.

—Igual no pienso casarme —termina Valeria.

La mujer echa la cabeza para atrás y ríe con ganas. Su mirada se atarda en los frescos del cielorraso.

Allá arriba la vida es simple. El viento irrumpe desvergonzadamente en el cuarto y arroja un ramal de jazmines que arranca del alero para ponerlo a los pies de su cama. Se miran, alguien se levanta y vuelve a cerrar los ventanales violados por el pampero y la luz.

Estucado en celeste, el cielo dividido en campos por filigranas doradas, destaca en un claro, un coro de musas flotando sobre un prado florido; en otro, tres gracias juegan en el espejo de aguas y en el tercero un pastor alivia, pifano en boca, las sonoras urgencias de un perro. Apolo al centro, de pie sobre la aurora, sostiene a diestra una cítara y siembra a siniestra un collar de astros.

Vuelve los ojos del cielo como si recién oyese caer el jazmín a sus pies y le pide a Solange que recoja sus flores y las disponga en el jarrón del rinconero. Pero a Francisca le irrita que le hagan el juego a la señora de Straus. Porque la unanimidad con que los demás simulan compartir la conmoción de Carmen para no contradecirla, le impone a ella dos dudas. Una relativa

a su facultad auditiva (que tanto significado tuvo en vida de Miguel) y otra a su propia salud mental pues no se explica cómo torcer la realidad puede aliviar la angustia de Carmen si esa misma distorsión la desconcierta a ella que está sana. Por eso hubiera preferido que se le dijera la verdad y ella misma la hubiese acometido sin falsa piedad porque nada es tan sano como lo verdadero. Pero a Francisca no se la dejaba ni un instante a solas con Carmen.

Con Jacinta que entra con vestido negro y delantalcito blanco y almidonado, vuelve la tensión al cuarto. Anuncia: "El doctor Bonliú y señora". La mujer apretando los labios indica con el dedo que nadie hable y apuntando primero a Jacinta y luego a sí misma ordena por señas a la sirvienta que informe a los intrusos que ella no está, que ha salido, o algo equivalente. Los demás tratan de calmarla y no permiten que Jacinta salga del cuarto. El marqués susurra: "No puedes hacer eso Carmen", él habla de tú como cuando vinimos de España. "Es que no he dicho una sino cien veces que no soporto a esa tilinga. Tilinga y guaranga", aclara la señora en medio tono a la vez irritadísimo. "Sí —acota Romualdo— pero me parece que te olvidás que estás aquí desde la semana pasada porque no pudieron cruzar el río para volver al centro". Y agrega: "hágalos pasar, Jacinta". Con lo que Carmen, hombros caídos, cabello desordenado todavía por el sueño, se deprime mucho más, Jacinta se aleja sin cerrar la puerta y al rato, Catalina Bonnaso de Bonliú, sombrilla en mano, vestido bermellón ajustado a las caderas con cinturón ancho de charol, sombrero de fieltro rojo con media caña y tul, y bolso de tejer pendiendo del otro brazo seguida por el doctor se acerca a la enferma y le estampa un beso en la mejilla. Hace ademán de sentarse junto a ella. Pero Carmen la interrumpe: "Discúlpame Caty, pero ése es el lugar de Bonliú y además, mientras él me revisa no quiero que..." "Pero se te ve mejoradísima —interrumpe la señora de Bonliú—. Debés haber dormido como una reina..." Mientras habla, comienza a acomodar el bolso de tejido junto al sillón que piensa ocupar. Pero cuando advierte que todos van saliendo, se levanta mirando alrededor, toma el bolso del suelo, asegura las agujas en la manga que está tejiendo y en puntas de

pie sale. Bonliú, sin proferir sonido se acerca a la cama y toma el pulso de Carmen.

Mientras Jacinta dispone las aceitunas, los bocadillos y el vermouth, pero sobre todo porque Javier también participa del copetín, subo a la torre. Me agita hacerlo tan rápido pero tengo esta vez mi recompensa. No es que me haya visto nadie en el momento de entrar pero antes de girar el picaporte escuché muy claro el chirrido de los pasadores del ventanuco que nadie puede abrir ni cerrar desde la muerte de la hija mayor del Barón. Y percibí algo más que el ligerísimo silbido que siempre sopla el sudeste en el orificio de la placa violeta del diminuto vitral, como si esta vez —por primera vez desde el "accidente" de Emma Elise— una corriente de aire hubiese (un instante antes de mi ingreso) removido el pesado olor que acumulan los años y las polillas sobre aquellos cubrecamas polvorientos y las telarañas porque flotan un segundo como si el viento las hubiera querido arrancar. Pero ahora caen de nuevo y se apoderan del silencio.

Quisiera simplemente entender lo que anota Javier en el cuaderno de tapas negras y foliado donde escribe por las tardes ciertas inscripciones casi indescifrables que sin duda tienen por destinatario un lector más perspicaz que yo.

Primer asiento que logro comprender en el Cuaderno de Bitácora de Javier:

"7.7.72 La oficina meteorológica naval transmitirá seguidamente procesada por su equipo de computación Gran Bolívar, la información recibida en la madrugada del día de hoy desde el Observatorio de Punta Morán. Exactamente a las 5.0'.12" Los equipos meteorológicos y mareológicos de Punta Morán registraron un violento sacudimiento y simultáneas borrascas de más de 90 millas horarias, con cambio súbito de corrientes marítimas y fluviales en el estuario y en el área que limita al Norte: Punta del Temor, Isla Nutria y Tramo Playa Honda al Paraná de las Palmas; al Este: Canal de las Palmas, Canal Sur en confluencia con Dársena 7 y desembocadura del Riachuelo; al Sur: costa Sur del Río de la Plata, Río Lu-

ján; al Oeste: canal M. Irigoyen, arroyo Aguila Negra y Horqueta de Carabelas.

"Fallas técnicas impiden corroborar desde el mismo observatorio de Punta Morán, o desde otras bases distribuidas en cercanías del área afectada, la información recibida. Por tratarse de una emergencia, los Sres. Jefes de Prefectura Naval y de Gendarmería Nacional designarán en el día de la fecha un delegado en el área del siniestro."

La salita donde se van acomodando todos tiene una gran chimenea donde arden varios leños. Desde sus ventanas se ven los alambres tejidos que limitan el comienzo y el final de la cancha de tenis inundada, una palmera de Angola envuelta en enredaderas, pero fundamentalmente y ello sólo es explicable por el reciente movimiento de las islas, el Curibica y lo que queda del Galeón de Oro.

Francisca, Caty, los muchachos y el Marqués discurren en torno a una mesita dispuesta con el vermouth. Francisca y Caty se entienden a las mil maravillas. No es que Pancha goce tanto como Caty tejiendo. Pero tienen ocupaciones análogas, igualmente prácticas. Pues a ella lo que le divierte (ahora que falta Miguel y que al Marqués tanto le da la música como una partida de bridge) es la canasta, juego más de mujeres según dicen los hombres, pero donde su marido soporta con resignación ciertas chabonadas que de ocurrir en el bridge o en el póker, lo infartarían. "Práctica" en el sentido de entretenida, más que en el de útil. Aunque llega muy pronto una edad en la vida en que nada es más útil que entretenerse para no ser una carga para los demás.

Y discurren así las dos amigas como si estuviesen dispuestas a intercambiar sus entretenimientos, afectando un verdadero interés por las ocupaciones de la otra, cuando en verdad les fascina reconocerse a sí mismas, en la forma de divertirse ajena. Y a Pancha acaso el diálogo la entretenía aún más porque po-

día detectar en el comentario de ciertos puntos que Caty ilustraba con un ejemplo contundente, movimientos parecidos a los que hacía Raquel Garrido en los tiempos aquellos cuando en casa de Miguel se sentaban por ejemplo para comentar el estreno de *Bodas de sangre* mientras Raquel terminaba una bufanda.

Para Caty la ventaja residía en que por primera vez se ponía al alcance de su entendimiento un juego de naipes. Porque Bonliú, cuando jugaba de verdad, lo hacía solamente en compañía de hombres. Y el gesto que esbozaba cuando ella lo interrogaba, imponía un muro que ya no pretendía traspasar. Pero si la vida en circunstancias tan insólitas ponía ahí al alcance de su sentido común las reglas y las excepciones de aquel juego en que su marido entretenía muchas horas de su vida, entonces, la conversación de Francisca se convertía en una oportunidad que no podía desaprovechar si quería comprender los vericuetos en que se debatía la parte más misteriosa de la vida de Bonliú. Al entrar, el doctor Bonliú enciende otra vez un toscano que mantiene entre los labios mientras habla: "Lo que me tiene preocupado son los chicos".

Caty con un vaso en la mano se acerca a la ventana:

—Qué preciosura el paisaje. ¡Mire Yolanda, qué hermoso!

—Yolanda no, Solange.

—Oh, disculpe, siempre me confundo. ¿Qué es, alemán?

—No, francés. Usted sabe, mamá vivió con ella (señala el cuarto de la enferma) muchos años en París...

—Ah, claro, claro, Solansh. ¡Qué hermoso! No creo, Tito, porque los chicos tienen tantos amigos que... Y son cancherosísimos, como se dice ahora. Habrán subido al primer piso.

—Sí, pero ¿el bebé? ¿lo habrán abrigado?

—Es una deformación de Bonliú. ¿Qué? Porque creo que hay que ser médico para preocuparse tanto por los hijos. Los enfermos no. ¡Porque tiene un ojo clínico!...

—Su tía ha sido amabilísima, mire que habernos invitado a pasar la noche... Y tan agradable, divertida.

—Y tan buena moza —agregó Caty subrayando los cumplidos de Bonliú.

—Tampoco iba a dejar que se zambulleran en ese momento.

No hizo sino lo que correspondía —agregó Fernando introduciendo a su manera un mínimo realismo.

—El pulso es regular y no creo que se repita la crisis de ayer. El color es excelente. La orina transparente y clara, lo que indica la normalización del riñón. De su famoso riñón. Recuerdo...

—Mejor hubiera sido para ustedes zambullirse aquella misma madrugada. Eso debimos hacer todos. Ahora cada vez será peor.

—Pero Romualdo, ¿por qué le decís eso a Bonliú? —quiso suavizar Fernando.

—¿Entonces usted la ve fuera de peligro? —interpuso Romualdo.

Todos quedan expectantes hasta que Bonliú, encendiendo de nuevo su toscano, interrumpe el silencio:

—Seguiremos con el tratamiento habitual. Por ahora responde muy bien a la cáscara sagrada y el Coreine.

—Es lo que viene tomando de toda la vida, así que no me llama la atención. Pero ¿por qué no nos explica la crisis del otro día? —preguntó Soledad.

Entra Jacinta, pregunta: “¿El Señor Javier no está aquí?”, y sale.

—Como ustedes saben la señora es nerviosa y cuando días pasados sintió un estado de vértigo en el momento en que...

Jacinta, al entrar interrumpe otra vez la explicación de Bonliú.

—¿El Señor Javier ya está con ella?

—¿Qué pasa con Javier? ¿Quién lo busca? —preguntan todos al unísono.

—La Señora, dice que vengan al cuarto.

Bonliú del brazo de Valeria y de Fernando, encabeza la procesión de los que acuden al cuarto de la enferma. Mientras dialoga con Javier, apenas si percibe el ingreso de los que entran porque atiende además con dedos ágiles, al arreglo de los jazmines en el florero que Jacinta expone al alcance de sus manos. Revuelve en otra caja buscando una cinta de raso de seda, nada más que porque le consta que estaba allí antes de las explosiones —y no porque ahora las necesite— y lo recuerda porque en la misma caja estaban ese día las tres toallitas de hilo

con el monograma en vainilla que Eulogia le había mandado de regalo para poner en el *toilette* los días de visita, una de cuyas toallitas había mandado en el Indiana con Remigio Garcio —que remaba todavía si la corriente no era muy fuerte aunque ahora lo hiciese con lentitud y una rigidez casi completa de sus articulaciones —hasta *Fiore dei Mari* para que Francisca viese cómo eran las iniciales que Carmen no había sabido describir al nivel de aquel caletre.

Se mira en el espejo (bastante enojada porque Jacinta insiste en que la cinta susodicha no estuvo jamás en la caja) y haciendo un esfuerzo para obviar el inconveniente se ve por fin con su cara que es la cara de enferma que tiene ahora pero también es la que si sonriese un instante, bastaría para reconocer en el espejo a la enamorada de Mathieu.

Cuando los demás entran, ven a Javier (sentado en el sillón que Bonliú ocupara durante la auscultación) que inclinando la cabeza asiente pausadamente ante ciertas palabras que Carmen parece haber dicho antes que los demás se acercaran. Javier, sonriendo, mira a Solange que entra del brazo del Marqués y le dice:

— ¡También tu tía opina que tengo que aceptar el desafío!

Parece estar pulsando la opinión de todos como si entre todos hubiera que resolver esta situación. Solange deja al Marqués y se acerca a Javier colocándose junto a él.

— ¡Terminante! —grita Romualdo—. Ya lo dije el viernes. No hay solución. Hubiéramos abordado el *Ivonne*.

El silencio congela las palabras de Romualdo y todos quedan clavados en sus sitios, mirando a Carmen congestionada aferrada a los costados de la cama porque el grito de Romualdo por simpatía indujo un cimbronazo subterráneo que ruge desde el fondo de la tierra y le atrapa el corazón. Pero ahora respira una vez más, muy profundamente. Los mira, sonríe y esa sonrisa despeja todo el temor, como el primer rayo de sol indica el final de la zozobra.

—No es más cuestión de opiniones —afirma la señora de Straus—. Ahora ya es un hecho. Por la radio ya lo han comunicado. Estás a cargo de la situación —y con la cara perfecta—

mente compuesta, ordena: —Vayan chicos a la torre y traigan el saco del barón. Le va a quedar pintado.

Los dos chicos de Romualdo salen precipitadamente del cuarto.

Carmen semierguida sobre las almohadas dormita. Han entornado los postigones, y Javier con el blazer del barón puesto, fuma en pipa anotando algo en una libreta de bolsillo. En un rincón cuchichean Romualdo, Soledad y Fernando. Valeria cose un botón.

—Nadie —casi en voz alta profiere Romualdo.

—Nadie más que ella pudo pensar que Javier quedaría a cargo de esto —explicitó Valeria.

—¡Y ponerse el saco del barón Max! —susurró como ante un sacrilegio Soledad.

—No es para tanto —interpone Fernando—, lo increíble es que parece hecho a su medida.

—Y con lo que vos sabés de yatching, sos el único que nos puede sacar de apuro —dice Valeria imitando a Carmen.

En el momento entra a la estancia Francisca y en voz casi normal afirma:

—Yo pienso que entre varios podríamos regalarle un lavapropas.

Carmen semidormida:

—¿A quién? —abre los ojos, ve a Francisca, desvía su mirada al techo, se entretiene allí un instante o una vida, con las pintorescas escenas del cielorraso y se adormece nuevamente.

Cuando Javier le explicó a Carmen que desde el primer sacudón había resuelto llevar esta suerte de cuaderno de bitácora, ella se sintió jugada pero también, o por lo mismo más confiada. No pregunta lo que anota. Prefiere intuirlo. No le pide que lo lea, cuando después de cenar, se reúnen otra vez en el cuarto de la enferma.

Con sólo proponérselo, ella podría repetir palabra por palabra lo que escribe Javier. Y comprender el significado de los sustanciales fenómenos que lo conmueven. Javier tiene tanto temperamento que le sale por los ojos, convertido en fuego seco y ascético. Sus dedos tocan las cosas como si fuera un ciego que tolera la corpórea existencia de los objetos. A veces, Carmen se desvela. Otras, imaginar lo que escribe Javier la calma y ayuda a conciliar el sueño. Es cuando supone que en las hojas del cuaderno Javier vuelca su pasión por Solange y ordena las instrucciones para caso de naufragio. Pues ahora si bien evocar lo que fue, la entristece por no haber merecido siempre de Mathieu un amor equivalente, también la alegra porque la evocación recrea en sus miembros una pasión inaudita a la que Mathieu en el período inicial del amor, había respondido con fervor.

La culpa al amparo del recuerdo se evaporaba como si el recuerdo del amor pudiera volatilizar la irreductible sustancia que compone el remordimiento. Comprendía que el amor que se recibe no refleja el que se da porque sería sentimiento de tan múltiples especies como los espejos en los que se vuelca y se nutre al ofrecernos o quitarnos las circunstancias de la vida, los ojos de una mujer en particular o de un hombre, su cristal para mirarnos. Qué injusta es la vida. Porque al verme reflejado en tus pupilas Leonor creo, o podría creer que es mi amor y no el tuyo el que contemplo y recibo de ti como si fuese mío lo que debiera ofrecerte si la vida por momentos no me diese más miedo que la muerte.

El rumor que escuchaba ascender como de un volcán y que luego moría en el páramo de su soledad, le parecía, por la forma en que el miedo le agarrotaba el alma, equivalente a los espasmos del amor. Pero paradójicamente, ahora la estrangulaba, la enfrentaba con la muerte y con la soledad. Qué extraño evocar ante el pánico y la muerte, la pasión y la intemporalidad. El miedo también borra oprimiéndolos hasta lo imposible los límites de la vida y del tiempo. Y la pasión los desvanece también. Pues mi vida en el amor se duplica con la tuya, formando una comarca sola y el tiempo adiós también intemporal o inmortal nos subleva.

■ En la torre estaba ella. Todavía le decían la niña Emma aunque el accidente había sorprendido a la hija mayor del barón Max cuando ya tenía cuarenta años, siendo soltera todavía. Pero lo ocurrido me obligaba ahora a discriminar entre el fantasma de Emma que ocupaba cada uno de los recovecos del altillo y que parecía dormir (a pesar de su ausencia) en el dormitorio abandonado del entresuelo con el cadáver de Alicia, que a pedido de los padres de ella o de Rodrigo Araujo debía reconocer en la morgue de San Fernando. La espalda del hermano de Alicia me impedía poder mirar otra cosa que los pies, los que había besado y mordido sin poseerla, y de su cara ni el recuerdo, porque los ojos aquellos, ni reflejaban como un espejo, ni miraban para adentro como un aljibe, porque su cabeza había volado al mismo tiempo que el Caraguatá.

Rodrigo yacía en el estante superior. Desnudo y sin frío, a pesar del invierno. La mesada era blanca y estaba limpia porque ni siquiera sangraba. Los tres agujeros mordían su pecho y la flor de un ceibo le crecía entre los ojos. Ya nada alteraba la violenta juventud de su tristeza.

No sé por qué en el instante mismo en que me dije: "es Rodrigo Araujo, hijo de Josefina Rodríguez y de Fabián Araujo, nacido el 15 de abril de 1952", pude ver que en realidad no hablaba de él.

Porque el que allí estaba, solamente dormía. Aunque no volviera a moverse jamás, ni en mi presencia, ni en la de Josefina Rodríguez, ni en la del señor Araujo, que lloraría en cuanto comenzara mi relato explicándole que Rodrigo, distraído como era se había quedado durmiendo en la morgue de San Fernando. Que había sido despojado de sus facultades más notorias, porque había querido demostrarle a un rival que él era más fuerte haciendo la guardia noche y día, o en duermevela cuando no aguantaba más y se le cerraban los ojos, que él estaba dispuesto a irse con Alicia hasta el Averno. Pero que el alma de Rodrigo, que Rodrigo en suma, no estaba más allí en el páramo de la morgue, que esa alma tan noble —porque carecía de doblez—, volaba a latitudes cálidas, para que el cuerpo que tenía, y que por ahora se enfriaba a la velocidad del rayo, tuviera tiempo para volver a calentarse (para que abrigara el

alma de Rodrigo como lo hacía siempre su cuerpo cuando estaba bueno) abrazarse de amor y de odio, renunciando, eso sí, y para siempre a Alicia, a Emma, a Belisario o a quien fuera el decapitado que yacía en el estante inferior, para emprender un nuevo camino.

El cuarto de la torre era el puente a dos mundos. Uno distante que parecía tangible. Rafael lo descubría a través del agujero hecho en el ventanuco, que Javier quería tapiar, que por tener sus herrajes oxidados, ya no se podía abrir. Aislado por completo, encaramado en aquella cima del orbe, y aunque fuera con un solo ojo, sorprendía la gestación de los procesos del mundo exterior. Recóndito y desmesurado, cancelado el sonido, ese paisaje desenvolvía a los pies de la morada hermética, hazañas estivales de una trama vegetal y fluvial. Emitía los aromas de la reproducción y de la algarabía y los hedores del tiempo verdadero que llegaba como magnolias y barro palpitante hasta arriba, porque el otro, el tiempo que no transcurre nunca y es amortiguadamente doloroso, permanecía encerrado en la torre de Villa Adelia.

Sin recato, el mundo ejecuta allí abajo libre de toda ponderación primigenias danzas y en la lejanía teje la mesopotamia un sueño, un tapiz de antiquísimas versiones donde una manada de huemules, huyendo de la jauría y de los huarpes, salta los canales y cruza a nado un río enmarañado. ■

La señora de Straus, como si la vida en el interior de su cuerpo hubiera ido formando un pliego que podía a voluntad ir desdoblado, lámina por lámina, hasta el infinito, respira más hondo contra la opresión, mira a su alrededor, angustiada, para que la muerte no pueda eludir su vigilancia, como si necesariamente se aproximara desde fuera, aunque el miedo, que es la sombra de la muerte y la única dimensión de su existencia que la muerte nos permite conocer, invade ahora toda su carne. A su espíritu lo colma de enemigos a los que ordena el ataque, segura del triunfo porque ya es dueña del Caballo de Troya.

En aquel momento me parecía increíble que Carmen, tan cerca ya de la derrota, no clamara a Dios para vivir. Recordaba (como si ocurriera en lugar de su agonía) cuando nos llevaba

los domingos a la capilla. El anticipado alfombramiento del Indiana, que abordábamos hasta el desembarcadero del Hotel, el desfile de todos en el mayor de los silencios en seguidilla, hasta los bancos de adelante, sin querer interrumpir el introito (porque era un poco tarde) con el crepitar de los reclinatorios cuando por fin nos persignábamos. Qué tibio el armonio, qué perfecta sincronía con la débil estructura de mi alma, qué concordancia con el casal de zorzales que desde la primavera hasta el comienzo de las clases dialogaba con la música entre las tipas y con nuestros pensamientos como un auténtico mensajero del cariño que merece la vida.

Recurrir a Dios para no morir. Era lo que había visto hacer a Mathieu cuando el miedo pudo más que él. El amor que Mathieu necesitaba evocar para conquistar el miedo, no podía ser rancio. Debía ser tierno, pleno de confianza como el que ofrecemos a Dios cuando queremos que la vida sea diáfana también después de la muerte.

En el cuarto de al lado, mientras ella moría hacíamos la guardia de a dos o de a tres, para que el sueño ante testigos no pudiera vencernos. Faustino era el más entretenido. Los años (o los disgustos que son tantos más que aquellos) habían atenuado su fanatismo. Quedó reducido a dimensiones casi domésticas y, por extraño que parezca aunque mal pronunciadas intercalaba en sus dichos palabras inglesas: "*There are more stars in Hollywood* —citaba a Max Gluksman— *than in Heaven*". Y se le encendían los ojos de picardía y orgullo como si citara al padre de Hamlet, olvidando sus prejuicios, tanto era para él el prestigio de cuanto al cine se refiriese. Y para subrayar el tiempo transcurrido desde su niñez hasta la postguerra, contrastaba lo que de Garbo entonces se decía con lo que pudo afirmarse luego, de Jane Russell. Mientras Garbo según él había sido descripta como *the only woman in the world that has capitalized anemia*, de la segunda, correspondía afirmar que era *the first woman with four star tits*. Y aclaraba muerto de risa: —como en los hoteles—. Porque después de la guerra, el cine y el turismo habían progresado, uno de la mano del otro.

La religiosidad de Carmen había sido terrenal y concreta. Pero yo no creía que pudiese existir un dios tan a la medida

de sus ansias, y suponía que en cualquier momento antes de morir, pediría la protección del Todopoderoso. Cada espasmo era más completo y prolongado. Afectaba la marcha del corazón porque inhibía sus pulmones. Y aunque el rostro, pero más que nada sus ojos, cuando ocurría se oscurecían y endurecían como de fiera, en cuanto concluía la contracción, sonreía. Más que nada para aliviarnos a nosotros, porque sabía que padecíamos con ella. Lo clasificaba en una escala insólita, comparándolo en más o en menos con un éxtasis particular que rescataba en la erótica serie de su amor con Mathieu. Era un Via Crucis verla morir. Pero escucharla era un saludo al amor. Con valentía sin par, porque no se avergonzaba de su sensualidad, ni de su lealtad a Mathieu, memoraba sus abrazos, sus besos, su calor. Ese amor de verdad que había sentido por su marido era el mismo que le permitía con lúcida valentía ante cada una de las estaciones del amor, despedirse a su manera en cada espasmo, de su amor muy concreto por la vida.

Por fin de madrugada sin pedirle más nada a la vida, murió.

Entonces bajé, miré por los vidrios enrejados de la puerta de cedro que nunca cedió y vi que las aguas seguían subiendo.

Santa María de Liebig,
17 de diciembre de 1982.

Esta edición consta de
2.000 ejemplares
y se terminó de imprimir
en mayo de 1983
en ARTES GRAFICAS DEL SUR S.R.L.
Santiago del Estero 1961
Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires